



**Pío Baroja**

**LAS VELADAS DEL  
CHALET GRANDE**

Lectulandia

En el chalet gris, situado en el barrio madrileño de Prosperidad, vive el doctor Arias Quintana. La guerra civil española ha estallado, y el chalet, tranquilo y alejado del centro se convierte en un oasis en medio de la anarquía que se ha adueñado de Madrid. Algunos parientes del doctor, su tío Javier, antiguo diplomático y sus sobrinos-nietos, estudiantes de medicina, encuentran allí refugio. A falta de otro quehacer, mantienen largas tertulias sobre política, pintura, música, y ciencia.

*Las veladas del chalet gris* es, por lo tanto una novela sin acción, en la que Baroja, por medio de sus personajes va desgranando sus opiniones sobre una gran variedad de temas que van desde el cubismo a la teoría de la relatividad, o de la música de Chueca al homosexualismo.

Como viene siendo habitual en estas novelas de senectud, Baroja deja ver su descontento con el mundo contemporáneo. Más individualista que nunca, reniega de cualquier ideología, sobre todo de aquellas de carácter colectivista «Más vale un tirano que cien mil», llegó a escribir, y también: «La soledad y la vejez naturalmente excitan el egoísmo. Se cree ver enemigos en todas partes. No hay amistades. Todo esto es mentira. El viejo no piensa más que en sí mismo. La bilis le ahoga».

*Las veladas del chalet gris* nunca ha sido publicada en edición independiente, sino que apareció en 1951 en el tomo VIII de las «Obras Completas».

**Lectulandia**

Pío Baroja

# **Las veladas del chalet gris**

ePub r1.0

Titivillus 29.06.15

Título original: *Las veladas del chalet gris*

Pío Baroja, 1951

Imágen de cubierta: Street Scene, de George Luks (1867-1933)

Editor digital: Titivillus

Primer editor: lugafe

ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Supongo que alguna de estas relaciones están contadas, probablemente, por el viejo señor Arias Miranda, no todas al final de la guerra civil española, sino un poco después, porque hay en ellas datos posteriores a la revolución que no podían conocerse antes de terminar el conflicto. Pero, en fin, al autor no le interesa que en su libracó haya anacronismos más o menos claros.

EL HOTEL ESTABA colocado en el barrio de la Prosperidad, en la calle de López de Hoyos, cerca de la de Cartagena y próxima a la de Vinaroz, en una plazuela de forma irregular con algunas acacias míseras y sarnosas por adorno. A la plaza daban los huertos y los tapiales del convento de las Hermanitas de los Pobres, que estaba cerca de la residencia de los cómicos jubilados.

Por los lados, el hotel daba a las calles próximas de Luis Zapata, de Bautista Toledo y otras, con casas bastante pobres, que bajaban al arroyo del Chaleco, invadido hoy en su mayor parte por la pomposa Ciudad Jardín.

Por entonces, en las proximidades del arroyo del Chaleco se levantaban algunas chozas muy míseras, donde habitaban traperos y gente de los alfares, que se dedicaban a fabricar y a cocer pucheros de barro.

Madrid está rodeado por dos corrientes de agua escasas y pobres: del Manzanares, por el Oeste, y del arroyo Abroñigal por el Este. El Abroñigal, en casi todo su curso, va por debajo de tierra.

Al Norte: del Oeste al Este, se encuentra la Moncloa, la Ciudad Universitaria, el cerro de las Balas, Bellas Vistas, el Estrecho y Cuatro Caminos.

Al Oeste: del Norte al Sur, la Ciudad Universitaria, el parque del Oeste, la orilla del Manzanares y la Casa de Campo.

Al Este: del Norte al Sur, la colonia de El Viso, la Prosperidad, la Guindalera, Madrid Moderno, el barrio del Porvenir y los alrededores del Retiro.

Al Sur: del Oeste al Este, el Manzanares, la California, las casas que ya pertenecen a Getafe, el cerro de los Ángeles, Vallecas y el barrio de Goya.

Había en los alrededores madrileños, en las afueras, muchas con nombres aparatosos y estrambóticos, como el barrio del Porvenir del Artesano, la Colonia de Bellas Vistas, la California y otras por el mismo estilo.

Hace cuarenta o cincuenta años se hablaba de una plaza de la Alegría, que estaba al final de la calle de Alcalá, lo que después se ha llamado de Manuel Becerra, que era un buen señor con aire de bruto, aunque parece que no lo era.

Se contaba que allí había habido una casa de juego de un tal Nogueras, hombre rico y que tenía una mujer muy guapa.

Como al parecer Nogueras era un hombre entregado a los naipes, no se le ocurrió otra cosa, en un momento de locura, que jugarse la casa y la mujer en una partida con un compañero suyo, llamado Paco Trones, y perdió las dos cosas. No se sabe qué es lo que sentiría más, si la parienta o la casa.

En este barrio de la Prosperidad, cuya calle principal y más ancha era la de López de Hoyos, había otras transversales como las de García Luna, Eugenio Salazar, Luis Cabrera, que no le decían gran cosa al madrileño culto ni al inculto.

Los domingos se animaba la barriada de la Prosperidad con los ciclistas paseantes. La mayoría eran horteras que iban a merendar con su novia a un ventorro; soldados y alguna que otra familia casi distinguida, con sus chicos, que pasaba la tarde entregada a las delicias del juego de la rana y de la bola.

Con el olor de los establos y los alfares y el humo que salía de los hornos a primeras horas de la tarde, no se podía parar en el barrio, se llenaba todo de un olor a trapos y a esteras viejas, que no recordaba los perfumes de Oriente ni los de los salones de madame Pompadour.

El arroyo del Chaleco no estaba tan mal como indicaba su nombre pintoresco. Era una corriente de agua pobre y sucia. Había cerca de él huertas con norias que daban hermosos tomates y pimientos, y lechugas de aire fresco y jugoso. La gente dominguera y optimista compraba estas verduras para hacer su merienda. En algunas de aquellas huertas, con las tapias un poco ruinosas y destartadas, se criaban conejos caseros en trozos de tinajas que abundaban naturalmente en los alfares. Estos conejos parecían domesticados y sabían hasta matemáticas.

Enfrente del chalet gris había un hotel de ladrillo encarnado y con vigas pintadas de verde, al que llamaban el hotel de los ingleses. Tenía dos pisos y en otro tiempo un jardín que se había convertido en un corral de conejos.

No se sabía en la vecindad si la gente que vivía por entonces en la casa era inglesa o no. Había una pareja ya talludita que hablaba español. Ella era alta, delgada, con lentes, de unos cincuenta años, de relativa elegancia y de aspecto severo. Él era también alto, un tanto encorvado, con bastón de caña de bambú en la mano. Llamaba a los cerdos, a quien ella preparaba la comida en un barreño, y los chicos de la vecindad miraban por las rejas cómo comían los animales hozando con avidez, lo que les producía envidia, viendo que se atracaban.

Este matrimonio inglés, al parecer, según la voz pública, se tiraba con frecuencia los trastos a la cabeza, y se ponía a gritar en su lengua, y la gente de la barriada disfrutaba con el espectáculo y aseguraba que el mejor día se iban a matar, lo que sin duda les producía cierta satisfacción y complacencia. Otros aseguraban que algún maleante el mejor día los asesinaría a los dos para robarlos, porque tenían fama de ricos, idea que tampoco molestaba a los vecinos. No era difícil, evidentemente, saltar la verja y entrar en el jardín y luego en la casa.

Algunos días, los dos ingleses, marido y mujer, salían juntos, muy arreglados y peripuestos, ella y él con sombrero y trajes elegantes, e iban a hacer visitas al barrio

de Salamanca, donde sin duda tenían amigos. Al salir, cerraban con cuidado las puertas de la casa y las de la verja.

A poca distancia del barrio se extendía una mancha de pinos que escalaba un cerro hasta la Ciudad Lineal. Cerca había ventorros donde se jugaba a la rana y al chito y se bebía peleón y Valdepeñas. Los alfareros eran muy aficionados a este deporte, y retornaban con frecuencia a sus chamizos completamente intoxicados.

Otros eran partidarios de ir más lejos, y marchaban el domingo hacia Chamartín y a la carretera de Francia por el camino del Mosquito o de las Cuarenta Fanegas.

Al fin del Ventorro del Chaleco, que se hallaba adosado a un arroyo del mismo nombre, se veía el Canalillo, que trazaba sus meandros brillantes por el campo y que regaba algunas huertas. Se encontraba después el camino viejo de Hortaleza, y por encima de éste, un pinar verde oscuro. A la izquierda se levantaba el Cerro de la Cabaña, con unas casas y una iglesia moderna. El arroyo era el mismo Abroñigal, que va limitando los términos de Canillas, Vicálvaro y Vallecas, y termina en el Manzanares. En algunas partes el Abroñigal estaba cubierto por una bóveda de cemento y había encima una calle que se llamaba de la Escabiosa, nombre un poco duro y desacreditador, porque escabiosa quiere decir en castellano sarnosa.

Por un lado aparecía la Ciudad Jardín, con sus tranvías nuevos y repintados, y por otro la prolongación de la calle de López de Hoyos, vía de gran circulación. Esta calle, muy larga, comenzaba a rodear con sus construcciones modernas los restos de barriadas cochambrosas que se resistían a morir. Así se veían, entre casas modernas de siete u ocho pisos, alfares, ventorros, establos, huertas míseras, cuevas, garitas de consumos, construcciones y chamizos que provocaban el recuerdo de los merenderos, de los organillos, de los platos de caracoles y de otros alimentos más o menos sabrosos. Alguna que otra chimenea, alta y roja, se destacaba en el cielo, y en el barranco, las fábricas nuevas comenzaban a ensancharse y a dominar la hondonada, de tal modo que todas las casuchas iban a desaparecer ante el triunfo completo de la ciudad ladrillo, símbolo respetable de nuestra época.



UNA PREOCUPACIÓN MÉDICA influía bastante en que los hoteles y chalets del extrarradio madrileño estuvieran solicitados por la gente de la burguesía.

Esta preocupación médica se hallaba sostenida y protegida por la palabra y el concepto de la neurastenia.

Todo el mundo se hallaba neurasténico, el que tenía apetito y el que no lo tenía; el que miraba a las mujeres y el que no las miraba; el que le gustaba fumar y el que le molestaba el humo del tabaco; el que se sonaba con frecuencia y con un pañuelo fino de batista, y el que no se sonaba más que con los dedos. El médico hacía como si supiera lo que era eso de la neurastenia, y recomendaba el reposo y la tranquilidad a sus enfermos de esta afección a la moda.

Si el desdichado y supuesto neurasténico iba a la consulta de un psiquiatra discípulo de Lombroso y de Richet y partidario de la metapsíquica, ya estaba perdido. El doctor le convencía de que con un poco de voluntad podía hacer volatines por el aire y curarse de todas sus enfermedades. La familia de los enfermos o los mismos enfermos se lanzaban a explorar las afueras, y si encontraban en la Guindalera o en la Prosperidad un hotelito discreto, un poco triste y melancólico, con un perro sujeto con su cadena a la puerta y un jardinero grave regando las hortensias y los rosales, el supuesto neurasténico decía: «Esto es lo mío; aquí me voy a curar yo de mis achaques».

A los pocos días andaba por el jardincito, antes del anochecer, cuando no había sol, con una regadera en la mano, un traje viejo y alpargatas.

—¿Qué tiene usted? —le preguntaba algún amigo piadoso que iba a visitarle.

—Estoy neurasténico.

—A mí me pasa algo por el estilo.

Si se trataba de una mujer, o digamos señora, para ser más finos, ésta optaba por ponerse una chambrá o *matinée* llena de encajes, y el chico de la guardesa la miraba con asombro, metiéndose un dedo en la nariz o mordiendo un poco de pan.

Había calles, de estas solitarias de suburbio, por las que no pasaba un alma, y donde, por no haber, no había ni moscas.

El presunto neurasténico allí se trastornaba por completo, y se le ponía un genio rabioso y se hacía misántropo y enemigo del género humano.

Los amigos, y los de la familia, le llevaban caramelos, a cambio de arrasar el jardín y dejarle sin una flor. También solían almorzar en el hotelito, y después del almuerzo, saludaban atentamente al cartero, a las vecinas y se marchaban al centro, y por la noche iban al teatro.

—¿Y qué dice don Pablo o don Fernando? —le preguntaban, refiriéndose al

solitario.

—Pues ahí está en el campo, con su neurastenia.

El pobre enfermo, después de pasar tres o cuatro meses en el hotelito lejano, contemplando la Sierra, los hoteles y los conventos próximos, comprendía que estaba haciendo el canelo y se volvía a su casa del interior de la ciudad, y si se decidía a no acordarse de su neurastenia, y de olvidar esta palabra fatídica, se encontraba casi curado.

Poco después de empezar la guerra todo tomó un aire zarrapastroso; había estatuas de reyes y de reinas que habían sido cubiertas con pelotadas de barro.

En la glorieta de Bilbao apareció poco después una figura grande de Lenin, hecha con maderas, palos y con su ropa correspondiente. El revolucionario ruso parecía un comisionista haciendo el reclamo de sus artículos.

La gente se camuflaba ante el peligro, y hacía bien, porque no estaba el horno para bollos. No iba a perder la vida por un ademán, un gesto o por un lazo de color.

«Recuerdo —decía un observador— el paso de unas monjitas con peinetas rojas, el pelo cortado en melena corta, la falda oscura hasta los tacones y una blusa clara, el paraguas en la mano derecha y la otra levantada, al mismo tiempo que decían: “Salud, camarada”. Una de esas monjas disfrazada de revolucionaria, de buen aspecto, comunista, tenía una sonrisa muy burlona.»

EL CHALET GRIS estaba en la Prosperidad, no muy lejos de la colonia de El Viso, del barrio de la Prensa y de la Cruz del Rayo. El chalet gris había sido construido por un maestro de obras vizcaíno, venido a la capital de España desde su tierra como aparejador encargado de las obras emprendidas por cuenta de un aristócrata, paisano suyo, el cual quería levantar un palacio en las proximidades de la plaza de Salamanca.

Con las ganancias obtenidas en esa obra, el aparejador vasco compró un solar en las afueras y construyó el chalet gris, en un sitio que con el tiempo él pensaba que en pocos años sería el centro de un poblado denso.

No lo hizo con intenciones de habitarlo con su familia, pues no tenía ingresos para poder permitirse ese lujo, sino para alquilarlo, confiado en los rápidos beneficios del ensanche de la ciudad.

Al contratista vasco no le gustaban los colores chillones, y en vez de abusar del rojo ladrillo, cubrió las paredes del hotel con una capa gris.

Al ver que con la República había muchos disturbios y huelgas constantes, pensó que no era un buen negocio el alquilar el chalet y lo sacó a la venta, y lo vendió perdiendo algún dinero.

El comprador de la casa fue un médico valenciano, que quiso poner allí una pequeña clínica, y tampoco tuvo éxito.

El médico pudo comprobar que aquello no marchaba, y al cabo de meses de experiencia vio que su chalet le iba a llevar a la ruina, y poco tiempo más tarde, antes de empezar la guerra civil, vendió la casa a otro médico, llamado don Luis Arias Quintana, algo más barata de lo que a él le había costado.

La pérdida no era cuantiosa para el médico valenciano, pues la diferencia entre el precio de compra y el de la venta no fue grande. Si el vendedor se hubiera quedado indefinidamente con el hotel, hubiera gastado, sólo pagando la contribución y los arbitrios, mucho, mientras aguardaba la llegada de unos enfermos que no mostraban mucha prisa en gozar de las excelencias de las afueras matritenses.

El vendedor, al que conocía no sólo por su cargo, sino como contertulio de una peña del Casino de Madrid, tan sólo puso como condición para la venta al doctor Arias Quintana, que si al cabo de dos años necesitaba algunas habitaciones de la casa, el comprador se las alquilaría por un precio equitativo y módico, que fuera poco más o menos el habitual entre la gente que vivía en los hoteles próximos de aquella barriada.

El doctor Arias Quintana, que vivía por aquel tiempo en la plaza de Santa Bárbara, aceptó la condición, hizo el pago y quedó, una vez firmada la correspondiente escritura, como tercer dueño del chalet gris. No pensó por entonces ocupar el chalet con su familia, porque para su clientela aquello estaba demasiado lejos.

Iba el doctor Arias al hotel con frecuencia, los días que tenía libres, sobre todo en el buen tiempo, e ideaba algunas reformas en la casa, con el objeto principal de hacer desaparecer las huellas de los que no saben pasar por un sitio, aunque sea poco tiempo, sin dejar rastros desagradables de su existencia. Le solía acompañar al doctor una asistenta.

El hotel era bastante grande y bien construido. Tenía piso bajo, primero y segundo, sin buhardilla. También contaba con una azotea corrida sobre el segundo piso. El tejado, de alguna pendiente, estaba cubierto de pizarra. La fachada principal daba un jardincillo, con una docena de árboles, pinos y acacias, y varias platabandas de flores, y, en la parte trasera del edificio, un huerto con altas tapias, interrumpidas de trecho en trecho por bloques de piedra que les daban consistencia.

Por la parte de delante, a través de los árboles, se veían, a no mucha distancia, los hoteles de la colonia de El Viso y los de la Cruz del Rayo, y por la de atrás, la carretera de Chamartín, y más lejos, en el fondo, hacia la derecha, la barrera edificada de la Ciudad Lineal, y, mucho más al fondo, la muralla envolvente del Guadarrama.

El doctor Arias Quintana era médico del Hospital Provincial; solía hacer sus visitas particulares por la mañana y a primera hora de la tarde. Tenía una consulta de enfermos nerviosos, establecida en casa de un compañero, un día sí y otro no. De no tener algún caso grave que requiriese una nueva visita vespertina, las otras tardes de la semana las dedicaba, en el chalet gris, a traducir del inglés una obra de Medicina, lo que le daba trabajo para mucho tiempo, pues constaba el libro de dos volúmenes gruesos. Le había propuesto el editor que le pagara por trimestres, según le fuera entregando sus cuartillas.

MUCHAS VECES, cuando el doctor Arias Quintana dejaba el tranvía de Chamartín, poco más allá de los nuevos Ministerios, en los antiguos altos del Hipódromo, al cruzar algunos desmontes para dirigirse a su refugio, se detenía en un cerrillo y contemplaba hacia la derecha, un tanto retirado, el barrio de la Prosperidad, y se acordaba de un tipo del que le habían hablado algunos años atrás, dueño también de un hotelito.

Un conocido del doctor que tenía su empleo en el Ministerio de Estado y que se llamaba Cisneros, o García Cisneros, y a quien veía con frecuencia en un autobús, le había contado la historia de ese tipo vecino del barrio, ciudadano raro y que se dedicaba al robo con fractura.

Se trataba de un ladrón de casas, probablemente de los que entonces en el argot policíaco se denominaban *topistas*. Ante el médico, que le visitó, había aparecido con el nombre de «don José», sin apellido, y el doctor Arias, si hubiera sido persona de esas que inmediatamente les cuelgan a las gentes motes, hubiese podido llamarle «el silencioso solitario», porque apenas salía de casa ni hablaba con nadie, probablemente ni con la familia.

El médico debía parecerle al «silencioso» hombre extraño —el doctor Arias Quintana lo era, efectivamente—, con quien podía franquearse sin peligro ni exposición, pues a poco de requerir sus servicios facultativos se fue desprendiendo del misterio en que se envolvía y hasta llegó con él a expansionarse y a explicarse.

Don José el topista era, físicamente, un tipo de hombre seco, bajo de estatura y calvo, con un bigote pequeño y gris, de aire amable. Vivían con él su mujer y dos hijos; debía de contar la familia con cierto holgado pasar, no se sabía si producto de la industria del jefe de la casa o de algún otro origen más oscuro, y quizá más inconfesable.

Por lo que al doctor Arias Quintana contó su amigo el diplomático, don José el topista pasaba el día sin salir de su nido, y al anochecer maquinaba sus robos. Trabajaba solo y sin cómplices, para mayor seguridad. Cuando había estudiado un asunto y tenía todos los hilos en su mano, aguardaba la tarde de un domingo para entrar en funciones, por juzgar día más hábil de la semana. Se vestía con cierta modestia, con la intención de hacerse notar lo menos posible; escogía en el arsenal de herramientas de su profesión una palanqueta y algún otro utensilio y atravesaba Madrid en busca de un barrio apartado del suyo, para ir a llamar en algún hotel solitario. Le atraían los hotelitos. Tenía debilidad por ellos. Cuando por encontrarse vacíos no le respondían de la casa, descerrajaba la puerta y se metía en el interior.

Una vez dentro, corría el cerrojo de la puerta y se ponía a trabajar, hasta que

terminaba su faena. Después salía a la calle, tomadas las necesarias precauciones para no ser advertido de los vecinos, y se largaba con el producto de su honrado trabajo.

Algunas veces ocurría que los ausentes que se consideraban perjudicados con la visita del amable topista se presentaban cuando no había terminado su faena, y entonces había explicaciones enojosas. Por fortuna para él, no era hombre terco, ni trataba de disimular sus intenciones. Le habría sido difícil explicar su presencia donde se hallaba. Se daba, pues, por convicto y confeso, *ipso facto*, como decía él; él mismo era quien tranquilizaba al vecino o vecinos alarmados, indicándoles que hicieran venir a la Policía, en cuyas manos, al parecer, se pondría sin la menor resistencia. Todo esto sin muchas palabras, que era como él hacía sus cosas, porque a nada hubiera conducido dar explicaciones. ¿Para qué? A la vista saltaba que no era una bruja que hubiese entrado por la chimenea, sino un pacífico ciudadano que padecía la pasión de buscar lo ajeno para hacerlo propio, siempre que le diesen tiempo para ponerse en franquía.

La curiosidad que despertó Cisneros en el doctor Arias y en el diplomático amigo y cliente del doctor Arias, los datos que le dio, le produjeron interés, y marchó un día hasta la Prosperidad para contemplar la casa del topista. Pensaba que podría lograr sacar alguna información que le fuera aprovechable para un libro que tenía entre manos.

Una vez en el barrio donde el topista tenía su residencia, con las indicaciones que le habían dado, encontró la casa, que era de ladrillo, con un tejado poco inclinado y una azotea. El portal era pequeño, con un corredor con arcos, y a la puerta tenía una mirilla y una hendidura de cobre, como un buzón; se llegaba subiendo por unos escalones.

El diplomático Cisneros no le había dado al doctor Arias muchas esperanzas de que obtuviese la entrevista que deseaba, a pesar de su presentación. Efectivamente, después que aquél llamó al timbre, oyó a poco sonar una voz de mujer, que le decía que el señor estaba enfermo y que su hijo había salido. No debía de ser una criada, sino probablemente la mujer del topista. El doctor insistió, pidiendo a la misteriosa interlocutora, que tanto empeño ponía en no dejarse ver, entregase la tarjeta. Ella le dijo la echase por el buzón. La introdujo en la ranura, y después de esperar unos minutos, volvió a sonar la misma voz de antes, siempre al amparo de la puerta cerrada, para decirle que el señor descansaba, pues no había dormido durante la noche, y que no se atrevía a interrumpir su descanso. Total, que el importuno se fue sin verle y no volvió más por allí.

HACIA 1935, el doctor Arias Quintana pensó en dejar el piso de la plaza de Santa Bárbara, cediéndolo a unos conocidos suyos que habían tenido que abandonar un hotelito de Carabanchel por el recuerdo triste de una hija de veinte años que se les había muerto repentinamente, y decidió irse a vivir al chalet gris con toda la familia.

Tenía algún dinero guardado para restaurar la casa bien. Mandó revocar las paredes, pintar puertas y ventanas, poner algunas barras en las rejas que faltaban en el entresuelo, y hasta compró de segunda mano un automóvil con el pago de la traducción de la obra inglesa de Medicina para moverse por Madrid con más facilidad. Ya había pasado el plazo convenido con el antiguo dueño de dejarle un piso si lo necesitaba en el chalet gris. El pago de la traducción de la obra inglesa de Medicina fue el que le sirvió al doctor para adquirir un automóvil de segunda mano.

En julio del año 1936 el calor fue largo y pesado.

Llevaba tiempo anunciándose un movimiento revolucionario. Al parecer había poca guarnición en Madrid. Nunca el doctor Arias había creído en los revolucionarios de España. Le parecían mediocres en sus ideas. Había una huelga de obreros de la construcción.

Las calles, de noche, hervían; todo el mundo creía que iba a pasar algo.

En el chalet gris fue donde el estallido de la revolución cogió al doctor Arias y a su familia. Tenía él cuarenta y siete años. Su mujer, María Cañizares, cuarenta, y los hijos del matrimonio, Eduardo y Lola, veintidós y diecisiete, respectivamente.

El doctor Arias se felicitó de haberse establecido allí por suponer que podrían vivir más tranquilos, pues mucha gente de los alrededores de la capital se refugiaría en su interior, y se iría metiendo, según ocurrió, no sólo en las casas abandonadas, sino también en los pisos de aquellos a quienes la revolución les había sorprendido hallándose de veraneo, e incluso en las de los vecinos que tenían casas amplias, los cuales se veían obligados a recibirlos por imposición de las circunstancias.

En el chalet gris se esforzó toda la familia para ponerlo agradable y cómodo. El doctor conocía a un carpintero del Hospital que tenía todos los oficios y trabajaba por poco dinero y con gusto. Era, más que otra cosa, amigo del doctor. El chalet, con los últimos cuidados, quedó muy bien. Se arregló el jardín y se puso todo el hotelito a la defensiva.

Al cambiar de casa habían dejado una parte pequeña de sus muebles en la buhardilla de la casa, porque no estorbaban en el piso de la plaza de Santa Bárbara, pero una vez estallada la revolución, Arias los recogió, los trasladó al chalet gris, sirviéndose para hacerlo de un camión que le proporcionó una persona influyente y conocida. Aprovecharon para hacer el traslado la ayuda de unos enfermeros de la sala del Hospital, a los que el doctor Arias dio una gratificación por el servicio y unas copas de vino blanco.

El traslado de estos muebles al chalet gris resultó muy oportuno, pues pocos días más tarde de haberlos colocado en las habitaciones del segundo piso del chalet, que al principio habían estado vacías, tuvieron ocasión de cederlas a un pariente, Javier Arias, tío del doctor, viejo que tenía setenta y seis años, que hasta entonces había vivido en una pensión de la calle de Valverde, a espaldas de la Telefónica, y el cual encontró muy de su gusto la proposición que le hizo su sobrino para que se reuniese con su familia hasta que la tormenta pasara, ya que tenían sitio de sobra para hospedarle.

El tío del doctor, apellidado Arias Bertrand, era hombre de casino, indiferente a todo lo que fuese política. La revolución le impuso un cambio en sus costumbres; se vio desplazado a la fuerza del escenario de sus ocios, lo que le permitía el disfrute de una renta para mantener su soltería. Había sido aficionado en su juventud al juego, afición que luego cambió por la lectura. Al tener que pasarse en el chalet gris más horas solo que las que hubiera querido, pudo aprovechar la biblioteca de su pariente, que contaba con una buena cantidad de obras literarias, además de las de su profesión, y volvió a refrescar las lecturas de su mocedad, que consistían en novelas y libros de Historia.

Los sobrinos-nietos Eduardo y Lola recibieron muy complacidos la novedad del tío Javier en el hotelito, pues siempre le habían considerado como persona de su agrado, entre otras razones, porque solía obsequiarles a menudo con algún billete de veinticinco o de cincuenta pesetas, que ellos gastaban en el cine y en algunos pequeños caprichos, cuadernos de novelas policíacas, el muchacho; frascos de perfume, su hermana, y otras menudencias.

Cuando se empezó a conocer algo de las atrocidades que en Madrid señalaron el comienzo de la guerra civil, el doctor Arias se felicitó por el cambio de domicilio y por haber llevado a su tío al chalet, porque, aunque era viejo y hombre que apenas salía de casa, se enteraba de todo y vigilaba las idas y venidas de los que aparecían por los alrededores.

Don Javier Arias Bertrand había sido cónsul de un país centroamericano. Aunque el cargo no daba casi nada, más que representación en España y en Argel, don Javier creyó, por pura intuición, y creyó bien, que sería oportuno volver a tomar el empleo; lo pidió y se lo concedieron.

Durante tres años la bandera de la república centroamericana ondeó en el balcón del cuarto del hotel donde vivía don Javier Arias Bertrand, y después, cuando fue a vivir con su sobrino, campeó en el balcón principal del chalet gris.

Todo lo que tenía aire de lujo —el piano, algunos muebles elegantes— lo habían metido en rincones oscuros, donde no se veían, así que la casa tenía un aire modesto



y de pobremente amueblada.

El doctor ya sabía la cólera que producía el lujo en el camarada comunista o anarquista, sobre todo cuando lo veía en casa de otro.

En el chalet gris se vivía y se comía bien. Algunas cosas eran difíciles de conseguir, como el azúcar, pero al último, a fuerza de combinaciones, se pudo proveer la casa de un alimento tan indispensable para la gente joven. Por este tiempo, entre la señorita de la casa, la muchacha y la dirección de don Javier, se hicieron dulces y confituras, que se guardaron en la cueva.

Se llegó a conseguir café por medio de una serie de maniobras complicadas.

También entró a formar parte de la población del chalet gris una prima del doctor Arias, una solterona flaca e insignificante, María Victoria, que tenía mucho miedo y algunos miles de pesetas guardados. Era una mujer que no servía para nada práctico, y una de las cosas que hacía y que demostraba su estupidez era tocar la pianola con los pies y al mismo tiempo leer una novela, con lo cual no debía de enterarse ni de lo que tocaba ni de lo que leía. No tenía ninguna simpatía por su sobrina Lola, y ésta tampoco por ella. Por las canciones que cantaba y que le gustaban se podría suponer que tenía treinta años más de los que confesaba graciosamente.

El vals *Sobre las olas* era una de las tocatas que más le gustaba escuchar.

A don Javier no le hacía esto ninguna gracia, y decía muchas veces, en broma: «La música del mío tiempo, era un altra cossa».

LA GENTE QUE SE REUNÍA en la casa era la siguiente: El doctor Arias Quintana, jefe de la familia, médico, de cuarenta y cinco a cincuenta años; el viejo Arias Bertrand, de setenta y cinco (el tío Javier), tío del doctor Arias; María Victoria, de cuarenta a cincuenta; Eduardo Arias Velasco, hijo del doctor, de veintidós; Lola Arias Velasco, hermana de Eduardo, de dieciocho, y luego, la Puri, la muchacha de la casa, la cocinera, de veinte abriles, y la Patro, la asistenta, a la que llamaban de apodo la *Listera*.

Después venía el portero y el hijo de éste.

Ya establecidos en la casa se organizó bastante bien la vida.

La muchacha, la Puri, hija del portero, era muy seria, muy trabajadora y muy amiga de la familia, sobre todo de Lola, la niña de la casa.

A la semana solía ir dos veces a trabajar la asistenta, Patro, que vivía en el barrio de Estrecho.

Era una mujer de unos cuarenta y cinco años. La llamaban la *Listera*, porque su marido había sido en las obras, durante muchos años, capataz o algo así.

La *Listera* trabajaba con furia, lavaba la ropa, limpiaba los suelos y no se cansaba de trajinar. Tenía mala suerte, porque el marido era muy charlatán y muy gandul. El hijo, Felipe, era peor, porque había resultado un descuidero de categoría, y se pasaba muchas temporadas en la cárcel.

—¿Y no puedes convencerle para que deje eso? —le indicaba la Puri.

—No; ¿qué se va a hacer? Ya lo tiene como oficio.

—¿Y no hay manera?

—No, no hay manera. Tiene su cuadrilla..., alguna vez le llevan a la cárcel..., pasa su quincena y vuelve a lo mismo...; dice que cuando tenga dinero reunido se va a América.

La Patro, la *Listera*, tenía, al parecer, grandes reyertas con su marido, porque éste quería quedarse con todo el jornal y las propinas. Por tal motivo, al parecer, acababan a veces a trastazos.

Una de las viejas vecinas de su casa era una echadora de cartas, que ganaba dinero, y que todo el mundo creía en la vecindad que acertaba muchas veces.

Ella misma pensaba probablemente que tenía condiciones de adivinadora, lo que no le impedía enterarse por aquí y por allá, fiándose más de los chismes que le contaban que de sus condiciones adivinatorias. El tipo de la vieja también se prestaba, porque tenía la cara expresiva, aguda, los ojos pequeños y brillantes y el pelo blanco.

Eduardo Arias Velasco era un joven de veintidós años que tenía terminada la carrera de Medicina y que iba al Hospital con su padre. Había comenzado a estudiar para arquitecto, pero pronto vio que le faltaba la vocación. Tenía dos amigos, uno que era un tanto gigante y a quien le quedaba un año para terminar la carrera. Este sentía poco entusiasmo por ella y pensaba, cuando acabase la guerra, marchar a América y hacer una vida de aventurero.

El otro amigo era un joven guapo, de buen aspecto, pero tenía la costumbre de decir lo que creía de la gente, sin pensar si les podía molestar o no.

Lola Arias le había llamado varias veces la atención sobre esto, pero él no se daba cuenta. El decir a una muchacha joven que tenía las manos grandes y rojas, o que bizqueaba un poco, no le parecía que esto podía molestar.

«Ya se sabe que la amistad no es un sentimiento absolutamente puro —decía el señor Arias—, como nada humano lo es. En todo hay intereses más o menos velados. Es lógico.»

El joven estudiante de Medicina, amigo de Eduardo, quería abandonar la carrera y marchar a vagabundear por el mundo; decía que la vida corriente era estúpida, y que no le interesaba la guerra.

Uno de los enfermeros que ayudaba al doctor Arias era un bufón que no se ocupaba más que de hacer reír y poner en solfa a los demás. Hablaba con insolencia. Era feo, serio y zambo, y tenía el pelo rojo. A pesar de su fama de embustero y de malhumorado, decía la verdad casi siempre, pero esto no le hacía simpático.

El enfermero, que no vivía en el Hospital, hacía de portero en el chalet gris. Era sobrino de la Patro.

Su hijo no había entrado aún en la quinta; solía ir a cazar a la Dehesa de la Villa y al Cerro de las Balas.

El viejo Arias Bertrand, el tío Javier, cuando oía algún absurdo político o de otra clase, cantaba con una música un poco ratonera esta retahíla, paseando por la terraza y frotándose las manos:

*Hace unos meses, en Alicante,  
representante de un teatro fui;  
¿qué tal sería la Compañía  
que al poco tiempo nos dijeron  
que nos fuéramos de allí?  
Y al verme solo y sin metales,  
con unos reales nada más, al mes  
daba lecciones de dibujo,  
de canto y baile y de francés.*

En cambio, cuando el tío Javier estaba satisfecho, se dedicaba a la romanza de *Freischütz*, de Weber, que había oído hacía mucho tiempo:

*Chasseur diligent,  
quelle ardeur te devore?  
Tu pars dès l'aurore  
toujours content.  
L'effroi te devance,  
ton coup est certain,  
la douce espérance  
te guide en chemin.*

EL DOCTOR ARIAS QUINTANA era un hombre ecuánime, que no se dejaba llevar por la fantasía. Su mujer, María Cañizares, era también muy ponderada y de ánimo muy tranquilo.

Sus caracteres respectivos les inclinaban a resistir, a no dejarse llevar por la psicosis que se había enseñoreado de Madrid, esparciéndose por todas partes con un imperio absoluto, soberano, de la ilusión, de la mentira y de la utopía.

Toda la época de la guerra civil española fue en Madrid el reino de la locura. Triunfos falsos proclamándolos a gritos por la radio, brutalidades claras como grandes hazañas, y en las conversaciones, como íntimas confidencias, cuquería y falsedad. Los madrileños se dedicaban al maquiavelismo.

Había gentes que no tenían miedo, y otros que, sin motivo alguno especial, ni sombra de razón que lo justificase, se consideraban vigilados y espiados, descubriendo por todas partes ojos en acecho, voluntades enemigas, dispuestas y preparadas para perjudicarlos y perseguirlos.

A algunos se les había exaltado de pronto un furor político que no habían sufrido hasta entonces. Cerca del hotelito del doctor Arias Quintana vivía un vasco que estaba empleado en un Ministerio. El médico le había conocido porque una tarde, a poco de salir de su casa en el automóvil, el motor no había querido seguir funcionando, y Arias tuvo que dejar su asiento, alzar el capot y ver si descubría la causa que pudiera tener aquel capricho de la máquina.

Mirándola estaba, sin acertar a ver en qué consistía su parada, cuando cruzó a su lado el vecino, se ofreció a ayudarle por su cuenta y pronto una indicación suya sirvió para que el motor volviera a funcionar. El médico invitó a su vecino a subir con él en el coche, y le llevó ese día hasta dejarle en la puerta de su Ministerio.

Luego se habían conocido las mujeres, a las que servía algunos alimentos un mismo proveedor, y habían acabado por visitarse, y aunque la época no era para establecer nuevas amistades, la mujer del vasco se había descubierto muy ingeniosa para salvar no pocas de las dificultades del momento, y por confidencias de ella había llegado a conocer el cambio operado en su marido. El tal empleado, en tiempos de la República, solía hablar sonriente de lo que pasaba; pero desde que la guerra había llegado, se había modificado al punto su carácter, antes tolerante, ecuánime y comprensivo, y había ido en progresión acelerada a un estado de violencia y cerrazón mental, a tal punto, que dos o tres meses antes de terminar la contienda —el doctor Arias lo recordaba muy bien—, aún seguía discutiendo con terquedad incomprensible, y aseguraba que los rojos ganarían la guerra.

El médico propietario del chalet gris, que opinaba de muy distinta manera, solía

decirle:

—Pero, hombre, comprenda usted que una cosa es que a usted le guste ese fin, y otra lo que puede pasar.

No le convencía.

Por otra parte, el doctor estaba bien persuadido de que, en el fondo, el vasco no era hombre de malas entrañas, sino un buenazo que se había cubierto con una piel de lobo, al que toda la fuerza se le iba por la boca cuando se disparaba, lo que solía ocurrir con frecuencia. Y, por tanto, se podía hablar con él sin ningún temor a ser denunciado por desafecto al régimen y contrario a la causa de la revolución.

De no ser así, el doctor Arias hubiera puesto gran cuidado en no descubrir el fondo de su pensamiento, siendo más discreto, pues el obrar de otro modo en ese tiempo habría sido querer suicidarse, y toda precaución era poca para evitar graves consecuencias. La vida de los que residían en Madrid, aun la de los correligionarios de los directores de la política, pendía de un hilo, y por menos de nada, cualquier imprudencia de expresión podía constar muy cara, no sólo al imprudente, sino también a la familia y a sus amigos.

Imperaban los caracteres violentos, reinaba libre y despótica la idea de venganza, que tenía a su servicio pandillas de desesperados. Había mucha gente que por cualquier cosa estaba dispuesta a dar gusto al dedo apretando el gatillo de un revólver o de una pistola, mientras tenían el arma apoyada en la sien o en la nuca de un ciudadano, y la autoridad, si es que alguna pudiera aún dignamente querer ostentar ese título, había perdido toda fuerza para hacerse respetar, desde el momento en que resultaba incapaz de vigilar la vida colectiva y de evitar los desmanes de tantos que se proclamaban a sí mismos inviolables.

Había rachas en que se oían tiros a lo lejos, por todas partes, y otras en que se iluminaba el cielo con resplandores rojizos.

Corrían por las calles los más absurdos rumores, esparcidos, sin duda, por quienes solapadamente echaban a rodar versiones destinadas a confundir, a sembrar la duda y hasta el pánico.

Una mañana, en el tranvía, la criada del doctor Arias, volviendo con las manos vacías de realizar algunas gestiones en la Corredera, para ver si se procuraba un poco de azúcar, había oído a dos hombres que charlaban a su lado y hablaban de los moros:

—¿Si hay moros? —escuchó que decía el más viejo de ellos—. Más que moscas.

A lo que su compañero, el que había hecho la pregunta primera, añadió:

—Y creo que son terribles. Todos van en calzoncillos, y algunos pegan hasta bocados. ¡Cualquiera va a pelear con esa gente!

Claro está que nadie había pensado en poner frente a frente de la gente marroquí a aquel par de vejestorios.

EL VIEJO don Javier Arias Bertrand ejercía, medio en broma, medio en serio, la cartomancia y la quiromancia. Esto le permitía dar consejos burlones a los que le consultaban, consejos, algunos, prácticos y útiles.

Arias, el viejo, no creía en estas artes adivinatorias; pero en otras cosas creía: por ejemplo, en la que se llamaba en París metoposcopia, porque el examen de la cabeza y de expresión de la cara no cabe duda que para un observador inteligente puede proporcionar datos de la persona cuyas facciones estudie con atención. Originariamente, en griego, metoposcopia es el examen de la frente. *Metopon*, al parecer, quiere decir frente en griego, *skopia*, examino.

Este arte lo reglamentó a su modo Cardan, el médico italiano de Pavía, que era un hombre de talento y un insensato. Garantía de exactitud, el examen de la cabeza y de la cara no lo tienen; pero de iniciación, sí. El que vea el retrato del gran Federico, el de Voltaire o el de Schopenhauer, no los tomará a ninguno de los tres por gente cándida e inocente.

A la chica joven que coqueteaba con el viejo Arias, le decía éste, copiando el principio de una carta de Voltaire a madame de Châtelet:

*Si vous voulez que l'aime encore,  
rendez-moi l'âge des amours;  
au crépuscule de mes jours  
rejoignez s'il se peut l'aurore.*

Cantaba con frecuencia la romanza de *La mascota*: «Je sens lorsque, je t'aperçois  
», y otra canción popular:

*Caroline, Caroline,  
le petits souliers vernis,  
les dimanches la robe blanche,  
et le grand chapeau fleuri.*

Arias Bertrand era hijo de español y de francesa; había vivido mucho tiempo en el extranjero.

Él reconocía que era egoísta; ahora, con la gente que no lo era, su admiración le hacía ser con ellos amable y servicial; así se mostraba con sus sobrinos.

—Estos últimos años —dijo una vez el viejo— yo he vivido solitario. Lo que tenemos no nos satisface; en cambio, lo que nos falta nos llena de tristeza. Dormir no nos parece que tenga importancia; en cambio, no dormir, es horrible.

—Es verdad —le contestó su sobrina-nieta, y añadió—: Y tú, ¿qué hiciste en la juventud?

—Yo, en la juventud —contestó el viejo—, he vivido en Babia.

—¿Por qué?

—Porque no me preocupaba de nada serio. Creía que tenía lo bastante para vivir seguro, y era un vago, un señorito, y aún creía que mi principal ocupación era aprender una canción de alguna zarzuela, ir al teatro Real, decir un chiste... Luego, cuando me quedé solo, pensé... No, no, esto no puede ser, y se me ocurrió ir a París... Me figuraba que hacer de pobre me sería más fácil en un pueblo desconocido que aquí.

Arias Bertrand, para indicar la fecha en que había ido a París, decía que era en el tiempo de la Bella Otero, de Cleo de Merode y de la Liane de Pougy. Sin duda, el recuerdo de estas tres cortesanas le parecía que serviría para señalar mejor la época que el nombre de los políticos o de los sabios del tiempo.

En este tiempo, en que era joven, Arias Bertrand tenía éxito con las damas y las acompañaba a los teatros, la mayoría de las veces sin pagar, porque había conseguido un carnet de periodista. Vivían aún casi todas las grandes figuras de la segunda mitad del siglo XIX: Emilio Zola, Pasteur, Clemenceau, y, fuera de Francia, Ibsen, Nietzsche y Tolstoi. Verlaine había muerto hacía tres años.

Arias Bertrand había visto a Férandy en el *Viaje de monsieur Perrichon*, de Labiche, y recordaba a Brasseur en *Le carnet du diable*, y a la Bartet, a la Sarah y a la Réjene en la Comedia. Era el doctorado del mundanismo.

Un día, Arias Bertrand sospechó que París ya no se le daba bien; sus amistades habían desaparecido, y pensó intentar vivir en Londres, donde tenía un amigo empleado en la embajada con un destino modesto.

Al principio no le fue mal a orillas del Támesis, pero a los dos o tres años vio que no se podía desenvolver allí. El amigo que estaba en la embajada se marchaba a una capital de provincia española, con gran pena, pero no tenía más remedio.

De su vida londinense, el viejo Arias contaba cosas curiosas: había hecho un reportaje sobre Jack *el Destripador* que tuvo cierto éxito.

En Londres, decía, había conocido a un zapatero que era hijo de un *resurrectionmen*. Así se llamaba en Inglaterra a los que desenterraban los muertos para vender el cadáver a los médicos de la sala de disección.

Arias Bertrand no lo reconocía ante la gente, pero en su fuero interno pensaba que había tenido una debilidad inédita por el gran mundo. Después de hacerse abogado en Madrid, se fue a París en busca de una posición social, como el personaje de la novela francesa Jerónimo Paturot, popular hace algunos años.

Como tenía maña e inteligencia, frecuentó casas ricas y llegó a contar con amistades importantes. Huía de la gente pobre, porque alegaba que él no tenía dinero para favorecer a nadie. Vivía con pocos medios, como una persona de buena posición, y llegó a tener amistad con personas ricas.



El viejo Arias Bertrand era aficionado a Dickens, a Balzac, y todos los años leía despacio las aventuras de Pickwick y Bleak-House y el *Padre Goriot*, las obras del autor inglés, en su idioma; pero pronto se le fue olvidando éste, y leía todo en francés.

«Dickens —decía Arias— era un escritor antisocial, para quien las superioridades aparatosas no tenían valor. Para él no hay más categoría que la bondad, la inteligencia y la simpatía.»

Arias Bertrand no tenía nada de bohemio. Era un hombre inteligente, curioso y holgazán. Él no quería desafiar a los fuertes que le pudiesen atropellar. Él decía que a la gente absolutista no le tenía odio; con no verla se contentaba.

«Laissez faire, laissez passer», era su lema, fórmula de los economistas franceses del siglo XVIII, que algunos llamaron fisiócratas.

Cuando la vida se fue haciendo difícil en Londres, Arias Bertrand regresó a París. Allí conoció a un embajador de una república hispanoamericana y se hizo amigo suyo.

Le explicó un día, como sin darle importancia, que a él le gustaría ser cónsul de su país en España, no por ganar dinero, porque para vivir tenía bastante, sino para ocupar la vida y tener una representación.

Arias ya sabía que no era indispensable para ser cónsul de un país americano estar en América algún tiempo, pero como no le molestaba viajar, pensó en ir y en nacionalizarse. Creía que, en general, y no teniendo un buen destino, era más práctico en cualquier país ser extranjero que nacional.

El embajador le advirtió que lo mejor sería nacionalizarse en su país.

—Si el caso es que en este momento no tengo dinero para viajar.

—El viaje yo se lo podía conseguir a usted gratis.

—¿Cuánto tiempo cree usted que debería estar allí?

—Yo creo que cinco o seis meses. Después yo haría que le envasen de cónsul a Burdeos o a Marsella.

—Muy bien, sería para mí una buena cosa.

Dio resultado la combinación. Arias Bertrand estuvo bastante tiempo en el Havre; luego fue trasladado a un pueblo de Argelia, y después a una ciudad andaluza importante.

«Parece que casi todos los economistas y filósofos han abominado del lujo. Yo no sé si tienen razón o no la tienen —decía Arias Bertrand—. Puede ser antisocial, disgregador, pero el ahorro tampoco es simpático. Un pueblo de vanidosos es más alegre que un pueblo de usureros. El lujo no es una condición siempre egoísta; tiene una tendencia a recrear al público, y entre la familia del roñoso rico que guarda sus millones de las miradas de los demás, y la familia del que le gusta darse en espectáculo al público, ésta parece, creo yo, más amable.»

—En mi tiempo —decía Arias Bertrand—, en París, la vida de sociedad había desaparecido. No quedaban salones a la antigua. Ello debió de subsistir en Francia con brillo hasta la Revolución. Después se intentó darles nueva vida en el imperio napoleónico y en el reinado de Luis Felipe, pero creo que ya no pudo arraigar fuerte.

—¿Y por qué cree usted eso? —le preguntaron en casa.

—Yo supongo que sería, principalmente, por cuestión económica. Un aristócrata del antiguo régimen no se arruinaba del todo. El rey le favorecía, le daba una gran sinecura para vivir. Eso, en el siglo diecinueve, era difícil, y en las proximidades del siglo veinte, los salones, como el de madame de Staël o el de Teresa Cabarrús (madame Tallien), eran políticos, y todos los que les sucedieron después debían de serlo. Luego, esto también desaparece, y ya no hay salones ni políticos, ni literarios, ni de ninguna clase.

No cabe duda de que el siglo XIX, bueno o menos bueno, produjo grandes esperanzas, que la mayoría hay que reconocer que no se han realizado; pero el siglo XX no ha producido nada; únicamente, descubrimientos científicos de importancia, que la mayoría no comprendemos.

Yo creo que nadie cambia, ni mejora, ni empeora espiritualmente en el transcurso de la vida, y yo, muchas veces, creo que me encuentro igual, pasados los setenta años, al chico de catorce o quince; tengo las mismas ilusiones, las mismas curiosidades y las mismas fobias de entonces. Me gustan los rincones, los sitios misteriosos y tengo todavía el entusiasmo lejano por la aventura, sin creer en ella.

Durante la guerra, en Madrid se había desarrollado el egoísmo de una manera frenética, sobre todo por la cuestión de los alimentos. La gente robaba, si podía; los padres a los hijos, los hijos a los padres, los novios a sus novias. Entre los refugiados en las Embajadas se hacían toda clase de engaños y de chanchullos, y pasaba lo mismo en las cárceles. El egoísmo se mostraba claro y descarado.

Gracias a la pedantería marxista, se pudo defender la ficción jurídica de la extraterritorialidad en las Embajadas, y esto produjo una población de refugiados que podían vivir a su gusto y con toda comodidad. Era un poco exagerado este derecho de asilo para unos al lado de la indiferencia para otros. El pueblo, que no discurría en leguleyo, comprendiendo la injusticia, asaltó varias Embajadas e hizo detenciones en masa.

En noviembre de 1936, cuando se creía que los nacionales, que estaban entonces a las puertas de Madrid, entrarían en la ciudad, muchos demócratas y republicanos

moderados se refugiaron en las Embajadas, ya casi repletas por los blancos. Estos, al parecer, obtuvieron cargos con el nuevo régimen al amparo de su personalidad de refugiados en Embajadas, lo que les daba aire de conservadores perseguidos y de víctimas del furor comunista.

CONVERSANDO con el sobrino-nieto, Arias se explayaba.

«A la cultura le ha costado muchos esfuerzos complicar los sentimientos —decía el viejo—, hacer del instinto sexual el amor platónico, sacar de una pasión física algo espiritual, obtener del miedo a la soledad la amistad.»

Subir es difícil, pero dejarse caer es muy fácil.

Hay épocas en que la Humanidad ha ido, como el explorador del monte, cada vez más arriba, con una tendencia heroica, y hay otras en que se deja amilanar y no hace más que descender. Sacar del fetichismo la metafísica y del miedo a la muerte la idea de la religión, también tiene su mérito.

Hoy, con un criterio simplista, a la gente le gusta hundirse en la muchedumbre, vestir un uniforme, marcar el paso con los demás y cantar la misma canción.

La verdad es que la Humanidad actual da una impresión bastante mala: cuando el hombre se entusiasma y quiere hacer algo de provecho, lo único que se le ocurre es pelearse con otros y matarse.

Entre las cosas que se le ocurrieron al viejo Arias en el chalet gris fue encargarle a su sobrino el doctor que le trajera del hospital algunas sales de fósforo, y cuando se las trajo las echó disueltas en agua en el campo al anochecer, a más de un kilómetro de la casa, donde se decía que había habido un encuentro de tropas al comenzar la revuelta. La mixtificación surtió efecto, porque tiempo después aquellas fosforescencias, brillando en el campo de noche, produjeron el terror de las gentes de la vecindad.

El viejo Arias Bertrand tenía algunos libros pequeños de Botánica, con láminas coloreadas, y a veces compraba plantas, y otras se las daban, y las ponía en la parte de jardín y las regaba frecuentemente.

Sazonaba con anécdotas sus diálogos.

Napoleón decía de Talleyrand: «Talleyrand, c'est de la merde dans un bas de soie».

El sobrino de don Javier le preguntaba:

—¿Qué te gusta de los espectáculos modernos?

—No sé cuáles son los espectáculos modernos.

—Por ejemplo, el cine.

—No me interesa.

—¿Y los toros?

—Menos.

—¿Y el fútbol?

—Me aburro espantosamente.

—¿Qué te gusta, pues, de la vida actual?

—No me gusta nada.

—¿No has tenido radio en casa?

—No. Aunque me la regalaran, no la tomaría.

—¿Y gramófono?

—Tampoco.

—Pues no te falta más que no leer periódicos.

—Pues no los leo. Así que estoy completo en mi antipopulachería.

—¿Y por qué no te has casado? —le preguntó una vez a Arias su sobrina Lola.

—No he conocido a una mujer que haya tenido estimación por mí. Me han tenido siempre por hombre ligero y superficial. Por un tipo importuno y absurdo.

Arias Bertrand contaba historias complicadas y detalladas. Había ejercido de corresponsal de un periódico de poca importancia, y para cumplir su profesión había presenciado ejecuciones en la horca, en Londres; en la guillotina, en París, y en el garrote, en Madrid.

Al comienzo de la guerra, había presenciado también, en los alrededores madrileños, varios fusilamientos.

—Creo que los dos políticos que han desilusionado más a los republicanos españoles —indicó Arias, el viejo— han sido Azaña y Largo Caballero. Azaña quiso dar al público una impresión de hombre duro, fuerte y hasta cruel. No demostró a la larga más sino que era un tipo blando, asustadizo y sin energía. El hombre manda a un militar a reprimir la revolución de unos pobres ilusos de una choza de Casas Viejas, y le ordena: «Disparad a la barriga».

Entre aquellos insensatos, murieron fusilados dos mujeres, una la *Libertaria*.

Por entonces dijo también, refiriéndose a sus enemigos: «Ladran, señal que cabalgamos».

Cabalgamos al desastre. Después, Azaña, pasado el tiempo, se convirtió en una piltrafa y deja en peligro a sus amigos, en un pueblo de Francia regido por los alemanes, y se escapó él solo a la zona de Pétain, a Montauban.

—Largo Caballero también es un hombre mediocre y suficiente, un hombre cominero, ordenancista, de balduque —decía Arias—. Al comienzo del movimiento —añadió— estuvo en el Ministerio un militar que venía a contarle lo que pasaba en Pamplona. No lo quiso recibir, y mientras tanto se sublevó la guarnición y la ciudad.

A un jefe de la Guardia Civil, que vino con el mismo objeto, tampoco le oyó. El jefe volvió a Pamplona y le costó la vida.

—Este Largo Caballero es un petulante, que se cree la quintaesencia de la

sabiduría.

¡Qué gente! Casares Quiroga no tiene ni siquiera la malicia y la suspicacia del aldeano gallego.

¡Qué desastre de Gobierno! Y mientras tanto, la gente joven se ha batido con valor en las trincheras de la Ciudad Universitaria. ¿Para qué?

DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES, que estaba cerca de su casa, conocía Arias Bertrand al maestro Chueca, de quien hablaba con frecuencia.

Chueca, según el viejo don Javier, era un hombre genial, que no se había preocupado nunca de su personalidad ni de su fama. La letra de sus canciones era casi siempre un monstruo; la hacía él al mismo tiempo que la música. Así, muchas veces, las palabras eran con frecuencia absurdas y no venían a cuento.

—¿Tú le conociste? —le preguntó su sobrino.

—Sí, cuando el Círculo de Bellas Artes estaba al principio de la calle de Alcalá, cerca del Ministerio de Hacienda, hacia el año 1905 o 1906, le solía ver.

—¿Cómo era Chueca?

—Era un hombre pequeño, sonriente, vestido un poco a lo chulo.

—¿Y tenía amigos?

—Sí, porque había entre los socios mucha gente de teatro. El bibliotecario era un navarro, Francisco Iraizoz, que había escrito *La vuelta del Vivero*, un sainete que no estaba mal. El que a veces se mostraba contra Chueca era Felipe Pérez y González. Este le reprochaba que las letras de las canciones, que eran frecuentemente disparatadas, las ponía él mismo, y el público las atribuía al autor de la letra.

—¿Y pasó la música de Chueca al extranjero?

—Es la única música española moderna que ha pasado —contestó don Javier—. Yo la vi anunciada en un cartel del teatro, en Roma, y llevaba más de mil cuatrocientas representaciones en Italia, y en el cartel decía: *La Gran Vía*, música del maestro Valverde, y no nombraba a Chueca.

—¡Qué tipo indiferente!

—Completo. Y ya ves tú: de él habló Nietzsche, y Verdi dijo de nuestro músico que era un hombre genial sin conocimientos técnicos completos. Chueca no se preocupaba gran cosa del sainete o de la revista a la cual iba a poner música, y vinieran o no vinieran a cuento, ponía donde le parecía sus valsos, sus pasodobles y sus jotas.

—¿Y murió joven el músico?

—Yo creo que tendría unos sesenta años. La gran popularidad de Chueca y la de sus «ratas» de *La Gran Vía* dio lugar a un hecho pintoresco. Años antes de morir le robaron a Chueca en el tranvía la cartera con sesenta duros y un retrato suyo. Lo contó la Prensa y se enteraron los descuidados de que su víctima era el alegre músico que dio actualidad, renombre y hasta simpatía a los de «su oficio», sacándolos a escena para burlar a los guardias. No quisieron que hombre así tuviese de ellos mal recuerdo, y le escribieron una carta afectuosa, llamándole «el guripa de más pupila».

que tiene Madrid». Con la carta le devolvían los sesenta duros y cinco más de regalo, en prueba de admiración. Sólo se quedaron con el retrato del maestro, para ponerlo en sitio de honor en su «Academia». Firmaban la misiva «El rata primero», «El rata segundo», «El rata tercero», «La Pelos», «La Chata» y «La de Lavapiés». El periódico *El Imparcial* refirió este lance.

»A Chueca no le interesaba que una obra de teatro fuera realista o no; lo que él quería era que su música se destacara con toda su gracia y su frescura.

Chueca era como la quintaesencia del Madrid sonriente de la segunda mitad del siglo XIX.

El maestro, en su vejez, estaba enfermo de diabetes. A pesar de esto, tenía buen aire. Le habían prohibido los dulces; pero él no hacía caso.

Debía de vivir hacia la calle de Alcalá, lejos, y su casa, al parecer, tenía ventanas, por la parte de atrás, a un solar.

Desde una de estas ventanas se entendía con unos chicos que jugaban en el solar y les encargaba que le compraran pasteles y les echaba una cesta atada con una cuerda y les ponía dinero en ella. Los chicos cogían uno o dos pasteles, y Chueca subía la cesta y se comía los que podía. Debía de pensar: «La diabetes que se haga la pascua.»

—Y tú, ¿qué crees de la música en general? —preguntó el sobrino de don Javier.

—Yo creo que, si sigue así, desaparece.

—¿Tanto como eso?

—A mí se me figura. Después de siglos tan musicales como el XVII y el XIX, viene este siglo y nada. Se acabaron los músicos.

—Pero ¿es posible?

—Yo creo que es un hecho. Figúrate la cantidad de músicos admirables que tuvieron Alemania e Italia durante dos siglos. Todavía en el final del siglo XIX hay tipos no grandes, pero estimables: Mascagni, Leoncavallo, Puccini, y sus óperas corren por el mundo entero; pero viene el siglo XX, y se acabó; ya no hay ni un músico. En Alemania pasa lo mismo. Es el país de los más grandes compositores del mundo, y llega el siglo XX y la vena musical ha desaparecido. Porque hace cincuenta años se podía decir en Viena: «No hay un Mozart, pero hay un Franz Lehar»; pero ahora no hay nada. Mucha gente tiene una idea un poco estúpida de las categorías artísticas, y cree que siempre tiene más importancia una mala tragedia que un buen sainete. No hay tal; un sainete, como algunos de Molière, vale más que todas las tragedias que se han hecho en Francia, y algunos sainetes de Labiche quedarán más que las obras de sus contemporáneos.

—¿Y tú supones que con los escritores pasa algo como con los músicos?

—Yo creo que sí. Yo no recuerdo de ningún escritor universal de este siglo. Yo no sé si los de ahora son iguales o peores que los de antes, lo que sí sé es que no tienen la fama de aquéllos. Víctor Hugo, Balzac, el mismo Dumas son universales, y lo son



también lord Byron, Dickens, Dostoyevski, Tolstoi. En Francia, Zola hace ediciones de doscientos mil ejemplares de sus libros. En la progresión que van las cosas, un Zola de hoy haría ediciones de un millón de ejemplares. Todo se va achicando y empequeñeciendo. Todavía hace cincuenta años había figuras como sucedáneos del éxito: D'Annunzio, Anatole France, Edmundo Rostand; pero estos escritores se han esfumado en poco tiempo.

—¿Es que el mundo no necesitará literatura?

—No lo sé. Es difícil el saberlo. Puede influir el cine. También creo que influye algo el que las mujeres no intervienen en cuestiones literarias. En Francia, al menos, el salón no existe.

—En España menos aún.

—El poco éxito que han tenido los escritores españoles con las mujeres da un poco de risa —dijo el viejo Arias Bertrand—. No han tenido ninguno. Porque entre los franceses y los ingleses se recuerdan algunos amores más o menos famosos: los de Byron, los de Alfredo de Musset. Aquí no ha habido nada de eso.

—EN ESPAÑA hubo crímenes famosos y algunos espeluznantes —dijo don Javier—. El crimen de la calle de Fuencarral fue como un folletín en el que colaboraron los periódicos, engañando al público y dándole un aire complicado para aumentar la venta. El crimen de Don Benito fue terrible por lo trágico. Entre un hidalgo descendiente de conquistadores llamado García de Paredes y un compinche suyo, Castejón, mataron a una costurera y a su madre. Se podía haber hecho con este crimen un drama truculento. El del huerto del Francés era también sombrío y misterioso.

Otros crímenes, hubo estremecedores: el de don Nilo, el de Vicenta Verdier, el del capitán Sánchez y el de Gádor.

Este, quizá, fue el más horrible. Gádor es un pueblo que está cerca de la sierra del mismo nombre, en la provincia de Almería.

En ese pueblo, entre un enfermo a quien apodaban el *Moreno* y un curandero, Francisco Luna, mataron a un muchachito, y el curandero recomendó al enfermo que bebiera la sangre del niño, y luego le sacó el tejido adiposo, las mantecas, como dice la gente, para que se los aplicara al cuerpo.

También crimen de gran empaque fue el del expreso de Andalucía, en cuyo proceso, durante la dictadura de Primo de Rivera, se trató con mucha dureza a los encartados, pues a uno que había intervenido en el proyecto del robo, pero no en el asesinato de unos empleados de Correos, se le condenó a muerte y se le agarrotó.

En Inglaterra, hace ya bastantes años, apareció aquel Jack *el Destripador* que nadie supo quién era. Se hicieron muchas hipótesis sobre él: quién creyó que no era un hombre, sino varios; quién supuso si sería una mujer. Los asesinatos de Jack tenían un carácter sádico. La verdad es que nadie supo nada de él. Su especialidad de asesino era matar mujeres. Y esta especialidad de matar mujeres siguió bastante en Inglaterra con el tiempo. El Destripador de Londres, en el barrio de Whitechapel, fue la pesadilla de la capital de Inglaterra.

LA IMPRESCINDIBLE NECESIDAD en que se veía el viejo Arias Bertrand de ir matando el tiempo sin aburrirse durante las horas de obligada reclusión en el piso segundo del chalet gris le había hecho volver a las lecturas de la época de su juventud; pero como su sobrino no había tenido los mismos gustos que él, halló que entre los libros que llenaban los estantes de la biblioteca, en promiscuidad extraña con los tratados de Medicina y Psiquiatría, faltaba mucho de lo que él hubiera deseado releer.

De novelas, se encontró con Balzac, con Dickens y con Dostoyevski. Releyendo lo que más le había gustado en la producción de estos tres autores de la literatura universal, le pareció mentira hubiese tan poca distancia en el tiempo entre aquellos colosos. Los libros primeros de Dickens resultaban contemporáneos de los de Balzac, y los de Dostoyevski apenas si contaban veinte años menos de vida que los del autor de *La comedia humana*.

¡Y qué diferencia de actualidad entre unos y otros! Balzac le sabía ya a viejo, le parecía amanerado, rancio. Dickens seguía viviendo en Inglaterra, como en su tiempo, a pesar de los estetas, y Dostoyevski resultaba actual en todo el mundo civilizado.

Por eso, en Francia, según había oído en algunas discusiones del casino, en los últimos meses la gente ya no leía a Balzac, a pesar de que, de tiempo en tiempo, los periódicos literarios resucitaban anécdotas, general mente relacionadas con sus apremios de dinero, y algunos escritores fieles a su culto hacían estudios y biografías para exaltar y mantener viva su memoria. Los demás novelistas franceses que habían surgido después del autor del *Padre Goriot* no tuvieron la fama de Balzac; pero, como él, parecían haber perdido su boga. Todo lo latino iba resultando anticuado y marchitándose.

Arias Bertrand, en las largas temporadas que había vivido en París, había adquirido gustos e inclinaciones de bohemio y había sido también en ese tiempo lector asiduo de Huysmans y de Jean Lorrain, y por *snobismo* o por distraerse, se había mostrado un tanto partidario de la magia, tomando parte en algunas sesiones de espiritismo, aunque siempre un poco en broma.

Había leído, por curiosidad, en esos tiempos de París, a los escritores decadentistas y perversos. Exceptuando a Baudelaire, al que juzgaba poeta de talento, y a Oscar Wilde, que le parecía un dramaturgo ingenioso, a los demás los encontraba vulgares y los juzgaba absurdos. Barbey D'Aurevilly era un fantasma. A Víctor Hugo le había llamado idiota solemne. Huysmans era un hombre pesado y de mal gusto. Jean Lorrain, un tipo de feria. D'Annunzio, un italiano cursi. Villiers de l'Isle Adam, en el que no quedaba nada de la gallardía de su antepasado el gran maestro de la Orden

templaria, tenía escaso talento. Mallarmé era un pobre hombre que hacía poesías como un chino puede hacer una bola de marfil que se encaje dentro de otra. El único que le satisfacía plenamente era Verlaine.

Había leído las *Españas*, de Jean Lorrain, y si no había llegado a indignarse, como algunos periodistas madrileños, las había juzgado como una exposición de prejuicios. Renovábanse los colorines de los cromos de Gautier, las majas con la navaja en la liga, los frailes y los toreros, los bandidos y los canónigos panzudos, los mendigos siniestros y piojosos, espulgándose al aire libre, a la vista del público; las caricaturas de los rostros femeninos morenos, con sus mantillas de encaje, paseados por calles brillantes a pleno sol; enanos y jorobados con muecas sombrías, trazos deformes y absurdos. Huysmans, al parecer, quiso ver en España frailes diabólicos y escenas de magia negra y misas sobre grupas desnudas de mujer. Lorrain creyó encontrar en el país espectáculos terroríficos, de postración y decadencia, de sombra y silencio, en los cuales se empeñaba en descubrir reviviscencias del alma árabe de la raza. Arias Bertrand no se había indignado, sino reído, al leer todo esto, porque sabía de cuánta superficialidad es capaz un francés que sale a viajar por el extranjero, sobre todo con una idea literaria.

Verlaine era para el malagueño trasplantado a París algo excepcional. Había sabido ser un gran poeta, exponiendo con sencillez las emociones de su alma, sin desvariar en sutiles y complicados razonamientos, como Mallarmé, ni convertir sus instintos en disquisiciones cerebrales. Nunca había sido hombre de teorías, sino de sentimientos, confiando en la sinceridad de su alma dolorida y enferma, en su ilusión y sus miserias, y hasta en su bajeza.

No sólo sus versos habían atraído a don Javier, sino también sus cartas, redactadas en las camas de los hospitales, donde pasó su vida; en el destierro o en la cárcel, en cuyas cartas habla del hambre, del frío y de la miseria de que fue víctima.

Del único tiempo en que no hay mención en la correspondencia de Verlaine es de la época en que desempeñó una plaza de profesor de francés en un colegio de Inglaterra, en plena City de Londres. El haber sido profesor no le detuvo, tiempo después, para convertirse en campesino e irse a vivir a una granja para trabajar la tierra, cosa que era en él deseo antiguo, y donde, al principio, se encontró como en la gloria. Pronto, sin embargo, se cansó, cosa que se comprende en un hombre voluble y descontento como él.

Verlaine no llegó a escribir ninguna carta de esas que pueden llamarse literarias. La vida le acosaba con demasiada insistencia y desde demasiado cerca para que pudiera dedicarse a fantasear. Sus realidades tristes pesaban sobre él como sobre una llaga. Vivió toda su vida apurado, lleno de apremios, de angustias, de miserias. Pagó la gloria que al fin obtuvo con la moneda más cara que se puede pagar, con trozos de su carne enferma. La pobreza nunca le espantó; supo sufrirla con paciencia. Hombre

de buen conformar, le habría bastado para sentirse satisfecho con tener salud.

—¿Y DE ESO DEL CUBISMO, tú que crees?

—Pues yo creo que eso no es nada.

—Es decir, que para ti es una aberración sin sentido.

—Eso es.

—Y entonces, ¿cómo ha podido pasar y hasta triunfar?

—Es que el público no tiene confianza en sí mismo y quiere estar a la moda. En esto colabora la tontería de la gente, que es capaz de sostener lo que se le echa encima, y la granjería de los pintores, que no les importa explotar y engañar al buen burgués.

En un cabaret grande de París, que se llamaba «Le Boeuf sur le Toit», había un cuadro, naturalmente sin marco; si hubiera tenido marco hubiese perdido por lo menos el cincuenta por ciento de su valor. El cuadro se llamaba *El ojo cacodilato*, como se hubiera podido llamar *El ombligo histérico*, o *El omóplato romántico*.

Luego, con el tiempo, ya nadie miraba aquello ni para reírse. Se comprendía que era una estupidez.

Se ve que el público es muy torpe. Al final del siglo XIX, en París, había en las tiendas pinturas magníficas de Gauguin, de Sisley, de Van Gogh, de Toulouse Lautrec, y no las compraba el buen burgués. Prefería obras amaneradas de Bougudeau y de Carolus Durand.

—¿Y ahora qué pasa?

—Pues ahora la gente compra cuadros extravagantes hechos a propósito *pour gratter... le bourgeois*, y entre los pintores se han distinguido Picasso, Dalí, Miró, que han vendido como cuadros lo que podía ser un trozo de papel de habitaciones.

—Se ve que la gente cambia.

—Sí, cambia en mal. Es raro que en cosas tan claras como la pintura la gente no tenga criterio. Porque que no entienda la teoría de Einstein, es comprensible; eso nos pasa a todos; pero no comprender que una vaca pintada se parece a una vaca de verdad, o un cerdo pintado al cerdo visto, es muy raro.

—Sí, es verdad.

—Luego la gente cambia de gusto por tontería.

—Es muy posible.

—Yo, hace muchos años, tenía un amigo que era muy entusiasta del *Greco*. A mí me comunicó algo de su afición y fuimos muchas veces al Prado y a Toledo. Un señor conocido mío me decía, casi indignado:

»—No creo nada de ese entusiasmo de usted por el *Greco*.

»—Bueno. No lo crea usted. A mí me parece un pintor magnífico.

»—Eso es para significarse.

»—Crea usted lo que usted quiera. A mí me tiene sin cuidado. Hoy,

probablemente, aquel señor compraría los cacharros de cocina que hace Picasso, y puede ser que afirmara que los guisos hechos en esos cacharros tienen mejor gusto que los cocidos en los habituales y corrientes.

EL TÍO JAVIER cantaba en voz baja romanzas de óperas italianas, mientras paseaba por la terraza del chalet gris.

Le gustaba cantar de *Lucía* a medianoche:

*Regnava nel silenzio,  
alta la notte e bruna,  
colpia la frente un palido  
raggio di tetra luna.*

De *El trovador*:

*Il balen del suo sorriso  
d'una stella vince il raggio,  
in fulgor del suo bel viso  
novo infonde, novo infonde a me coraggio.  
Ah, l'amor, l'amore ond'ardo!,  
le favelli in mio favor,  
sperda il sole d'un suo sguardo  
la tempesta, la tempesta del mio cor.*

También recitaba poesías en francés. Una de ellas decía así:

*La lune blanche  
lui dans le bois,  
de chaque branche  
part une voix,  
sous la ramée,  
O, bien-aimée!*

De *Carmen* cantada en francés: «L'amour est un ciseau rebelle», y el dúo de Pippo y Bettina, de *La Mascota*: «Je sens lorsque je t'aperçois».

También repetía un cuplé que debía de tener música francesa, y que lo cantaba en Madrid Luis Esteso, que era un *chansonnier* madrileño, que no tenía mucha gracia:

*Marieta es una chica  
que tiene un genio atroz.*

Don Javier, cuando recordaba a la Bella Otero, a la Cleo de Merode y a la Liane de Pougy, cantaba un cuplé español:

*Tú irás a Folies Bergère  
cuando llegues a París,  
que la Otero allí está,  
y la Liane de Pougy.*



A menudo, su sobrino le acompañaba en algunos dúos y romanzas de operetas y de zarzuelas.

Otras veces, don Javier cantaba la marcha de *Boulangier*, que había oído en su juventud, en París, y *La Internacional*, las dos canciones en francés:

*C'est la lutte finale,  
groupons nous, et demain,  
«l'Internationale»  
sera la genre humain.*

También cantaba algunas canciones taurinas, aunque no había visto una corrida en su vida, y una de las predilectas era el tango del Espartero:

*La muerte de Espartero  
en Sevilla causó espanto.  
Desde Madrid le trajeron  
hasta el mismo campo santo.*

EL HIJO del doctor Arias, Eduardo, con sus veintidós años, dejándose llevar por sus amistades, estuvo una temporada armado de máuser en la sierra del Guadarrama, luchando contra los nacionales, y cuando le hirieron, con una herida de buena suerte, en el brazo, pues, por fortuna para el muchacho, el balazo carecía de importancia, se volvió donde los suyos y llegó a su casa un tanto transformado, sospechando si no sería él hombre de instintos algo violentos.

Su tío Javier, oyéndole, se reía un poco de su sobrino.

«Olvídate de eso —le decía—. Ante la guerra no hay más que esas dos posiciones fuertes: tener valor y serenidad, y, por tanto, atacar; o tener miedo y huir y esconderse.»

Ya, como tranquilizado sobre su propia ferocidad, Eduardo habló de un teniente de su compañía que le había parecido un energúmeno.

Era un hombre joven, y casi buena persona, que peleaba con una furia sádica.

Gozaba en matar, en fusilar, en acabar con un enemigo de un bayonetazo. Algunos de los compañeros aseguraban que aquel hombre tan fiero y tan bárbaro era un homosexual.

—Quizá era un hombre de quien llegue a hablarse —dijo el tío Javier.

—¿El aumento del homosexualismo es un aumento de verdad o es sólo que se ha descubierto lo que antes estaba tapado? —preguntó Eduardo.

—Probablemente es esto —contestó su tío.

—Sí; yo también así lo creo. Es difícil que la Humanidad cambie en treinta o cuarenta años.

A Eduardo le maravillaba esta furia del teniente amigo y este sadismo. El teniente debía de ser un fanático capaz de herir, de matar, de incendiar, no sólo por obligación, sino por gusto.

En lugar de pensar que su amigo el teniente podía ser un héroe, del que hasta entonces no se había revelado su carácter, se le ocurrió a Eduardo que era posible que en su amigo hubiera un complejo de maldad, puesto de manifiesto al luchar de aquella manera violenta, como un jabalí.

Con objeto de poner en claro la personalidad del teniente de su compañía al choque con los azares de las trincheras y la vida de campaña, Eduardo empezó a leer historias de aventureros y de criminales franceses, recogidas en algunos libros, para ver si encontraba que su amigo se parecía algo a ellos.

Como tenía tiempo de sobra, leyó las Memorias de Goron, antiguo jefe de la Policía de París, compradas por su padre años atrás; los últimos volúmenes, el doctor no había llegado a leerlos, sin duda porque los primeros habían bastado para satisfacer

su curiosidad, y le habían aburrido; el hijo los halló sin abrir, y tuvo que cortar los pliegos, utilizando una plegadera pequeña de marfil que tenía su padre sobre la mesa del despacho en la planta baja del hotelito.

Con sus lecturas el muchacho conoció lo que fueron las vidas de Pranzini Prado, Eyraud y Gabriela Bompard; la historia de Vacher, el destripador de Borgoña, que al ser guillotinado, el público ovacionó al verdugo, como las gentes de nuestros tendidos celebran en las plazas de toros el término de una brillante faena, y luego la historia de Landrú, asesino de mujeres, que ya unía el crimen con el humorismo.

En Francia hubo crímenes terribles en la época moderna. De los asesinos de estos últimos tiempos, el más destacado fue Landrú, humorista y matador de mujeres, que las citaba en su casa y luego pegaba fuego a sus restos en el hogar de la cocina.

En una caricatura, Landrú le decía a su abogado Moro Giafferi, famoso en el tiempo, que debía de ser de familia corsa: «Il faut reconnaître, mon cher Moro Giafferi, que dans aucun lieu se trouve mieux la femme que dans le foyer» ('Hay que reconocer, mi querido Moro Giafferi, que en ninguna parte la mujer está tan bien como en el hogar').

Se refería al hogar de la chimenea.

El último asesino célebre de la época fue Petiot.

A Eduardo le produjo mucha curiosidad la historia de la Tarnovska, la envenenadora que vivía en Venecia y a quien tenían que cambiar de vigilante, porque los conquistaba y seducía a todos.

También era otro tipo curioso en la época madame Stenheil, casada con un pintor de este apellido, a quien mató.

—El hombre es como una máquina —dijo Eduardo.

—No creo —contestó don Javier—. Una máquina indica de antemano que es algo construido por el hombre. Nadie puede pensar que un perro o un caracol estén contruidos por el hombre. Una máquina, mientras no se desarregle, siempre funciona lo mismo; el animal se muestra lleno de caprichos. El perro, por ejemplo, a este chico le quiere y le acaricia, al otro le ladra y le enseña los dientes; el caballo se deja montar por uno; en cambio, no se deja montar por otro; el mismo gato se acurruca en el regazo de una persona y no quiere estar en el de otra.

—Sí, sí; es cierto.

—Decir que todo eso es una cosa maquinal y de autómatas es una ligereza incomprensible —añadió el viejo Arias—. Como dice la Biblia, el suceso del hombre y el suceso del animal, el mismo suceso es; como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma respiración tienen todos.

—Es verdad; pero para un médico, el animal y el hombre son como máquinas que se pueden descomponer —dijo Eduardo.

Se enteró también Eduardo de las hazañas de la banda de Bonnot en la calle

Ordener, y avanzó en sus lecturas hasta los últimos crímenes de París.

Sabe Dios adónde hubiera llegado por ese camino de erudito en historias malsanas, si de pronto no hubiese todo ello dejado de interesarle.

En España, los escritores nunca mostraron curiosidad por hurgar en las vidas de los criminales. Tampoco es país el nuestro donde abundan los crímenes pintorescos: En cambio, en Francia se ha escrito mucho sobre ellos, renovándose con frecuencia el material y los motivos de tales historias. En pleno bulevar de Sebastopol se llegó a descubrir, hace tiempo, un Club de asesinos, donde veintitantos apaches de la capital se reunían para charlar de sus crímenes, mientras se jugaban el dinero robado y apuraban las copas del alcohol que había de proporcionarles ánimos para cometer nuevos crímenes.

TÍO Y SOBRINO solían pasar muchas mañanas sin salir de casa, leyendo o charlando; ningún interés los impulsaba a ver gente. Lo consideraban arriesgado. Sobre todo, el primero, que temía comprometerse si la casualidad le llevaba, sin advertirlo, a tropezar con alguien que, por cualquier motivo desconocido por él, pudiera sentir ganas de denunciarle en alguna de las checas que funcionaban en distintos sitios; siempre se podía inventar cualquier motivo insidioso contra alguien. Por absurdo que pudiera parecer, no estaría a cubierto de que alguien lo tomara en serio, sobre todo si se sentían investidos de autoridad. Los Torquemadas abundan en España.

En ese tiempo, lo que principalmente se descubría en los rostros de las gentes que transitaban por las calles era el miedo. La cosa estaba suficientemente justificada por lo que ocurría. Todo el mundo estaba espantado, y con motivo, pues raro era el día en que los periódicos no recogían en sus columnas alguna alusión malévolamente contra éste o el otro, que producía en aquel a quien iba dirigida un impulso de meterse bajo tierra, anhelo irreprimible de ocultarse, de desaparecer, quedar como fuera de la circulación, pues no había defensa ninguna contra la insinuación o la pública censura.

Por eso, la calle resultaba peligrosa, y donde más tranquilo se sentía el viejo Arias era en el sosegado ambiente del chalet gris, gozando la templanza cordial de sus familiares. La mejor manera usada por él de distraerse de recelos y preocupaciones consistía en evocar, teniendo como único oyente a su sobrino, repantingados uno y otro en butacas de mimbre, los años de su juventud, hacia 1890, que vivió en París. En esta época, la gente pobre y la rica se divertía, estaba alegre, bailaba en los salones, y la *cuadrilla* en los bulevares, baile que no se diferenciaba mucho del antiguo cancan, danza que invadía las calles al llegar las fiestas populares del 14 de julio, sobre todo en la conmemoración anual de la toma de la Bastilla.

En ese París del final del siglo XIX había vivido el entonces muchacho, formado la conciencia de lo que un español podía representar ante el mundo europeo, y se había impregnado de aquel espíritu de ligereza y de alegría que habría de prolongarse hasta la guerra del 14. Don Javier Arias Bertrand había podido mantenerse a orillas del Sena con una pequeña renta y mucha economía; esto no era difícil para él, pues no se mostraba exigente y podía vivir con poca cosa. Se manifestaba hombre sobrio, cuidaba la ropa, que le duraba años. Nunca pedía gollerías; era de buen conformar, y tenía para todo un juicio claro. Recordaba de su tiempo anécdotas pintorescas, lances de una condición divertida y caprichosa.

Había mostrado siempre suma curiosidad por recorrer los barrios populares de las ciudades visitadas por él, introduciéndose en sus más apartados rincones. Le había interesado más el pueblo bajo que la aristocracia, más los barrios antiguos que los nuevos. Creía que el afán de la urbanización acabaría con el aspecto peculiar de las ciudades, dándole a todas ellas un aire vulgar y sin personalidad.

Con su palabra, pintoresca y gráfica, hacía revivir ante el muchacho sus paseos de entonces por el barrio Latino, la plaza Maubert, rodeada de estrechas callejuelas, donde abrían sus puertas innumerables tabernas frecuentadas, en ese tiempo, por bandidos y hampones, malhechores y maleantes de toda especie. De esas calles recordaba, como la más animada de todas, la de Saint-Jacques, y entre los edificios más curiosos del barrio, la iglesia románica de San Julián el Pobre, utilizada como capilla del Hospital, y el hotel Dieu, el más viejo de los de París y del mundo.

La época aquella había sido como para crear esperanzas en la gente, que luego no habían cuajado. De un lado, la influencia de Nietzsche había provocado el culto de la barbarie, de la vida en peligro, de la personalidad exuberante; del otro, se había alzado la utopía de Karl Marx, quien con su claridad típicamente judaica había sabido descubrir que a la masa no le interesaba ni la libertad de conciencia ni la cultura, y ese descubrimiento había dictado la consigna al pueblo de que sobraba todo intelectualismo, toda psicología, toda metafísica. No había más que trabajo, riqueza y lucha de clases.

Puestas frente a frente estas tendencias políticas antagónicas, indiferentes para la libertad del espíritu, las intenciones sociales más atrevidas que habían comenzado al principio del siglo xx a defenderse y manifestarse, se extendieron entre las masas, y al avanzar la nueva centuria se llegó a obtener el resultado de un siglo tan mediocre como cualquier otro.

«La filosofía práctica —decía don Javier Arias— no es más que comprender la nueva pública y privada de los hombres y escapar de ella como se pueda. La masa tiene la fuerza, evidentemente; no se puede luchar con ella. Así que hay ser como el torero, darle un... al toro y adelante.»

No se había notado en el mundo —según el viejo Arias— adelanto ninguno en el sentido de la bondad, de la piedad, de la comprensión. Seguía siendo el hombre tan bruto, tan sombrío y tan cruel como lo había sido en tiempos remotos; y para agravarlo, la estupidez de algunos escritores de bajo vuelo había proclamado la bancarrota de la ciencia. Lo que ocurría era que el hombre moderno utilizaba la ciencia sin haber llegado a comprenderla, pretendiendo hacerla servir para cosas prácticas que nunca habían entrado en sus aspiraciones ni en su órbita; y al no conseguir este practicismo que se pretendía, el hombre intentaba desacreditarla. Esta actitud equívoca de frente a la ciencia, había de producir con el tiempo una incompreensión estúpida de sus verdaderos fines. Se habría de llegar hasta pretender dar aire científico a las tonterías de la moda, y en España no faltaría algún taurófilo majadero que utilizase, para explicar la destreza de un Lagartijo o de un Frascuelo, las pesadas teorías de un profesor alemán como Krause.

«Yo creo que la filosofía en la Medicina no vale gran cosa —decía el doctor Arias Miranda—. Todo el que haya leído los *Aforismos*, de Hipócrates, y la introducción al *Estudio de la Medicina experimental* de Claudio Bernard, sabe las teorías necesarias para ser médico. Lo demás no es cosa importante.»

Don Javier Arias Bertrand había visto que las teorías políticas no tenían influencia en las muchedumbres más que cuando son sencillas, pues lo complicado no cabe en el espíritu de la multitud, no ha cabido nunca. Si la política necesitase ser complicada y detallista, no apasionaría a nadie ni llegaría a contar con masas.

Él no quería fantasear mucho en esas cuestiones políticas nacionales, ni tampoco en las internacionales. Había intentado siempre, como decía Stendhal, ver en lo que es. Aquello de la Sociedad de Naciones, por ejemplo, no le había ilusionado; desde el primer momento dio la impresión de algo que terminaría en nada. Pensaba que no iba a ser más que una reunión de pedantes a los que no guiaba otra intención que la de lucirse personalmente, tomando parte en una batida de *clowns* de la palabra o del gesto, esclavos de la elocuencia más que de la lógica y del buen sentido.

De allí no saldría nunca ni un buen consejo, ni una idea oportuna, ni una recomendación que valiese la pena, que mereciera tenerse en cuenta. Claro es que la acusación de pedantería resultaba fácil de hacer, porque con mala intención todo el mundo parece pedante, aunque no lo sea. Naturalmente, la pedantería es cosa muy diferente de limitar, y para el que tiene malas intenciones, toda persona que explica algo es pedante. Pero en esas asambleas, donde suelen juntarse los hombres más petulantes de cada país, la pedantería suele estar siempre a la orden del día.

¿Qué pensará el español de dentro de cincuenta años de la revolución y de la guerra de nuestro tiempo?

No lo sabemos ni nos lo podemos figurar.

A don Javier le parecía que el español era un tipo extraño.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó su sobrino.

—Porque, tratándose de asuntos políticos, no tiene más que conceptos generales y teóricos, pero cuando se trata de sus conveniencias ya en él no hay más preocupaciones que la práctica. Se acaba la luz del faro de lo general, de lo ético, y empieza a brillar la linterna personal.

—Política y granjería es lo mismo —dijo el sobrino—. No creo que se haya hecho aquí nunca una política limpia y verdadera. Al pueblo se le suele servir un caldo hecho de mentiras. El pueblo lo cree o no lo cree, y se sigue adelante.

—Sin embargo, muchas veces en la gente más tímida hay un fondo de ingenuidad y de candidez —dijo el tío Javier.

—¿Tú crees?

—Sí, porque el hombre no es completamente homogéneo; no es fácil que lo sea.

Después de un silencio, que duró algunos minutos, don Javier volvió a tomar la palabra, y dijo: «Es difícil en la vida no ser alguna vez yunque o martillo».

—Y tú, tío, ¿qué prefieres? —preguntó el muchacho.

—Yo —contestó don Javier—, si no me hacen mucho daño, prefiero ser yunque. Por lo menos, esto no deja remordimiento.

—Esta es la conciencia que busca la comodidad ante todo.

—No, ¡que se va a buscar, deliberadamente, la inquietud y el desasosiego!

Dejaron transcurrir otro espacio de tiempo sin discutir, como dando a la imaginación lugar a que se orientara hacia otros derroteros, y entonces el anciano rompió aquel silencio para decir:

—Yo creo que España, como todos los países de Europa, no tiene una unidad espiritual ni tampoco reacciones claras y fijas, sino muchas veces contradictorias.

—Así, pues —dijo el sobrino—, supones que no ha descubierto aún su camino.

—Sí, eso supongo. Si fuera posible, la organización mejor, la que más correspondería a su diferenciación característica en regiones, sería la federal.

Se oyó entonces sonar, fuera, una bocina de automóvil. Les era conocida. Era el doctor, que volvía del hospital. Aquello indicaba estar próxima la hora de la comida. Y eso les hizo suspender su charla. El sobrino salió al encuentro de su padre. El tío marchó a su cuarto para lavarse las manos antes de sentarse a la mesa.



CASI TODAS LAS SEMANAS, tres o cuatro médicos se ponían de acuerdo para reunirse por la tarde y hablar con libertad en el chalet gris.

Los constantes de esta tertulia vespertina, además de Arias Miranda, eran el doctor Rinaldi, el doctor Rosales y Zabala.

El doctor Rinaldi era un hombre ocurrente y divertido, que hablaba en español, en italiano, en francés y en inglés con la misma facilidad. Le gustaba hacer gala de su escepticismo y de su indiferencia en cuestiones políticas.

Se hubiese podido hacer una antología de sus frases burlonas e indiferentes. Al principio de la República, cuando aún existía el entusiasmo por Azaña y Largo Caballero, y se les creía a los dos hombres de fibra, Rinaldi le dijo casi en serio a un conocido suyo, sin insistir en su crítica: «¡Qué le vamos a hacer!... ¡Creíamos que íbamos a ganar las izquierdas y hemos ganado las derechas!».

Esta frase revelaba la filosofía escéptica y burlona.

Rinaldi era hábil para resolver sus asuntos y tenía ya preparado su viaje a Francia. Un amigo, político importante, le iba a llevar a Barcelona, donde tenía que hacer algunas inspecciones, y de allí trasladarse a Marsella. Rinaldi hacía chistes maliciosos sobre los médicos con mucha gracia.

Otro de los asiduos de la casa era el doctor Rosales, antiguo condiscípulo y amigo de Arias Quintana. Rosales trabajaba en una clínica e iba casi todas las semanas una tarde al chalet gris a hablar de lo divino y de lo humano, dándole a todo un aire cómico y alegre. Rosales era hombre alto, delgado, esbelto, de formas amables. Tipo ocurrente y humorista, le gustaba hablar con libertad. Si en la tertulia vespertina del chalet se encontraba con personas desconocidas, cuyas ideas ignoraba, advertía con una sonrisa aparentemente amable: «Como dice un amigo, hay que tener cuidado con la turbina».

Esto constituía un llamamiento a la prudencia.

Como era bastante calvo y no se encendía siempre la estufa porque no había carbón, Rosales se ponía un fez rojo con una borla, que don Javier Arias Bertrand había traído de Argelia, y por influencia del cubre-cabezas árabe se dedicaba a las zalemas y los saludos ceremoniosos.

La chica de la casa, Lola, celebraba mucho las ocurrencias del doctor Rosales, sus observaciones y sus críticas.

El médico estaba muy enterado de cuanto ocurría en Madrid, y pensaba que la guerra marchaba muy mal para los rojos. Esto no lo decía más que en la mayor intimidad.

Satirizaba las declaraciones del Gobierno, que con frecuencia no eran más que desplantes que no engañaban a nadie.

Don Javier, el viejo, en el fondo pesimista nativo, le daba la razón. El doctor

Arias no podía tomar esta actitud de pesimismo, que un aficionado a la filosofía hubiera llamado agnóstica. Lola se reía de las mixtificaciones alegres del doctor Rosales, pero a veces, ya en serio, le consultaba sobre cuestiones prácticas y seguía sus consejos al pie de la letra.

Otro contertulio, Aguirre, era un médico joven que había acabado la carrera hacía tres o cuatro años y sentía gran entusiasmo por la experimentación en el laboratorio. La práctica de la medicina no le interesaba gran cosa.

Se pasaba los días pensando en sus investigaciones. Era un joven con aire de felino que estaba siempre como al acecho.

No tenía como la premura de ganar dinero del doctor Rosales, y se dedicaba a la ciencia pura. Le patrocinaban algunos profesores de San Carlos, que veían en él afición y predisposición para la ciencia. Se pasaba las mañanas y las tardes en el laboratorio, trabajando, pero ya comprendía que en los descubrimientos había mucho de casualidad y de suerte, y que no bastaba el saber y el investigar. Se necesitaba, además, suerte. Aguirre se pasaba muchas horas en el laboratorio buscando la ocasión, pero todavía no daba con ella. Evidentemente había en esto mucho de lotería, y era indudable que gente mediocre tenía suerte y captaba algo importante.

Aguirre celebraba las mixtificaciones y las bromas del doctor Rosales y colaboraba en ellas con gusto, y se reía de muy buena gana.

Al viejo Arias le asombraba que en la ciencia pura la casualidad tuviera tanta importancia como en la literatura o en las artes.

Aguirre se ocupaba poco de cosas políticas. No veía en esto nada que le pudiera producir optimismo, y seguía leyendo en su casa sus autores favoritos, y entre ellos a Claudio Bernard. Tenía una novia con la que pensaba casarse, pero esto no le impedía galantear a la hija del doctor Arias amablemente.

Lola se entendía bien con él y tenía una buena amistad.

—¿Y USTEDES, quiénes creen que entre los españoles han hecho algo importante en la Medicina y en las ciencias auxiliares? —preguntó Eduardo.

—Yo creo que eso es bastante claro —contestó Rinaldi—. En cuestiones de histología se han destacado Ramón y Cajal, Achúcarro y Río Hortega; en cuestiones de antropología, Olóriz, y en etnografía, Aranzadi.

—Pero usted ha hecho lo suyo, doctor —dijo Eduardo.

—Sí; he hecho obra práctica y social más que otra cosa.

—¿Y de los profesores antiguos hay alguno que vale algo?

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, Letamendi.

—No; eso no es nada. Es literatura enfática que no resiste las primeras objeciones. Es todo aparato y vacuidad, fuegos artificiales.

—¿Y aquel Ferrán que hizo una vacuna para el cólera?

—Yo creo que aquello valía y que la vacuna era buena, pero casi todo el mundo científico español se puso contra él, y quedaron sus experiencias en la sombra.

—¿Y de los antiguos médicos?

—No creo que se lean ya. La figura más importante de la medicina española es Miguel Servet, sin duda alguna...; también era hombre que valía Huarte de San Juan, el del *Examen de ingenios*; Andrés Laguna, López de Villalobos...

—¿Y esa escritora, doña Oliva de Sabuco de Nantes? —preguntó Eduardo.

—Esa se sabe que no escribió la *Nueva filosofía de la Naturaleza* —dijo Rinaldi.

—Pues ¿quién la escribió?

—Al parecer, la escribió su padre, que era hombre inteligente y culto, médico de Alcázar.

—¿Dónde está Alcázar?

—En la provincia de Murcia.

Abandonaron estas cuestiones, charlaron algún tiempo de actualidad, y el doctor Arias los llevó a los tres en su auto hasta la parada de un tranvía, y de allí se volvió a casa.

—¿Y SOBRE ESO de la teoría de la relatividad, qué idea tienes tú? —le preguntó su sobrino Eduardo al viejo Arias Miranda.

—Pues mira, chico, tengo una idea muy pobre. Yo, así, espontáneamente, pensaba hace tiempo que el átomo no existía y que la materia sería divisible hasta el infinito. La divisibilidad de los cuerpos parece matemáticamente indefinida. ¿Cómo se va a concebir un cuerpo que no se puede romper ni dividir?

—Tienes razón; eso no se puede *imaginar*.

—Entonces, si el átomo no es lo que se creía antes de él, ¿por qué le ha quedado el nombre? ¿Para qué usar una palabra inexacta?

—Estoy de acuerdo.

—Pero ahora no me preocupan nada esas cuestiones.

—Pues para un curioso como tú, tío Javier, sería interesante insistir y llegar a una conclusión.

—Sí, pero para ahondar un poco en cuestiones como éstas se necesita saber muchas matemáticas, y yo no sé ni muchas ni pocas. Dicen que la materia se convierte en fuerza, y se pregunta en seguida cualquier persona: Pero ¿cómo? Vivimos todos con unos conceptos viejos. María, para nosotros, es algo que se toca, que pesa, que es inerte; fuerza es algo que se siente y nos empuja. Si nos dicen: «Este viento se va a convertir en un pedazo de piedra», no lo podemos creer. Ha leído uno algo de los átomos, de los neutrones, de los protones, de los fotones y de los positrones; yo me he armado un lío, y no he pescado una idea que valga. Yo no creo más que en cosas comprobables y comprobadas. En lo demás, no creo.

—¡Qué escepticismo!

—Si yo me figuro que lo que se llamaba átomo (es decir, indivisible, incortable) no es tal cosa, entonces, ¿para qué llamarlo así?

—Sí, tienes razón. Ahora que la mayoría no sabe lo que quiere decir átomo.

—Yo creo que los antiguos lo sabían.

—Sí, es probable.

—Lo lógico sería quitarle ese nombre. Es como un soltero que se casa... pues no es soltero.

—Tienes razón.

—¿Y vosotros habéis leído algo sobre la relatividad? —preguntó el tío Javier a Eduardo.

—Yo, sí.

—¿Y lo has entendido?

—Profundamente, no. Podría hablar de eso saltando la explicación de las bases de la teoría; pero dar una idea clara de lo que es, no podría hacerlo. Lo único que veo con claridad es que el átomo antiguo no es el átomo actual.

—Pero ¿tú comprendes, por ejemplo, la identificación del tiempo y del espacio?

—No; eso yo no lo puedo concebir. Quizá por matemáticas se pueda llegar a un resultado; pero por razonamiento, no. Son dos conceptos que proceden de dos sentidos: el espacio, de la vista, y el tiempo, del oído. Para el hombre corriente, los dos conceptos están siempre separados; ahora, quizá en las matemáticas puedan considerárselos como idénticos.

—Eso me figuro yo también —dijo el tío Javier—; pero a la mayor parte, si se nos quita la confianza en las impresiones de los sonidos, no nos queda nada.

—Me parece muy cierto.

—Y cuando esa idea penetre en las masas, ¿qué ocurrirá?

—No penetrará.

—¿Crees tú que no?

—Sí, eso creo.

—No me figuro cómo podrá ser el mundo en el porvenir.

—Yo creo que nadie se lo figura con exactitud.

—Y, sin embargo, en épocas pasadas se idearon muchas utopías para tiempos venideros y se creía en ellas.

—Pues ahora ya, desde hace muchos años, no se inventa ninguna.

—Sí, tienes razón. Parece que el hombre empieza a desconfiar de sí mismo.

—¿Y la descomposición del átomo? —preguntó el tío Javier.

—Eso me parece completamente comprensible, si el átomo de hoy no es el átomo de ayer. No hay manera de concebir un cuerpo que no pueda ser dividido, y si el átomo es una parte de materia como se creía antes, tiene que ser divisible y divisible eternamente, por lo menos en teoría, y no sólo los átomos, sino los electrones y los protones.

—En fin, que en eso de la ciencia parecía que se caminaba por una calzada sólida y fuerte, y no hay tal.

—Es verdad.

—¿Y qué nos va a quedar?

—No sé qué nos va a quedar..., si es que nos queda algo.

—En resumen: que no tenemos nada donde apoyar la cabeza.

—Es cierto.

—Nunca ha ocurrido una cosa así.

—Esto, en serio y en la realidad, es algo como lo de los antiguos magos: aquello era mentira, y lo entendíamos; esto es verdad, y no lo entendemos.

—¡Qué le vamos a hacer!

—¡Qué solitario debe de sentirse Einstein! Al cruzar por una ciudad norteamericana, debe de pensar: «De todos estos hombres que marchan a mi lado, no hay uno que me comprenda.»

—¿Y qué le parece a usted eso que asegura Einstein, que espacio y tiempo son lo mismo?

—Yo, sin saber matemáticas ni física, comprendo que no puede haber espacio fuera del tiempo y que no puede haber tiempo fuera del espacio; pero, en fin, para entendernos los hombres hablamos del espacio sin ocuparnos del tiempo, y del tiempo sin ocuparnos del espacio. «¿Qué tamaño tendrá el Partenón?», le preguntamos a un griego. «Tendrá unos sesenta y ocho metros de longitud por treinta de anchura.» «¿Y cuándo se hizo?» «Se terminó unos cuatrocientos treinta y tantos años antes de Cristo.» Unas veces, el tiempo nos es necesario para aclarar lo que vemos, y otras, no. Así, vemos una mesa o un plato corriente, y se nos ocurre preguntar: «Y esto, ¿cuándo se hizo?» En cambio, vemos una ermita rara en el campo, y decimos al que nos acompaña: «Y esto ¿qué es? ¿Es antiguo o moderno?» «Es antigua.» «¿Y qué se dice, que es un edificio gótico o románico?» Si el tiempo y el espacio son idénticos, se puede llegar a la conclusión de los panteístas, que afirman: «Todo es uno y lo mismo.»

ES CURIOSO que entre los que menos se preocupan de la fama se den tipos que perduran. Seguramente no se le ocurrió pensar a Gonzalo de Berceo que al cabo de setecientos años habría gente que leería sus versos con entusiasmo. Tampoco lo pensaría el Arcipreste de Hita, ni Villón. La mayoría de los escritores se engañan pensando en su inmortalidad.

En el teatro francés del siglo XIX yo creo que uno de los que va a quedar es Labiche. Llegará una época en que se habrán olvidado Dumas hijo, Augier y los otros dramaturgos, y probablemente Labiche seguirá con su *Viaje de monsieur Perrichon* y con otros sainetes parecidos, produciendo la risa del público.

H. S. Chamberlain, el autor de la *Génesis del siglo XIX*, al hablar de San Ignacio, habla de los vascos ibéricos que han quedado hasta ahora fuera de toda mezcla, y dice que Loyola era hijo de esta raza vasca, enigmática, cerrada, enérgica y fantástica.

No creo que hoy se pueda decir esto de los vascos, que no tienen nada de fantásticos ni de enigmáticos.

Un misántropo tenía, para manifestar su desprecio, una fórmula favorita. «Es el penúltimo de los hombres», decía. «¿Y por qué el penúltimo?», le preguntaban. «Es para no desilusionar a los demás», contestaba.

—¡Qué idioteces dice José de Maistre en sus *Soirées de San Petersburgo*! — indicó Eduardo, que había leído recientemente este libro, encontrado en la biblioteca.

—¿Qué dice? —le preguntó su tío.

—Dice que castigar a un inocente no tiene importancia, y que, además, este inocente es muy posible que merezca el castigo por otra cosa que haya hecho.

»Con esta teoría, una horda de asesinos sería un conjunto de vengadores dignos de elogio, que castigaban los crímenes ocultos, y los *thugs* de Bengala, adoradores de la diosa Kali, célebres por Ponson du Terrail, en *Rocambole*, constituirán la más noble sociedad de todas las humanas.

—¿Y para qué lees tonterías? —preguntó don Javier—. Yo, si encuentro una cosa así, no la leo. Como no voy con un caballo que da coces o con un perro que muerde. Hay que tener un poco de prudencia en la vida y huir de los estúpidos. A mí esto me parece prudente. Porque si se tiene la sospecha de que un hombre inocente haya cometido un crimen y sólo por esto el castigo no tiene importancia, lo mismo se puede tener la sospecha de que una ciudad o una nación haya cometido crímenes, y entonces el deshacerla y exterminarla no tendrá importancia, y hasta será un hecho meritorio.

—Lo mismo se podría pensar de unas muchachas, y decir: «Estas chicas han tenido pensamientos eróticos, pues vamos a enviarlas a los prostíbulos» —añadió Eduardo.

—No hay que insistir —dijo don Javier—. El señor De Maistre, con sus ideas, no descubriría la pólvora.



DECÍA DON JAVIER:

—Para llevar la vida de las gentes del tiempo de Luis XIV y Luis XV falta fortuna. Se necesita mucho dinero y muchas horas de holganza para que un aristócrata o un hombre de negocios pueda dedicar la tarde y la noche a hablar y a galantear a las damas. Todo eso no existe más que en la imaginación de los escritores. Quedan fórmulas, pero no hay realidad.

—¿Cómo se reúnen veinte o treinta desocupados, ingeniosos, y otras tantas señoras elegantes y finas?

—Hoy es imposible. La vida es difícil —aseguró Eduardo.

—En París y en Londres hubo salones célebres donde se lucían un escritor, un político o un pintor —indicó su tío—, pero todo eso ha pasado. La vida es cara y todo lleva un ritmo rápido.

—¿Y era más pomposo el Madrid de hace cuarenta años que el de ahora? —preguntó Eduardo a su tío Javier.

—Sí.

—¿Y por qué?

—Yo creo que lo era, sencillamente, por la idea que tenía la gente de sí misma. Una función del teatro Real, un estreno en el Español o en la Comedia o en Apolo, el paseo de coches del Retiro, tenían prestigio.

—¿Y ahora tú crees que esas cosas no lo tienen?

—Naturalmente que no lo tienen. ¿Qué aire va a tener el estreno de una película? Ninguno. ¿Una sala a oscuras y una gente a quien no se ve? Nada.

—¿Y ese carácter crees tú que era exclusivo de Madrid?

—No; todas las ciudades del mundo, en ese aspecto, en grande o en pequeño, se han venido abajo, han perdido su prestigio. Pon tú el joven que venía a Madrid con algún dinero y algunas ilusiones hace sesenta años. La ciudad le daba una impresión de misterio y de complicación. Las noches del teatro Real, los estrenos del Español y la Comedia, las funciones del género chico, el paseo de coches del Retiro, las reuniones en casa de la señora Tal..., todo le daba un aire de ciudad misteriosa y complicada; hoy no le da aire nada. Entre Madrid y la capital de provincia no hay diferencia, y entre París y Burdeos o Lyon, tampoco. Es igual, el cinematógrafo es el mismo, la película es norteamericana; el cómico, internacional.

—¿Y tú crees que todo lo demás es por el estilo?

—Idéntico. El prestigio de la gran ciudad se va a venir abajo. La gente se irá a vivir al campo, y desde su casa, en un tren rápido o en un aeroplano, irá a la ciudad a ver películas.

—Poco dará eso de sí para la literatura.

—Nada, absolutamente nada. Ya se está viendo. Toda la literatura viene de la oscuridad, de la media tinta. Si fuera posible reunir los personajes de Balzac o de Dickens y lanzar sobre ellos una luz clara de arco voltaico, material y espiritual al mismo tiempo, se acabarían en seguida. Los autores les pudieron dar la prestancia que tienen porque contaban con la semioscuridad de la época; hoy, con todo su talento, no lo podrían hacer.

Yo no he leído nada psicológico que me parezca que valga la pena. Por ahora, creo que todas son palabras. Lo que han escrito Spencer, Taine y Bourget, da una impresión de mediocridad completa.

Yo creo que la cuestión principal en una materia así será demostrar que no se pueden fundamentar las ideas de abajo arriba. Ir subiendo de la psicología del animal a la del hombre; pero eso, por ahora, no ocurre. La psicología humana literaria está todavía completamente distanciada de la fisiológica. No hay unión.

La psicología puramente fisiológica tiene muy poca cosa que decir.

—¿Así que tú crees que esta época es mala para invenciones literarias?

—Muy mala, y cada vez será peor.

—¿Y qué quedará?

—¡Quién lo sabe!

—¿Y tú crees que ahora se vive peor?

—Según. Yo nunca he pasado el tiempo tan agradablemente como ahora —dijo don Javier—. El miedo y la suspicacia nos han hecho vivir con más intensidad.

A un filósofo le pregunta una mujer joven:

—¿Cómo explica usted que a personas que nos quieren no les tengamos nosotros ni afecto ni simpatía?

—¡Ah, señora! —contestó el filósofo—; yo no he estudiado aún los monstruos.

—Vi a Cecilia Sorel en París una vez, en un gran hotel —dijo una vez don Javier Arias—. Pasó por el salón con un gran aire, muy elegante, y el único que, sin duda, la conocía, un periodista, se levantó para saludarla y le besó la mano.

»Otra vez la vi con un francés elegante, medio argentino, y éste la saludó y le hizo una gran reverencia. De cerca la dama del arte escénico era una ruina.

—Caer de reina a ruina, para una mujer debe de ser cosa triste.

—Sí, es verdad.

Contaba el viejo que hacía muchísimos años, en una época de estudiante en Madrid, iba al Retiro con un libro y se sentaba en un banco. Varias veces vio a un viejo señor que charlaba con los chicos y les dejaba el bastón. Parecía un entusiasta de la infancia. Unos chicos comenzaron a echarse unos a otros arena y polvo a la cara.

—Tienen mala intención —dijo el viejo Arias para sí mismo.

—Estos son como cerdos dañinos —le contestó el señor sonriente y entusiasta de la infancia.

Un italiano que fue a Francia en tiempo de invierno, se encontró rodeado de perros que le ladraban. Fue a coger unas piedras para tirarlas a los animales furiosos, y vio que éstas se hallaban pegadas a la tierra por el hielo. El italiano dijo: «¡Qué desgraciada tierra, que deja a los perros libres y sujeta las piedras en el suelo!».

Un juez preguntaba a un vagabundo:

—¿Cuál es su profesión?

—Yo no tengo ninguna.

—Entonces, ¿de qué vive usted?

—Vivo de privaciones.

En el chalet gris les visitó a la familia Arias un señor inglés alto, encorvado, con lentes, vestido de negro, con un sombrero deformado y el cuello de celuloide. Debía de ser un hombre absurdo, porque quería hacer un reportaje sobre la guerra civil española y preguntar a unos y a otros qué pensaban hacer con sus enemigos.

—¿Y el tipo crees tú que tiene mucha importancia? —preguntó Eduardo a su tío.

—Habría que hacer un distinguo.

—¿Por qué?

—Porque un tipo literario puede ser muy divertido, muy pintoresco, pero para la vida corriente puede ser muy desagradable y muy pesado.

—Tienes razón.

Parece como muy posible que los países latinos no tengan ya gran interés para la novela. La vida en ellos es repetición. Siempre se podrá hacer una novela de carácter folklórico, pero esto, en general, es de un interés muy limitado.

La novela, por ahora, ha brotado más que nada en la gran ciudad; ahí tiene sus

personajes y sus lectores.

La vida bien descrita de una región muy cerrada, al ciudadano no le llega a interesar.

—A mí me parece muy bien el tipo del gran Federico —indicó don Javier—, que deja decir, pensar y escribir todo cuanto se quiere; pero no deja hacer más que lo que conviene al país.

Kant nació el 1724, murió en 1804, publicó sus principales obras en tiempo del gran Federico. La *Crítica de la razón pura*, que salió en 1781, es uno de los libros más desoladores del mundo.

Alejandro II, emperador de Rusia, nació en 1818, murió en 1881 (muerto por los nihilistas); también era hombre liberal.

Dostoyevski vivió casi toda su vida, quitando algunos años de su infancia, en el reinado de este emperador, y escribió la que no hubiera podido escribir en muchos gobiernos liberales y republicanos; ¿qué nos importa la República o la Monarquía? Lo que nos importa es la libertad. Si hay un Kant que pueda escribir sus obras, si hay un Dostoyevski que haga lo mismo. Lo que queremos es libertad. El espíritu libre es lo que ha producido todo lo grande del mundo, desde Heráclito hasta Einstein. Lo ario es la libertad; lo semítico, el despotismo.

Ulrico de Hutten, teólogo y político alemán, cuenta en las *Epístolas* que escribió que en tiempo de la Inquisición un pobre perturbado fue atacado por una enfermedad que le hacía gritar como si estuviera ladrando.

Le llevaron al Tribunal de la Inquisición, y en vez de defenderse ante el tribunal y delante del público, empezó a ladrar, y no fue eso lo peor, sino que el público, contagiado de su locura, empezó a ladrar, y aquello se convirtió en una perrera.

Un periodista francés del Segundo Imperio, hablando de que se había llevado a la Biblioteca de París el corazón de Voltaire, dijo que allí había quedado depositada para siempre esta ilustre *vértebra*. Los periodistas, siempre tan bien enterados. Ellos inventaron esa magnífica frase: «El *carro* del Estado *navega* sobre un volcán.»

Carnot decía de Talleyrand: «Si él desprecia mucho a los hombres, se ve que se ha estudiado mucho a sí mismo.»

Balduin, contemporáneo de Calvino, decía de este reformista siniestro «que era su discípulo en el colegio de Orleáns y que denunciaba a sus compañeros».

Juan Calvino no hace más que declinar el acusativo.

En el matrimonio de D'Auvigné, de sesenta años, con una jovencita de dieciséis, el cura, que tenía que echar un discurso, tomó como motivo esta frase evangélica: «Perdónalos, porque no saben lo que se hacen.»

Al reformador Saint-Simon no le gustaba leer libros de entretenimiento, ni novelas, ni comedias, ni versos. En cuestión de novelas, decía que le gustaban las más tontas. Así escribió obras tan vulgares y tan huecas.

HAY UNA CLASE de orientación que se basa, más que en señales antropológicas, en cuestiones de indumentaria y de costumbre. El afeitado, la barba, el bigote, las patillas, la manera de vestir, nos han hecho creer durante mucho tiempo que el tipo era una realidad más fuerte de lo que es. Así, el monóculo nos hacía pensar en un *dandy* de Londres; pero después, cuando hemos visto esta lente en la órbita de un polaco, de un mejicano, de un portugués o de un hindú, ya no hemos podido relacionar esta cristal con el elegante de Londres. Balzac habla mucho en sus novelas del tipo aristocrático, con cierto convencionalismo y como si estuviera seguro de saber en qué consiste; pero se ve después que su concepto del aristócrata no tiene ninguna precisión.

—Y el tipo, ¿tú crees que tiene mucha importancia? —pregunto Eduardo a su tío Javier.

—¿Como personaje literario o como sujeto para vivir con él?

—De las dos maneras.

—Yo creo que, como indicio, sí, ahora, seguridad, me parece que no tiene. Hace unos años las adivinatoras parisienses, que se instalaban en grandes *roulettes* en las ferias, no pretendían descubrir el porvenir de las gentes por la astrología, sino por la metoposcopia. Y así, se anunciaban metoposcopianas.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Metoposcopia, por su etimología griega, quiere decir estudio o examen de la frente; pero hace poco, en París, las metoposcopianas de las ferias, que eran muchas y que tenían automóviles grandes con una sala de espera y otras para recibir al cliente y examinarle y decirle sus cualidades y sus defectos, no se fijaban solamente en la frente, sino en la frente y en los rasgos, y en la expresión de la cara.

Los tratadistas o fundadores de esta nueva ciencia fueron, en su comienzo, Cardan, y después, Lavater.

A base del tipo y del estudio de la cara se ha inventado esa supuesta ciencia de la metoposcopia. La metoposcopia es el arte de adivinar el porvenir por las líneas del rostro. Etimológicamente quiere decir, en griego, «examen de la frente». Es una fisiognomía fantástica.

Cardan, el médico milanés, habla con cierta extensión de la metoposcopia, y la redujo a un estudio más o menos exacto de la frente, obteniendo de él consecuencias mezcladas con ideas astrológicas y mágicas.

Lavater quiso afirmar más, y estudió no sólo la frente, sino también la cara, los ojos, las cejas, la nariz, la boca, los dientes, el mentón, los labios; pero, a pesar de haber escrito muchos tomos de esta materia, no pudo dejar nada bien consolidado.

El estudio de todo ello, del cuerpo, de las actitudes, de los gestos y del traje, se ha hecho en la literatura, principalmente en la novela, pero no ha terminado en

consecuencias científicas claras y demostrables.

Los primeros fisiognomistas tuvieron la idea de que, como la cara de los hombres se asemejaba con frecuencia a la de los animales, era lógico que este parecido de fisonomía trajera un parecido psicológico. Es evidente que hay hombres que tienen aire de león, de tigre, de zorra, de pájaro, pez, ratón, y hasta de insecto. ¿Qué valor tiene este parecido? No es fácil saberlo. Probablemente ninguno.

Sin embargo, es lo primero que se le ocurre a cualquiera que se fije en esa condición de semejanza del hombre con los animales, y así, el que tiene aire de león parece que espiritualmente debe de tener algunas de las condiciones de este animal, y el que tiene aire de lince o de comadreja, los instintos de estas alimañas.

Yo no tengo delante el libro de Juan Bautista Porta sobre la fisiognomía, pero recuerdo que en él hay láminas en que se acusan estos parecidos. Lo mismo pasa en el libro de Lavater, más explícito y detallado. Por lo que parece, de todo este trabajo que desarrolló el investigador suizo no ha quedado nada en pie.

¿Qué puede haber en esto de la metoposcopia? Naturalmente, como adivinación del porvenir, nada. Conocimiento del pasado tiene que haber algo para el que sepa interpretar los rasgos de la fisonomía.

Todas las caras son asimétricas, unas menos que otras. Tomando una fotografía de frente y dividiendo la cara por una línea central en dos mitades, se nota con claridad que son diferentes. Según algunos, la mitad de la derecha representa la personalidad natural y profunda, y la mitad de la izquierda, la personalidad adquirida. La derecha, la vida interior; y la izquierda, la vida social. Esto parece una fantasía.

La expresión tiene, naturalmente, un gran valor, como la seriedad, la alegría, la sonrisa, la palidez, el tono sonrosado, la facilidad para ruborizarse, etc.; la expresión buscada, sobre todo en el hombre muy social, en colaboración del espejo y del traje, es muy significativa.

Mucha importancia tiene también la mímica. El hombre que está acostumbrado a ampliar y a exagerar sus gestos, nos da una impresión de superficialidad.

CASUALIDAD. No hay casualidad, no hay azar.

Se considera pesimista al que cree en el azar. Los que son deterministas quieren creer que no hay casualidad. La casualidad o el azar, para ellos, es algo inmoral.

Pero ¿qué duda cabe que hay azar para el hombre? No lo habrá para la naturaleza; pero para el hombre, sí. En la historia antigua de guerras y de aventuras, ¡cuántos hechos casuales! En la historia moderna de civilización, ¡cuántos descubrimientos hechos por sorpresa!

Claro que se necesita talento para aprovechar un hecho casual y explicarlo y comprobarlo.

Un hombre, por muy ordenada que tenga la vida, depende siempre de la casualidad. La parte de azar de ella no la puede dirigir.

En la guerra que se prepara en Europa, que será tan extensa y mortífera, ¡cuánta gente morirá que quizá de vivir serían ilustres! ¿Se va a creer que los hados respetarán la vida de los hombres y podrían ser ilustres? El suponerlo es una tontería.

—Sí, es verdad.

—He tratado de leer algunos libros de Historia del siglo XIX español —dijo el tío Javier—. No vale la pena. El historiador de aquí se ve que no tiende a comprobar los datos ni a explicar los sucesos. Se nota, desde el principio, que es liberal o reaccionario, que explica los hechos para pintarlos a su gusto. Yo no digo que esto no ocurra en todas partes, pero no de una manera tan exagerada como en España.

—¿Así que tú no crees en fantasías? —preguntó Eduardo.

—Yo, no.

—Yo creo un poco, por inclinación literaria. Eso no cuesta nada.

—Es verdad.

—Yo he leído que hay una dama blanca de los Habsburgos en Viena, en el castillo de Schoenbrunn, que apareció cuando fusilaron a Maximiliano de Méjico; después, cuando la tragedia de Hayerling; luego, cuando desapareció Juan Orth en los mares de América del Sur, cuando murió quemada una joven archiduquesa que quiso esconder un cigarrillo que fumaba en el bolso, cuando asesinaron a la emperatriz de Austria en Ginebra y cuando murió el emperador Francisco José.

—Creo que es una imitación de la dama blanca de Berlín, pero no tengo interés en desacreditarla —replicó don Javier—. Además, es evidente que por sus desgracias la familia imperial austríaca pudo tener muchas damas blancas. Si se dijera ahora que se aparece, no una dama blanca, sino un efebo blanco, a Hitler, anunciándole su próxima declinación, es posible que la gente lo creyera.



En la literatura de los siglos XVII y XVIII la anécdota tenía mucha importancia. Uno de los escritores que más la emplean es Voltaire.

*Zadig, o el Destino*, es una de las novelas cortas más ingeniosas de Voltaire. Muchas de las historias que aparecen en este libro se nota que son antiguas. Es la sagacidad proverbial de los orientales, en la que ha colaborado un pueblo.

Cuando Zadig se pasea por los alrededores de Babilonia, ve a un eunuco que llega corriendo a él y le pregunta si no ha visto al perro de la reina. Zadig responde:

—No era un perro, sino una perra, una podenca muy pequeña que había parido hacía poco tiempo, cojeaba del pie derecho delantero y tenía las orejas muy largas.

—¿Y dónde está?

—Pues no la he visto.

Poco después aparece un empleado del rey, y Zadig le explica cómo por las señales que ha dejado el animal en el suelo ha deducido cómo era.

Otra vez, en la misma novela, anda el criado buscando el caballo favorito de su señor.

—Es un caballo que galopa muy bien —le dice Zadig—. Tiene cinco pies de alto, el casco muy pequeño, lleva una cola de tres y medio de largo, el freno es de oro de veintisiete quilates y sus herraduras son de plata de once.

—¿Y por dónde ha ido?

—Pues no le he visto.

Esto no lo inventó Voltaire. Lo tomó de leyendas de sagacidad que han entusiasmado a los orientales.

Da la impresión de que el prestigio de la inteligencia disminuye en la vida y en la política.

Parece que ya no hay que ser muy inteligente para ganarse la vida ni para ser político. Por lo menos, en la política y en la vida no es la inteligencia pura la guía: son otras condiciones las más aprovechadas.

ENRIQUE HEINE era hombre de un talento agudo, claro como pocos.

En el libro de *Alemania* (1835) advirtió a los franceses, a sus queridos vecinos los franceses, que no se fiaran de los alemanes ni intervinieran en sus asuntos, porque los románticos y los ideólogos germanos les podían dar el mejor día un gran disgusto.

Era una advertencia prematura de un hombre de talento.

¿A quién hay que creer en las noticias que corren? ¿A los de la derecha a los de la izquierda? En la duda, abstente; es un aforismo que se ha atribuido a Zoroastro.

Del político Thiers, al comenzar sus actividades en París, se dijo que era un *parvenu*.

Talleyrand, al oír la acusación, dijo: «Il n'est pas parvenu, il est arrivé».

Las orgías en las embajadas.

—De eso se hablará pasada la guerra.

—No, no se hablará. El español lo olvida todo.

El cuadro de *La orgía*, de Van Steen, que está en un museo de Ámsterdam: Una mujer joven, borracha, medio desnuda, con su traje negro, una falda violácea, las medias rojas, y en la mano una pipa, al lado de un viejo calvo con aire alocado y las piernas desnudas, que levanta un vaso para brindar.

La soledad y la vejez naturalmente excitan el egoísmo. Se cree ver enemigos en todas partes. No hay amistades. Todo esto es mentira. El viejo no piensa más que en sí mismo. La bilis le ahoga.

Es corriente tener simpatía por las personas cuanto más estúpidas son y de sentimientos más bajos. Parece que estas condiciones malas producen confianza a la gente; en cambio, las buenas alarman y se piensa que puedan producir conflictos y dificultades.

Toda la gente obesa tiene un carácter común. Son, en su mayoría, apáticos,

sonrientes, poco decididos y ven como nadie el pro y el contra de todos los asuntos. No son, en general, violentos, como los flacos y los esqueléticos, sino tranquilos y más inclinados a la sorna y al humorismo que a la acción.

Un aristócrata le decía a un compañero:

—Tenga usted en cuenta que yo soy un hombre de calidad.

Y el otro le contestó:

—Pues yo soy un hombre de cantidad.

EL CARNAVAL en mi época —dijo don Javier Arias— era poco brillante; después ha desaparecido. Los socialistas le dieron el golpe de gracia. No sabemos si renacerá. Probablemente, no. Nuestro tiempo no está en condiciones de gozar de la fiesta, ni aun de comprenderla. La época siente lo dramático de la calamidad pública, el drama externo colectivo y transitorio. Lo trágico de la vida interior, cotidiana, del individuo aislado, no se siente más que en períodos normales.

El Carnaval es un museo de cultos viejos y muertos. Todas las mitologías desaparecidas tienen su representación en él. La muerte de los dioses y su renacimiento, la expulsión de la muerte y la vuelta de la vida, las estaciones y los simbolismos de la vegetación, malos espíritus, todo esto está en la fiesta.

Probablemente, el Carnaval es anterior a toda mitología conocida. Sus orígenes se ignoran. En él hay de todo: animalidad, religión, superstición, prácticas de magia, sacrificios expiatorios. Tal cantidad de datos se necesitarán para hacer la historia del Carnaval, que no bastaría un Bachofen para terminarla.

El Carnaval espera su libro, que será de lo más interesante de la literatura sabia. Por ahora no se ha hecho esa obra; quizá se haga cuando el Carnaval ya no exista, no se comprenda, ni aún se recuerde. La palabra, según algunos, viene de «carro»; otros dicen que de «caro», en latín, carne. Los primeros creen que Carnaval significa en su origen «Carro naval»; los otros suponen que primitivamente es «carne avale», carne devorada.

La parte histórica del Carnaval se conoce, aunque no con exactitud. Los aportes medio latinos, griegos y egipcios están estudiados. Se ha descrito en detalles la influencia de las fiestas de Baco, de Momo, de Saturno y de Isis. Todo eso es de ayer. Las raíces del Carnaval llegan más lejos y más hondo: alcanzan a los cultos de la vegetación y de los muertos de épocas prehistóricas.

El totemismo, el disfraz, la expulsión de los malos espíritus son restos de cultos funerarios, como el entierro de la sardina, el uso de la bramadera y del vergajo con su vejiga son recuerdos de la fiesta de la vegetación, del nacer y del morir de las plantas, de Attis y de Tammuz. En todo ello hay un rastro del Gran Pan. Ya, según Plutarco, en tiempos de Tiberio, una voz sonora y terrible anunció de noche la muerte del Gran Pan, en un puerto griego del Mediterráneo. Los lamentos cubrieron toda la tierra.

¡Qué fiesta la del Carnaval! ¡Qué cantidad de historia hay en ella! ¡Qué cantidad de prehistoria y de mitos lleva dentro! El Carnaval es más dionisiaco que apolíneo, más pagano que semítico, más individual que colectivista, más occidental que oriental, más romántico que clásico. Larra decía: «Todo el año es Carnaval.» Ello tenía también un deseo oculto de una realidad que escapaba. Hay grandes autores cuya obra tiene mucho de Carnaval: la de Shakespeare y Dickens, en Inglaterra; la de Rabelais, en Francia; la del Arcipreste de Hita y Cervantes, en España. En la pintura,

son carnavalescos: el *Bosco*, Brueghel el Viejo, Teniers y Goya. En la escultura, casi toda la del arte gótico. La Edad Media se corresponde con el Carnaval; la *Danza Macabra* es un Carnaval fúnebre.

El Carnaval no es político; choca con las solemnidades oratorias y tribunicias, con la clámide y con la toga, con las grandes ceremonias del foro. Cicerón contemplando una fiesta de Carnaval no se comprende; tampoco se comprendería a Espartaco ni a Karl Marx.

¿Morirá definitivamente o renacerá esta vieja fiesta? ¿Quién sabe? ¿Podrá transformarse en el porvenir la vida colectiva, comunista, pesada y monótona en una vida ligera, ágil y amena? Difícil es saberlo.

El Carnaval es una fiesta para épocas geniales. Con la vida mediocre no puede existir. El hombre ha tardado mucho tiempo en comprender que ese escenario no le sirve; que, viéndose a sí mismo claro, mezquino y mediocre, no puede figurar con gracia en un escenario preparado para gentes extraordinarias y desmesuradas.

SE HA CONSIDERADO a Talleyrand como autor de la frase: «La palabra ha sido dada al hombre para disimular su pensamiento.»

Cuando se le atribuyó la paternidad la aceptó con gusto, porque representaba su propia filosofía.

Talleyrand había dicho a un secretario de Embajada: «Desconfíe usted del primer momento: es el bueno.»

La frase sobre la palabra es de Voltaire, y está en el cuento suyo *Le chapan et la poularde* (El capón y la pularda). *Pularda* no es palabra española; es la gallina joven cebada.

El capón, en el cuento, dice: «Los hombres no hacen leyes más que para violarlas, y lo que es peor es que las violan a conciencia. Ellos no se sirven de la palabra más que para legitimar sus injusticias y para disfrazar sus pensamientos.»

Chamfort contaba que un hombre de ingenio, el señor de T., decía:

—Que se dude de la conducta de su querida, se concibe; pero ¡dudar de la de su mujer! Hay que ser muy tonto para ello.

Esta frase representa bien la sociedad elegante y corrompida de París del siglo XVIII y la manera como la aristocracia miraba el matrimonio.

Ducles decía, a propósito de las tonterías ministeriales de la época: «Sin el Gobierno, no se reiría ya nadie en Francia.»

Alguien, no sé quién, ha dicho que no hay que mezclarse en la marcha y en la orientación de un barco cuando no se es más que un simple pasajero.

Un escritor, en una capital aburrida, en donde se mataba el tiempo en una tertulia proponiendo charadas y adivinanzas, dijo:

*Yo soy un adorno de la cabeza,  
que se llama sombrero;  
a ver si alguno adivina lo que es.*

La mayoría de los contertulios se echaron a reír; pero uno, después de pensarlo mucho, dijo: «¿No se tratará de una peluca?».

Un periódico de París de mitad del siglo XIX, al hablar de la recepción en la Academia Francesa del novelista Octavio Feuillet, por inadvertencia, puso la noticia en una sección que se titulaba «Crímenes y Delitos».

El que piensa que los cánones son insustituibles no puede tener anticipaciones sobre la ciencia ni el arte del porvenir. No le interesa. No le cabe en el meollo la idea de la variación. No hay que hablar de cambios ni desorientaciones. Todo lo que se produzca bueno estará dentro de las reglas, y lo que esté fuera será defectuoso y malo.

El que tenga esta seguridad y crea que no pensando puede con el tiempo encontrarse una cultura nueva, algo que tenga matices distintos a lo clásico y a lo reglamentario, no debe repensar sus conceptos.

Pero el que piense en posibilidades de cambio, no rehuirá de antemano los temas ni las obras que quieran ser del futuro; las contemplará, las examinará, y si encuentra que no han conseguido su objeto, que no realizan su intención y que son mixtificaciones, las olvidará. Muchos hemos contemplado con curiosidad cuadros cubistas, futuristas y expresionistas, hemos comenzado a leer poesías dadaístas y superrealistas, y como no nos interesaban ni nos divertían, los hemos abandonado. En cambio, cuando nos hemos enterado de la descomposición del átomo, hemos quedado sobrecogidos; pero lo hemos aceptado.

En arte y en literatura, desde hace tiempo, no ha habido anticipaciones. Hoy, cada autor marcha como puede entregado a su temperamento. No se sospecha cuál puede ser el porvenir de las artes.

Respecto, no ya a la literatura o a la pintura, en general, sino a los literatos y pintores, la anticipación y la crítica han sido poco propicias.

En el tiempo en que el vizconde de Arlincourt tenía mucha fama y se traducían sus libros en todos los países, a pesar de ser bastante mediocres, se decía en Francia, refiriéndose a su novela *El solitario*, traducida en España con el título de *El solitario del monte salvaje*: «*El solitario* ha sido traducido a todos los idiomas, menos al francés.»

El señor Des Barreaux, consejero del Parlamento, era un incrédulo a medias y un epicúreo completo. Un día de Cuaresma que cenaban varios amigos y compinches, al llegar a comer una tortilla con jamón, comenzó a relampaguear y a tronar de una manera terrible. Entonces Des Barreaux cogió el plato y lo tiró por la ventana, y dijo: «Creo que es demasiado ruido por una tortilla».

Tipo de político aventurero del Segundo Imperio y vividor elegante fue el duque de Morny, hijo adulterino de la reina Hortensia y del general Flahaut, y, por tanto, hermano por parte de madre de Napoleón III.

Morny fue un *lion* del tiempo. Estuvo en la guerra de Argelia, de oficial, y, según se cuenta, un día que estaba tendido en la tierra, al lado de un compañero y temblando de fiebre, un oficial le dijo: «Señor de Morny: tiene usted fiebre. Permita usted que le ofrezca una naranja».

—Muchas gracias, compañero. ¿A quién debo esta amabilidad?

—Al capitán Changarnier.

Los dos oficiales se hicieron amigos. Changarnier fue un tipo de militar del Segundo Imperio francés atrevido y arrogante.

Después se contaba de Morny que en diciembre de 1851 una dama aristocrática le preguntó:

—Si se diera un escobazo a la Asamblea Nacional (republicana), ¿qué haría usted, señor Morny?

—Si hay ese escobazo —contestó él—, tenga usted por seguro, señora, que yo me pondré del lado del mango.

—Esto yo lo oí contar en la tertulia de don Juan Valera —decía don Javier.

Morny había escrito una opereta bufa con el título de *Monsieur Chouflery restera chez lui le 24 Janvier 1833*, que, al parecer, era una obra muy divertida.

En el barrio de Belleville, de París, antes una aldea con su Ayuntamiento, después incorporada a la capital, se encontró una inscripción que dio mucho que hacer a los epigrafistas, que querían descifrarla por el latín y el griego, hasta que un conserje de Montmartre, que oyó que había muchas discusiones sobre la significación de aquellas letras, pidió verlas, y de primera intención leyó: «Este es el camino de los asnos.» Y, al parecer, ésta era la versión exacta, que indicaba a los que iban a coger yeso con sus burros por dónde debían de ir.

Se cuenta que el príncipe de Talleyrand, cuando era ministro, recibió la visita de tres damas que habían tenido que ver con él: madame Sand, madame Récamier y madame Staël, que era baronesa.

Madame Staël, en vista de que el ministro galanteaba a las tres, le preguntó:

—Si las tres que estamos aquí cayéramos a un lago profundo, ¿a cuál de ellas iría usted a socorrer primero? ¿A mí?

—Baronesa —contestó el príncipe, con una sonrisa amable—: usted nada tan bien...

Dicen que el noventa por ciento de las anécdotas y frases atribuidas a Talleyrand son falsas, y que están inventadas por amigos y enemigos.



Se decía en Francia de un político: «Es capaz de todo, hasta de una buena acción.»

Es una anécdota vieja y repetida:

Un gastrónomo comía con sus amigos en un buen restaurante, y todos los comensales, menos él, hablaban y alborotaban.

Entonces el gastrónomo dijo: «Bueno, señores: un poco de silencio, porque si no, no se sabe lo que se come».

Se cuenta que un joven bizco tenía relaciones amorosas con una muchacha muy guapa, que estaba completamente enamorada de su novio.

El joven, que pensaba que su estrabismo era un obstáculo para que la damita tuviera entusiasmo por él, fue a operarse, y cuando se presentó a su prometida, ésta se alarmó, y ya no le quiso ver más.

Richelieu, después cardenal, estuvo en Roma para consagrarse obispo, y se presentó al Papa, Este le preguntó si tenía la edad reglamentaria, y el futuro cardenal contestó que sí, mintiendo tranquilamente. Luego pidió la absolución por haber dicho una mentira.

El Papa dijo al saberlo: «Questo giovane, sara un gran furbo».

EL EXTERMINIO DEL ADVERSARIO, si fuera posible, dejaría hoy en Europa dos grandes zonas: la una roja y la otra blanca, o como se las quiera llamar; las dos en pugna constante.

Estas dos zonas hostiles, en perpetua guerra y con los procedimientos actuales de lucha, harían de Europa un inmenso cementerio.

Toda persona, por poca claridad que tenga en el cerebro, debe comprender que el intentar la unanimidad absoluta de las ideas es algo irrealizable. La vida entera animal y espiritual está basada en diferencias y en contrastes, más que en semejanzas; las células de un organismo complejo no son todas iguales, ni sus funciones tampoco. En la variedad, en la diversidad, está su riqueza.

El pensar que en la organización política de un mundo que evoluciona constantemente puede haber algo definitivo e inmutable es utópico. Absurdo también es el afirmar: «Todo lo que no está conmigo está contra mí.» Ello es una prueba de dogmatismo fanático.

Los hombres, aun los más clarividentes, necesitan unos consultar a los otros, y los más ilustres aprenden y se fecundan con las objeciones de los adversarios políticos.

Buscar la unanimidad por la violencia es labor baldía, cosa irrealizable. Esto se puede conseguir en un ejército y con un fin militar, con una disciplina estrecha; pero en la vida normal es imposible que un Estado unánime dure mucho.

Ya en la misma vida del individuo, la lógica sirve para poca cosa. Mérimée cuenta en su curioso artículo *H. B.* que cuando Stendhal discutía una cuestión de amores o de amistad, decía seriamente:

«Y a esto, ¿qué dice la lógica?»

Y pronunciaba en francés la *lo... gi... que* despacio y con energía. Ni aun individualmente la lógica da solución a las cuestiones. ¿Cómo las va a dar si el hombre que quiere ser lógico tiene que entenderse con otro apasionado o con una mujer sentimental? Es como si unos comerciantes se quisieran poner de acuerdo empleando medidas diferentes, monedas distintas, irreducibles a un valor único.

Cada cual tiene una idea y una valoración distinta de las cosas. Hacemos operaciones matemáticas con elementos heterogéneos, sumando peras con manzanas y frutas con tornillos, y obtenemos un resultado; pero ¿de qué? No lo sabemos.

El desconcierto individual se convierte en un caos cuando intervienen naciones y pueblos.

Los doctrinarios optimistas nos quieren dar a entender que los problemas que se debaten en el mundo tienen una explicación y un lógico desarrollo. Dan los datos al público, exponer las dificultades, hacen que las gentes se interesen en ellos, y cuando éstas se han formado una idea sencilla de posibles soluciones, entra la cuestión en una zona política oscura y sale de allí un producto híbrido e inesperado que nos desconcierta a todos. A veces, es el parto de los montes, como los Catorce puntos de Wilson, de los cuales no se podía realizar ninguno. Cuando este presidente y profesor americano llegó a París; con sus célebres puntos en la maleta, se aseguró que Clemenceau quiso convencerle de que sus proposiciones eran utopías, y como no lo pudo conseguir, dijo a sus amigos: «Evidentemente, al señor Wilson es más fácil engañarle que desengañarle».

Heráclito, filósofo de Efeso, al parecer un tanto laberíntico, del que no quedan más que fragmentos, que recogió y publicó por primera vez en la época moderna el escritor alemán Schleiermacher, decía: «Nadie se baña en el mismo río dos veces, porque todo cambia constantemente en el río y en el que se baña».

La frase revela la intuición de un hombre de genio. Se explica que Nietzsche admirara con pasión a este viejo filósofo, que con el tiempo había quedado reducido a un personaje de sainete, que lloraba por todo, al lado de Demócrito, que, en cambio, reía por las mismas cosas.

EL JOVEN ES OPTIMISTA casi siempre, y cree que vencerá la pesadez y la inercia de la materia; piensa que ha hecho su surco profundo en la arena de la playa, pero la marea llega y el surco desaparece.

La doctrina que parece radicalmente opuesta a la de Heráclito es la de Zenón de Elea y su escuela, que negaba el movimiento porque decía que no podía ser demostrado lógicamente por principios absolutos. Varios ejemplos, como el de la flecha y el de la tortuga, exponía el filósofo para demostrar su tesis.

Heráclito, según dice Diógenes Laercio, creía en las destrucciones periódicas del mundo, en el espacio y en un renacimiento sucesivo de mil años. Se ha encontrado en un libro de Plutarco esta frase del filósofo un tanto misteriosa: «La sibila de boca inspirada, hablando sin sonrisa, sin afeites y sin perfumes, espera con su voz un término de mil años, gracias a su dios.» La sibila predicó aquí una nueva destrucción y una nueva creación. El Eon destructor era, según el viejo filósofo, como un niño caprichoso que juega a las damas.

Muchos queremos saltar por encima de nuestra sombra y pretendemos ser individualistas; pero estamos empujados por la marea social, y aunque resistamos alguna vez, no hacemos más que responder como un pequeño movimiento de resaca a fantasías inmoralistas de los autores a la moda.

Es el instinto retórico el que quiere cambiar la naturaleza de algunas afirmaciones corrientes, porque muchas veces éstas le parecen vulgares y pobres, y el autor necesita exagerar, poner adornos, para que no parezcan los suyos conceptos sin originalidad. De esto no es fácil escapar.

En la oratoria pasa lo mismo, aún en mayor escala. Es muy difícil dar una explicación sencilla, convincente y que haga efecto en el público; es más fácil dedicarse al drama, a la exageración y dar gritos y tomar actitudes trágicas de actor.

—¡Qué revolución la nuestra, en donde dejan hacer a los ladrones y a los asesinos toda clase de horrores! —dijo don Javier—. ¡Qué tipos de miserables y de canallas, como los que roban y matan y hacen lo que les da la gana ante la indiferencia del Gobierno!

La Brigada del Amanecer tuvo mucho nombre en Madrid y produjo un gran pánico. La dirigía un tipo llamado Agapito García Atadell, que se retrató con sus ayudantes, como si fuera un hombre que hacía beneficios a la Humanidad.

Este miserable, con su cuadrilla, robaba en las casas y fusilaba a quien le parecía.

Cuando vio que su situación era peligrosa, se escapó de España y llegó a Francia

con un compinche que tenía, llamado Penabad, y con las maletas llenas de joyas y de objetos de oro.

Los acompañaban dos mujeres, dos furcias, como hubiera dicho uno de la calle.

En Francia decidieron tomar un barco y marcharse a América; pero fueron tan torpes, que no se enteraron de la ruta del barco, y éste paró en las Canarias, y detuvieron a los dos asesinos, y los llevaron a Sevilla, donde los agarrotaron, convictos y confesos, entre rezos, arrepentimientos y confesiones.

Las joyas y el dinero no aparecieron. Sin duda, las mujeres que los acompañaban los escamotearon.

EN FRANCIA tuvieron siempre público las Memorias de los jefes de Policía, no sólo las historias de Goron, que Eduardo había leído, sino las más antiguas, escritas por Vidocq, Anrieux, Gustavo Macé, y aun antes de éstos, las de Jacobo Pouchet, archivero de la Policía de París durante el tiempo que siguió a los Cien Días. Este último supo aprovechar su cargo, que ponía entre sus manos un vasto y rico arsenal de documentos sobre sucesos diversos, personajes de valía y célebres malhechores, para fijar en sus Memorias todo un mundo de anécdotas y de casos curiosos.

El tío Javier tomó datos en los diccionarios que había en la casa y se los leyó a su sobrino.

Jacobo Pouchet era de París. Nació en 1760, el mismo año que Camilo Desmoulins y al siguiente de Robespierre y Dantón. Pertenecía a una familia burguesa honorable y bien emparentada.

La familia quería que fuera músico; pero, al parecer, no tenía afición a esta profesión y se hizo abogado.

Un abate que conocía al joven le aconsejó que se dedicara a estudios de Economía política, y entre el abate y él hicieron una Memoria contra la nueva Compañía de las Indias, cuyo privilegio acababa de ser restablecido, y un *Diccionario de Comercio*, confeccionado por Pouchet y explotado por el abate.

El ministro Calonne le dio un empleo a Pouchet. Al caer su protector, éste abandonó el destino; pero el arzobispo de Tolosa, Lemonio de Brienne, sucesor de aquél, enterado de la competencia del empleado, le llamó y le retuvo a su lado hasta la caída de la Monarquía.

A Pouchet, ya con cierta fama, el Ayuntamiento de París le nombró miembro de la administración municipal en el departamento de Policía. Asistió a los comienzos de la Revolución, pero pronto su espíritu sagaz le puso en guardia y decidió apartarse de la corriente para no ser arrastrado por ella. Después le dieron la dirección de la *Gaceta de Francia*, y de allí pasó al *Mercurio*, al abandonarlo Mallet du Pan.

Los revolucionarios sospecharon de él, y al llegar el 10 de agosto de 1792 y al derrumbarse el trono de Francia, Pouchet fue encarcelado. Recobró la libertad merced a un amigo, y comprendiendo que debía hacerse olvidar por algún tiempo, marchó al campo e ingresó en el partido de los jacobinos para ocultar mejor sus propias ideas políticas.

Mientras el Terror reinaba en Francia, el falso jacobino era nombrado administrador de Genesse, pueblo del cantón del Sena y del Oise. Entonces aprovechó el cargo para mitigar las órdenes violentas que recibía.

«Hay que aullar con los lobos —decía—; esto no lleva consigo más que la obligación de gritar con ellos, no la de compartir sus crímenes. A las gentes honradas les falta la habilidad necesaria para gobernar el mundo en las barbas de los

malvados.»

A fines de 1793, su civismo le hizo regresar a París, poniéndosele al frente de la oficina de las leyes y asuntos contenciosos sobre los emigrados, los sacerdotes y los conspiradores. Allí favoreció a quien pudo, y no tan veladamente que no hiciera decir a Billaul-Varenne en cierta ocasión: «Ciudadano, ten cuidado; marcha derecho, porque tienes las trazas de ser un *rabioso moderado*, y esto te traerá desgracia».

El 18 Fructidor sus enemigos inscribieron su nombre en la lista de proscripción. Pudo ocultarse a tiempo y esperar a que la tormenta pasase. Llegó la época de su desaparición del mundo de la política con la preparación de los cinco volúmenes de su *Geografía comercial*, publicada en 1800, y de la que el inglés Mac Culloch se sirvió más tarde para su *Diccionario de Comercio*. Tan gigantesco trabajo llamó la atención de Captal, médico y químico, a quien Bonaparte había hecho ministro del Interior, que nombró a Pouchet miembro del Consejo de Comercio y de las Artes.

En abril de 1814, la restauración puso en sus manos la censura de los periódicos, dejando su puesto al llegar los Cien Días.

Fue Pouchet hombre que huyó siempre de crearse complicaciones. Mientras vivió se cuidó mucho de no descubrir sino a medias su pensamiento, reservándose el papel, nada comprometido, de revolucionario póstumo; a ello le empujaba el prudente deseo de gozar, de vivir tranquilo. Realista en el fondo, mezclaba este deseo de existencia apacible con ciertos apetitos de libertad que no le parecían incompatibles con la solidez del trono.

El libro de Pouchet más ameno es el titulado *Memorias sacadas de los archivos de la Policía de París*.

Pouchet conoció y trató a los hombres más ilustres de su tiempo: Mirabeau, Saint-Simon, el abate Sièyes. Fouché y Carlos Fourier. Sus preferencias le inclinaron a estudiar todo lo relacionado con los intereses materiales, más fáciles de dirigir y de manejar. La vida privada, que él llamaba *la vida privada de luz*, era, sobre todo, motivo de su atención, y las relaciones tenebrosas de la antigua Policía le habían puesto en situación de poder buscar en ese cenagal, cuyas fermentaciones producen las fiebres políticas y los males sociales.

Hombre de circunspección durante su vida y cortés con exceso en sus escritos, sus últimas palabras fueron para decir que su generación era el estercolero del porvenir, y que de sus discusiones y de sus luchas nacería, al fin, en medio de los dolores, el árbol de la ciencia del bien y del mal.

Además de sus Memorias, que, dentro de su producción, es la obra más amena, escribió gran número de libros de comercio, geografía y policía. Dio también a la imprenta, en tres volúmenes, una *Vida privada, política y literaria de Honorato*

*Riquetty, conde de Mirabeau*, y, según le atribuyó Barbier en su *Diccionario de los seudónimos*, se debe a él también la publicación de las Memorias del marqués de Argenal.

Sus obras relacionadas con los asuntos policíacos, como *Le Livre Noir de la Police*, de Delavau y Franchet, especie de diccionario de sospechosos políticos, con notas del tiempo del Ministerio deplorable de 1820 a 1830; *El cancionero criminal*, la *Historia de la Policía de París*, de Raison, y *Las prisiones de París*, por un antiguo detenido, tienen datos.



DE LOS CRÍMENES que leyó Eduardo para ver si hallaba entre sus autores algo parecido a los sentimientos que habían despertado en sus compañeros su participación pasajera en la guerra civil, era curioso el caso de Pranzini, aventurero antipático y repulsivo, nacido en Egipto, hijo de italianos, que para lucir mejor su tipo solía vestir trajes elegantes y ostentar joyas falsas. Asesinó a una cortesana, llamada María Regnault, para robarla; a su doncella y a una hija de ésta, en una casa de la avenida Montaigne.

Al año siguiente, otro tipo más enigmático todavía, que se hacía llamar Prado y pretendía ser conde, medio español y medio polaco, degolló a otra mujer galante en la calle de Caumartin.

En el crimen cometido por Eyraud y Gabriela Bompard, la víctima fue un procurador llamado Gouffé. Sobre el carácter de Gabriela mantuvieron una larga discusión dos especialistas: el profesor Liegeois, de Nancy, y el famoso doctor Brouardel, de París, lo cual demuestra cómo el interés por los criminales alcanzaba a llegar hasta los hombres de ciencia. El pueblo de París aplaudió a la Bompard en diversas ocasiones con entusiasmo, aunque se sabía que era cómplice en el crimen.

Esto, sin duda, no contaba para el pueblo de París. Remy de Gourmont, indignado de esta admiración por los criminales, dedicó a estos compatriotas suyos un estudio titulado *La estupidez de los asesinos*. Probablemente, los tales apaches no leían otra cosa que periódicos, y en éstos únicamente las informaciones consagradas a relatar sus hazañas o las de sus camaradas de profesión.

A fines del siglo pasado se calculó que en Francia se cometía un asesinato al día. Posteriormente, la criminalidad fue en aumento, y pronto sólo la capital reclamaba para sí el crimen diario. Cuando más se hacía funcionar la guillotina, más asesinaban los bandidos, los cuales llenaban la plaza de la Roquette las mañanas de ejecución, para seguir con los ojos extáticos el relámpago de la cuchilla del fatal instrumento del doctor Guillotin. Verla resplandecer entre dos maderos escuetos, y pensar que algún día podría ser su cuello el seccionado, resultaba impresión que no querían los tales perderse, porque mientras lo pudieran contar les halagaba.

Fueron también famosas, a principio de este siglo, las fechorías de una banda de criminales capitaneada por un tal Bonnot, cuyo nombre va unido a la historia del automóvil por haber sido el primero que lo usó para sus desafueros contra la propiedad y la vida de la gente.

Antes de los atentados de Bonnot, que tuvieron por escenario la calle Ordener, de París, actuó en Londres la banda de Pedro el *Pintor*, quien, al frente de un grupo de veinte forajidos, se encerró en una casa del barrio de Houndsditch, y desde ella se batieron contra los *policeman*, resultando muchos muertos entre los atacantes y los atacados. El *Pintor* logró escabullirse, no habiéndose conseguido identificar

claramente su persona, teniéndole algunos por un anarquista letón.

Como crímenes famosos de esa época, los únicos que podían ponerse a la altura de los cometidos en París eran los del Destripador de Londres, *Jack the Ripper*, en el barrio de Whitechapel. Pero también Francia tuvo su destripador, para no ser menos: *Vacher*, el de Borgoña, quien mató a pastores y pastoras en los bosques de la región borgoñona, degollándolos. Al ser guillotinado el asesino, el público ovacionó con aplausos al verdugo.

La curiosidad histórica del pueblo, en Francia, aplaudió las representaciones de *Los crímenes de la calle Montaigne*, engendro teatral muy a propósito para lograr el fin que sus autores se habían propuesto, aparte el de ganar dinero. Llenó también el teatro del *Château d'Eau*, durante centenares de noches, para celebrar las truculencias del melodrama *Jack el Destripador*, con decoraciones del barrio de Whitechapel, de Londres.

No menor sensación produjeron por ese tiempo en el público los atentados de los anarquistas, unos personales, como el cometido por Padlewsky, en 1890, que mató al general ruso Seliverstov, hospedado en un hotel de París, y otro el de Caserio, un italiano que asesinó en Lyon, en 1894, al presidente de la República, Sadi Carnot. Otros atentados del mismo orden se realizaron con bombas, como los de Ravachol, que se llamaba Koenigstein, apellido alemán de aire judío, que llegó a tener un prestigio universal entre los anarquistas, dedicándosele una canción, *La Ravachole*, que decía:

*Dans la grande ville de Paris  
Il y a des bourgeois bien nourris,  
Il y a des miséreux  
Qui ont le ventre creux.  
Ceux-là ont les dents longues.  
Vive le son!  
Vive le son!  
Vive le son de l'explosion!*

Los anarquistas Emilio Henry y Vaillant arrojaron más adelante una bomba en plena Cámara de los Diputados, y luego fueron a la guillotina. Eran tiempos en que el anarquismo, tendencia político-social que ofrecía una mezcla bastante rara de misticismo y de criminalidad, estaba de moda; cosa que no puede sorprender a los que, en otro orden de ideas, han visto la boga del cubismo, del surrealismo y ahora del existencialismo, que, si no producen crímenes, no dejan de ser orientaciones no menos absurdas, ni menos seguidas por gentes fantásticas y alocadas.

Hacia finales de 1894 o principios de 1895 se celebraron en Francia las sesiones del proceso que se llamó de los Treinta, entablado contra una titulada Asociación de Malhechores, entre cuyos componentes figuraban los escritores Pablo Reclus, Juan Grave, Sebastián Faure y algunos ladrones. También figuró en la causa el poeta Laurent Tailhade, que había estudiado para cura y traducido, después de colgar los hábitos, el *Satiricón*, de Petronio, a quien llamaron en su tiempo *arbiter elegantiarum*.

Después de ese proceso, Tailhade, quien por su nacimiento era vasco-español, pues había nacido en Pasajes de San Juan, resultó herido en otro atentado anarquista ocurrido en el restaurante Foyot.

En ese tiempo, la misma aristocracia, por *snobismo*, pareció interesarse en el anarquismo, sobre todo por sus afiliados. En Francia, la duquesa de Usèz, que había sido partidaria del general Boulanger, fue después amiga de la célebre anarquista Luisa Michel, la *Virgen Roja*, y protectora de una hija de Sebastián Faure, el autor de *El dolor universal*.

Las frecuentes ejecuciones de anarquistas hicieron también famoso al verdugo que acababa con ellos cuando se los entregaban atados sobre la basculante tabla de la guillotina, el célebre Deibler, todo un personaje, del que se ocupaban en ese tiempo los periódicos con la misma fruición que de los políticos, los literatos, los cómicos, las bailarinas y los fabricantes de perfumes y de específicos.

Cierta vez en que, después de una ejecución en la que no había estado a la altura de su acostumbrada destreza, los periódicos criticaron su actuación, *Monsieur de París* dijo cándidamente: «Dame! On n'est jamais sûr d'avoir une bonne presse!». Es cómico el histrionismo del hombre cuyo oficio es cortar cabezas.

Deibler vivió hasta el año 1938 o 39, y antes de morir declaró que, en París, las ejecuciones resultaban odiosas, porque se las tenía que ver con chulos inmundos (*des sales voyous*); en cambio, cuando salía a trabajar en provincias, sus víctimas eran, a veces, *bravos cultivadores*. ¡Tal era la manera que tenía el verdugo de honrar a la gente del campo!

FUE TAMBIÉN FAMOSO el crimen de Troppmann, hacia 1869. Había matado a una mujer y a sus cinco hijos, enterrando sus cadáveres entre Pantin y Belleville, en el campo. Turgueniev, el célebre escritor ruso, que acudió a presenciar la ejecución de Troppmann, dijo que no daba la impresión del monstruo que era, por más de que tuviese una boca de aire siniestro, con dientes negros en forma de abanico. Por lo que se ve, desconocía el empleo de los dentífricos. Al capellán de La Roquette le pareció que el criminal poseía una inteligencia extraordinaria componiendo versos que no estaban mal, aunque el componer versos lo mismo puede ser indicio de inteligencia que de habilidad, y, desde luego, no revela poseer gran talento.

La extravagancia suele salpimentar las vidas de estos criminales, y el mismo Troppmann, después de haber matado a toda una familia, al hablar de su madre se le llenaban los ojos de lágrimas, de donde se deduce que los más empedernidos criminales pueden tener su sentimentalismo. Lacenaire, el día que mató a la mujer Chardón, expuso su vida por salvar la de un gato que se iba a caer de un tejado.

También había habido en la calle Hassard el crimen de un saltimbanqui, al que, aun siendo bretón, llamaban «el español de Montmartre», por haber estado en nuestro país y aprendido en él nuestra lengua. Disparó tres tiros sobre una mujer, y luego arrojó su cadáver a la calle.

Y en 1887 se había guillotinado al joven Ducret, hijo de una portera de la calle de Trévisé, por haber asesinado a un señor que vivía en su misma casa; con tal motivo se hizo una canción popular que entonó un coro de granujas cuando guillotinaron al asesino en la plaza de La Roquette. La canción se titulaba *A la Villette*, y comenzaba así:

*Ça n'était pas un homme bien mis;  
Il n'avait pas d'très beaux habits.  
Pendant le jour il n'faisait rien,  
Et dans le soir il baladait son chien.  
À la Villette!*

Y terminaba:

*La dernière fois que je l'ai vu  
Il avait le torse tout nu  
Et la tête dans la lunette,  
À la Roquette!*

Eduardo se enteró por su tío Javier de los muchos libros que éste había leído en sus años de vida parisiense. Entre ellos figuraba el célebre de Thomas de Quincey sobre

el asesinato, considerado como una de las Bellas Artes. Viendo la curiosidad que sentía por aquellas lecturas, su tío le explicó las teorías, más o menos absurdas, del fantástico escritor, que había sido fumador de opio y había estudiado y escrito sobre la mayoría de los asesinatos históricos, desde Guillermo de Orange a Gustavo Adolfo de Suecia, pasando por el duque de Buckingham y Wallestein. Todo ello relatado en un tono irónico y burlón. El asesino favorito de este escritor absurdo era el famoso John Williams.

No sólo las testas coronadas atrajeron la muerte dada por manos violentas, sino que incluso muchos grandes filósofos estuvieron a punto de acabar su vida asesinados. Entre ellos, Descartes. Se hallaba éste a bordo de un barco, que había fletado en Hamburgo para realizar un viaje de estudio, cuando se enteró de los proyectos que tenía la tripulación para atentar contra su vida. Como creyeran que el filósofo francés no entendía su idioma, hablaron los marinos delante de él de sus proyectos criminales, y el autor del *Discurso del Método* pudo sorprender la conversación y ver que no estaban de acuerdo en la manera de asesinarlo y robarle. Y aunque lleno de miedo, el filósofo tuvo fuerzas y decisión para empuñar su espada, poner cara terrible y amenazar a todos, de tal manera, que consiguió intimidarlos y hacerse respetar por ellos.

Los biógrafos de Spinoza cuentan su muerte, ocurrida en forma que se puede tener por asesino a su médico, que le mató no con sus recetas, sino en forma más segura. El médico, venido de Ámsterdam, ordenó al ama que matase un gallo viejo y que hiciese un caldo para el filósofo. Este bebió el caldo y comió un trozo de gallo con buen apetito a eso de las once y media del día. A las doce, como era domingo, el ama y su marido fueron al templo a hacer sus devociones y dejaron al filósofo encerrado con el médico. Al volver del sermón supieron, con sorpresa, que Spinoza había expirado a las tres de la tarde en presencia de aquel facultativo, que en seguida se volvió a Ámsterdam, sin cuidarse para nada del cadáver; pero no sin apropiarse del dinero y de un cuchillo con mango de plata, que era todo lo que había en el cuarto mortuorio.

Hobbes, en sus Memorias, dice haber estado hasta tres veces a punto de ser liquidado de muerte violenta, y en cuanto a Malebranche, murió después de una discusión que tuvo con el obispo irlandés Berkeley, la cual le produjo tan alta fiebre, que se lo llevó al otro mundo en muy pocas horas.

Se explica que Berkeley y Malebranche no se entendieran. Berkeley era un escéptico completo. Malebranche era un oratorio, un místico. Los dos eclesiásticos se pusieron a discutir calurosamente, y Malebranche, de la impresión murió.

JOHN WILLIAMS, el asesino favorito del fantástico morfinómano Thomas de Quincey, era hombre listo y hábil, fértil en recursos para todas las dificultades y que sabía plegarse con la mayor elasticidad a todas las variaciones de la vida social.

Lo único que llamaba en él la atención era el color de sus rubios cabellos, *entre naranja y limón*, y la palidez de su rostro. «Viéndole —dijo una señora irlandesa que le conoció— se hubiera imaginado que por sus venas no circulaba la sangre roja de la vida que se inflama con la cólera, con la vergüenza o con la piedad, sino una materia verde que no podía salir de un corazón humano.»

La palidez extrema de su rostro se juntaba con el aire glacial de su mirada; pero era tan sutil e insinuante, sobre todo en la manera de presentarse y en el trato con las mujeres, que neutralizaba la desagradable impresión dada por su rostro.

Cierto día, hablando con una señora, le dijo:

—Si yo apareciese una noche junto a su lecho, con un cuchillo en la mano, ¿qué diría usted?

—Si fuese otro cualquiera —añadió la muchacha—, moriría de miedo; pero siendo usted, oyendo su voz, me tranquilizaría.

Williams tenía que ser un loco. Era muy cuidadoso de su físico, se afeitaba todos los días, se perfumaba, se ponía ropa limpia y se vestía un traje elegante. Alguna vez, para asesinar, este bárbaro vestía un frac azul, del paño más fino, con forros de seda. Inmediatamente después de realizar su fechoría reclamaba los servicios de una manicura para que le puliese sus uñas y blanquease sus manos.

En esto de la elegancia y de la cursilería criminal creo que los españoles estamos mejor. El criminal español es bruto, pero sencillo; mata, pero no se le ocurre después del crimen ir a rizarse el pelo o a arreglarse las uñas.

Cuando Williams decidió matar al comerciante Marr, joven y vigoroso, tuvo que hacer sus preparativos. Marr tenía una mujer bonita y de veintidós años, un hijo de ocho meses, un dependiente y una sirvienta joven, a la que el matrimonio consideraba como de la familia. Williams se detuvo, primero, delante de la casa, al pie de un farol, y allí le vio la sirvienta en el momento en que, a la noche, salía para ir en busca de unas docenas de ostras que sus amos querían comer.

Debía de dar el tipo una impresión de miedo, pues tanto el guardián nocturno del barrio como la criada temblaron al verle, y ella volvió, asustada, a entrar en su casa, y dijo a su amo:

—Tenga cuidado, señor, porque un individuo sospechoso mira hacia las ventanas con insistencia.

—Está bien —contestó el comerciante—. Ayúdame a echar los cerrojos a la

puerta de la tienda.

Marr era hombre que solía estar siempre alegre, especialmente en noches como aquella, de sábado, en que había hecho buenos negocios.

Mientras el guardián salía fuera, y Marr y su criada cerraban las puertas de la tienda, el hombre extraño de la calle, que era Williams, entró, sin ser visto, por la puerta cochera de la casa, llegó hasta la tienda, y allí sorprendió al comerciante de espaldas y descargó sobre él un martillazo, rompiéndole el cráneo. Después, ya por guardar fidelidad a su sistema, le degolló, no sin encontrar dificultades para conseguirlo, debido a que las convulsiones de la agonía agitaban violentamente el cuerpo de la víctima.

«El cuerpo —dice De Quincey—, cayendo pesadamente en el suelo, causó un ruido sordo y confuso de lucha, que a semejante hora no podía confundirse con ningún otro rumor que viniese de la calle, puesto que la puerta de la tienda estaba cerrada. Sin embargo, es muy probable que nadie oyese nada hasta el momento en que la operación de la degollación comenzó. El espacio reducidísimo entre el mostrador y la pared hacía punto menos que imposible descubrir la garganta ampliamente. El trabajo debió de haber sido hecho poco a poco, a tajos parciales e interrumpidos.»

Dueño de su presencia de ánimo, al oír que la esposa de su víctima se acercaba lívida, salió a su encuentro y la recibió con un nuevo martillazo. También remató su intervención cortándole el cuello, operación realizada con más facilidades y comodidad, por tratarse de una mujer joven y delgada y haber caído su cuerpo en un lugar más despejado de la tienda. El tercer martillazo le correspondió al dependiente, golpeado y degollado en un abrir y cerrar de ojos. La muerte más difícil fue la del niño, porque el desventurado dormía en su cuna, envuelto por cortinillas pendientes de un mástil y acostado sobre blandos cojines, cosas que se convertían en otros tantos obstáculos, que hubo de ir venciendo antes de cortar, con un solo golpe seguro en el cuello de la criatura, el hilo de su vida.

Antes que la criada volviese con las otras, Williams, terminada su delicada faena, había desaparecido. Al día siguiente, al desfilarse el entierro de las víctimas, seguido por una muchedumbre en la que rugían indignados treinta mil obreros, encabezados por pastores, jueces, doctores y comerciantes, Williams, confundido entre la multitud que presenciaba el paso del cortejo, se pudo sentir invadido de una vanidad absurda.

Doce días después, Williams volvía a actuar. Esta vez contra una familia compuesta de cinco personas: el anciano Williamson, de setenta años; su esposa, de sesenta; una hija del matrimonio, de nueve años; una criada, de cuarenta, y un obrero, de veintiséis.

A las doce de la noche, el obrero daba vueltas en la cama, sin poder tropezar con el sueño, porque le seguía obsesionando el recuerdo del crimen cometido en la misma calle en que él vivía. Williamson tenía fama de poseer algunos centenares de libras. De pronto parecióle al pobre joven que la puerta de la casa se abría y se volvía a

cerrar. Desde ese momento se sintió como alucinado por extrañas visiones, pensando en que, probablemente, el asesino, que aún seguía sin caer en manos de la Policía, había penetrado en aquella casa indefensa.

Se levantó, abrió la puerta de su habitación, y, al asomarse a la escalera, un grito de espanto heló la sangre en sus venas. Descalzo, casi desnudo, quiso huir, sin acertar su camino, y atraído por la muerte que le acechaba, llegó al salón de la casa, donde vio el cadáver de la mujer y el de la criada, no viendo el de su amo, porque, sorprendido en la cueva por el asesino, era allí, y no en el salón, donde estaba el muerto. Vio también al asesino, y pensando en que la niña era el único ser aún con vida, quiso el obrero salvarla. Corrió a su habitación, atrancó la puerta arrimando contra ella su cama, y con las sábanas fabricó una cuerda para descolgarse por la ventana.

Williams, poco después, fue preso y acabó ahorcándose en la cárcel.



EN EL CHALET GRIS, anohecido, solía reunirse una tertulia a la que concurrían varias personas, casi todas ellas vecinas de la colonia. Pasaban el tiempo de comienzos del segundo verano de la guerra. Entre los contertulios se contaban varias señoras mayores y algunos muchachos y muchachas.

Las señoras, que habían estado fuera de Madrid, querían saber noticias de lo que había ocurrido durante su ausencia.

—Y vosotras, ¿cómo lo habéis pasado? —preguntó una de ellas a la hija del doctor Arias Quintana.

—Ha habido de todo —contestó Lola—. A Eduardo le hirieron en la Sierra; pero fue una herida con suerte, y ya está completamente bien. Nosotras, naturalmente, encerradas casi constantemente en casa, nos hemos aburrido mucho. Pero, en fin, todo parece que se va arreglando.

—¿Arreglando? —preguntó, sorprendida, su interlocutora.

—Para los que mantienen la guerra desde este lado, no —dijo la muchacha—; pero para los que suspiramos porque todo acabe, sí; puesto que estamos cada vez más cerca del final.

—En cuanto a eso, no te equivocas —dijo otra de las señoras—; aun mirada la cosa como una perogrullada, todo lo que marcha, según se mueve, está más cerca de pararse, porque aún no se inventó el movimiento continuo. Y tú, Eduardo, ¿qué dices?

—Yo no digo nada... Veremos cómo esto termina.

—Eso es; entonces veremos qué sale de todo este zafarrancho.

—Ya no hay golondrinas, ¿verdad? —preguntó de pronto Lola.

—No —contestó Eduardo.

—¿Y por qué?

—Pues por la guerra. Como el aire está lleno de ruidos y de cañonazos y de explosiones, no vienen; ya no hay golondrinas ni vencejos.

—¿Y qué diferencia hay entre golondrinas y vencejos?

—Los vencejos son parecidos a las golondrinas, pero se distinguen de ellas en que tienen las patas diferentes. Son, además, pequeños, comienzan a volar por el aire del anochecer y emigran más pronto. Son, como animales, desconfiados, y menos inteligentes que las golondrinas, y suelen vivir no en nidos bajo los aleros, sino en agujeros de las paredes viejas.

—Eres un sabio, Eduardo —dijo Lola, sonriendo.

—No; por tener un poco de curiosidad no se convierte uno en sabio. Se necesita más, muchísimo más, para alcanzar esas alturas de sabiduría.

—¿Y qué hacen las golondrinas? —preguntó de nuevo la muchacha, que parecía mostrar cierta curiosidad por los animales.

—Pues las golondrinas vienen, en épocas normales, en la primavera y se van en agosto.

—No necesitan salvoconducto...

—Ni vehículo alguno. Les basta con sus alas.

—Salen de África, huyendo del calor, y se vuelven a África cuando en Europa empieza a hacer frío.

—¿Cómo viven?

—Comen insectos, mosquitos, moscas, arañas, mariposas...

—¿También mariposas? ¡Pobrecillas!

—También mariposas. Su vuelo es tan rápido, que cogen todo bicho que anda por el aire, por muy de prisa que vayan.

Mientras los muchachos divagaban, las personas mayores se transmitían las dificultades con que diariamente tropezaban para procurarse los comestibles suplementarios del racionamiento, pues los obtenidos por éste en ninguna casa bastaban para que sus ocupantes pudieran sostenerse en pie.

Se hablaba también de las fórmulas que se empleaban en la correspondencia con los ausentes; para enterarles de ciertas noticias, de muertos o detenciones, solía decirse: «Tu padre murió de la misma enfermedad que tu tío... A tus primos los han llevado a Levante, enfermos. Dicen que la enfermedad les puede durar mucho y que tardarán bastante en curarse.»

DE LO QUE NO SE HABLABA era de algunas precauciones que se tomaban para prevenir tropiezos desagradables, para ponerse a cubierto de posibles denuncias o probables registros.

El doctor Arias había vendido una finca que tenía en un pueblo de la provincia de Málaga, adquirió con ese dinero algunas monedas de oro y las guardaba en un puchero que había enterrado en el jardín. Naturalmente, de esto no se hablaba ni aun con los más íntimos.

Aquella noche habían tenido la visita de un pariente lejano del doctor, un verdadero vagabundo, que tenía curiosidad por todo. Había estudiado la carrera de Derecho, sin llegar a terminarla, y vivía en una casa de huéspedes, dedicado a pasear y curiosear, sin dejar que se escapase nada. Todo lo había visto; por eso su conversación resultaba entretenida. Su curiosidad era mayor que su miedo, lo que le hacía incurrir en trances imprudentes. Hasta ese día había tenido la suerte de cara, y no le había ocurrido nada de qué lamentarse. Había visto cientos de muertos en los alrededores de la capital, y cómo los chicos los desvalijaban. Había presenciado ataques y contraataques, sin que ninguna bala perdida tropezase con él.

Era un entusiasta de los gatos. Tenía tres, a los que cuidaba y le hacían compañía. Pero se veía negro para procurarles el alimento, y los pobres animales estaban en los huesos, lo que hacía quejarse a veces a su protector.

Tomaba morfina de tarde en tarde. Como era de una voluntad grande, tenía, según él, la seguridad de no acostumbrarse, y decía que la tomaba por simple curiosidad de experimentar sus efectos, por *snobismo* literario.

En el borde de la terraza, Eduardo seguía hablando con Fanny, amiga de la casa, que se mostraba muy aficionada a los animales.

—¿Lees ahora? —le preguntó él.

—Sí —contestó ella.

—¿Qué lees?

—Lo último que he leído ha sido *La vagabunda*, de Colette Willy.

—¡Ah! Eso está muy bien. Es un magnífico libro.

—A mí me ha parecido lo mismo. No lo diría a mi madre, porque replicaría que no se deben leer esas cosas.

—Es la hipocresía, que quiere suponer una inocencia ridícula en las chicas.

—Pero es muy triste.

—Sí, es cierto; como todo lo que se acerca a la verdad.

A don Javier Arias Bertrand se le ocurrió, para romper la monotonía de la vida, ir con un vecino a una casa de la colonia de la Cruz del Rayo y a otra de la Prosperidad, donde algunos ociosos trataban de aligerar el tiempo, que tanto pesaba sobre sus vidas sin objeto, dedicándose al espiritismo.

Como espiritista, don Javier resultaba un hombre muy práctico, porque, gracias a sus amistades, en aquellos tiempos de penuria alimenticia, con los espiritistas dedicados a las *tables tournantes*, había conseguido proporcionar suministros especiales. En esta cuestión, los espiritistas estaban en mejores condiciones que los demás vecinos de la colonia. Don Javier, en las sesiones de la casa de la Prosperidad, había conocido a una dama que tenía alcances sentimentales con uno de los mandamases de la época. Así, el espiritismo se convertía, por arte de magia, en buena alimentación.

Don Javier había llevado a su sobrino a esas reuniones; pero a Eduardo el espiritismo no le hacía efecto. Le había parecido una mixtificación burda.

—Creo que no debes dejar por completo de acudir a esas reuniones —le dijo don Javier—. Preséntate algunas noches, te muestras un poco indiferente, haces como que dudas, oyes las necedades que se dicen y no las tomes en serio. Pero ¿quién sabe si en estas bromas no vas a tropezar con algún plan que te distraiga? Ya sabes que acuden señoras jóvenes, y alguna no está mal.

—Creo que tienes razón. De cuando en cuando te acompañaré.

A partir de entonces, Eduardo siguió acudiendo a las reuniones como antes; pero se mostraba escéptico y burlón. La vida era tan aburrida, que se necesitaba inventar algo para distraerla.

Entre los espiritistas que iban a la casa del barrio de la Prosperidad había uno que se las echaba de mago y vestía bien. Era un tipo un poco peligroso, que parecía mostrar intenciones de acercarse a Lola, la hermana de Eduardo. Se había hecho presentar en casa del doctor Guzmán.

Eduardo notó aquellos deseos de introducirse en el grupo de sus amistades y trató de enterarse, y acabó por saber que tal tipo, a pesar de su aspecto de persona con medios y sus pretensiones de currutaco, era un maleante, que había estado en la cárcel por motivos no bien definidos, desde luego no políticos. Cuando lo supo, el muchacho no se paró en paliativos, sino que crudamente le dijo al tal que no volviese a poner los pies en el chalet gris ni apareciese por sus alrededores. Se lo dijo sin más explicaciones; pero el otro se dio por enterado, y tampoco las pidió.

A Eduardo, personalmente, no le preocupaban aquellas cosas, porque tenía una moral poco exigente. Pero era distinto tratándose de los de su casa, sobre todo de su

hermana.

Hasta la tertulia del chalet gris llegaron también los comentarios sobre el espiritismo. Una noche en que se habló de ello, un contertulio, para informar a las damas, que mostraban cierta curiosidad por esos supuestos fenómenos, aunque no pensasen en acudir a presenciarlos, les dijo:

—El espiritismo es cosa del siglo diecinueve, algo muy moderno. Apareció en América del Norte, en una casa de Hydesville, en el condado de Wayne, del Estado de Nueva York. En esa casa, según se dijo, comenzaron a oírse ruidos raros, voces extrañas, que se atribuyeron a la intervención de los espíritus.

—Más lógico hubiera sido atribuirlos a los gatos y a los ratones —dijo el doctor Arias Quintana.

—Seguramente; pero en esas cosas nunca se juzga con lógica y con buen sentido. Poco después se averiguó que las voces y ruidos eran resultado de una superchería manifiesta.

—No podía ser otra cosa.

—La verdad es que es una invención ridícula eso de que los espíritus hablen por las patas de los veladores, suponiendo que haya espíritus. Pero el hombre es uno de los animales más estúpidos de nuestro planeta. A pesar de que todos lo sabían, las voces y los ruidos continuaron, con gran satisfacción de la gente, y por Nueva York y las ciudades norteamericanas se extendió el espiritismo como se extiende una epidemia, surgiendo *médiums* por todas partes.

—¿Y cómo apareció en Europa? —preguntó alguno.

—Fue un escritor de Lyon, llamado Hipólito Denizart Rivail, que se puso el apodo de Allan Kardec, el cual inventó una doctrina espiritista que la gente aceptó con gran entusiasmo, como se aceptan siempre las mayores tonterías. Estas fantasías vulgares de Allan Kardec son las que hacen que muchas solteras y patronas de casas de huéspedes se sientan inspiradas.

—Algunos espiritistas suponen que espiritismo es el sinónimo de espiritualidad, de ingenio. La verdad es que los hechos en que se funda el espiritismo son completamente ilusorios.

—Estas bromas del espiritismo no tienen valor científico ninguno —afirmó el doctor Arias Quintana, coincidiendo en sus ideas con su hijo Eduardo.

—¿Cree usted? —preguntó el que había contado su historia.

—Ninguno.

—También hay que tener en cuenta que hay espiritistas falsos, que no son sino explotadores.

—Es igual. Si hubiera hechos, saldrían a flote. Pero... ¡qué hechos ni qué pamplinas!... Una fuerza que se revela ante el velador es una tontería, una tontería sin gracia ninguna. Yo creo que toda fuerza tiene que actuar sobre algo. El pájaro se

apoya sobre el aire; si no hubiera aire, se caería; el pez, en el mar; el animal, en la tierra. Pero esa fuerza que actúa en los supuestos hechos espiritistas, ¿en qué se apoya?

—Pero... ¿existen hechos comprobados en las demás religiones?

—No; científicamente, no; pero si el espiritismo es una religión, no vale la pena de tenerla en cuenta. Hay muchas religiones en el mundo. La cuestión que se debate no es que sea una religión, sino que sea una ciencia, y eso fácilmente se ve que no lo es.

Al llegar a ese punto, la reunión se disolvió hasta otro día.

Todas las cosas que decía aquel señor eran puras estupideces. Aseguraba que él iba resistiendo a todas las indicaciones que le daban los espíritus. Tan pronto le aclaraban un punto difícil como le presentaban un nuevo problema, o le curaban el estreñimiento. Decía que el hombre resistía a las indicaciones de la materia.

LA CASA DEL BARRIO llamado el Estrecho era pobre. La familia la constituía así: el padre, practicante de la Casa de Socorro. Un hijo, que comenzó la carrera de Medicina, estaba en el Hospital Provincial, de interno; otro hijo menor, que aún no sabía lo que pensaba hacer, terminaba el bachillerato, y una niña de trece años iba al colegio.

El padre, de sesenta años, tenía mucho miedo. Entre él y el hijo mayor sostenían la casa. El hijo menor se sentía comunista, pero las observaciones de su padre le hacían desconfiar de los parásitos del porvenir. El chico, inconsciente, se reía de lo que pasaba en el pueblo, como si se hubiera llegado a una época en que matar no tuviera importancia.

La chica trabajaba en la máquina de coser, haciendo trajes y sombreros. Un pariente del patrón cazaba, como en un parque suyo, en la Dehesa de la Villa.

En esa casa tranquila y pobre había entrado un pariente lejano, espiritista, y hacía su propaganda y gorroneaba por allí.

Eduardo había empezado a estudiar Medicina pocos años antes, y cuando estalló la guerra civil acababa de terminar el tercer curso de la carrera.

Había mostrado también afición a la pintura, y durante un verano, anterior a la guerra, que pasó en París, invitado por su tío, se había sentido entusiasmado por los impresionistas franceses, sobre todo por Sisley Gauguin y Van Gogh.

Una vez, hablando con su padre de lo que éste había leído, recordaba haberle oído decir: «Yo no he podido nunca leer esos poemas famosos antiguos, como la *Ilíada*, la *Odisea*, *La Divina Comedia* o la *Jerusalén libertada*. Comprendo que tendrán su encanto para los iniciados; pero como yo, de primera intención, no he sentido ninguna inclinación por ellos, a poco de empezar a meterles el diente tuve que dejarlos».

Lo mismo le había sucedido a Eduardo. También se había detenido en las primeras estrofas de esos poemas. En cambio, con las obras de los pintores impresionistas no le había pasado eso: desde el principio le habían sorprendido y le habían gustado. De tiempos más inmediatos, había leído con gran interés a Espronceda y a Bécquer y al Arcipreste de Hita.

En París le habían sugestionado no sólo la pintura expresionista, sino los versos de Verlaine, e influido por las obras del poeta, se había hecho sentimental y triste. Había pasado por el jardín del Luxemburgo recitando aquello de

*Il pleure dans mon cœur*

*Comme il pleut sur la ville.  
Quelle est cette langueur  
qui pénètre mon cœur?*

Se había arrullado con lo de

*Ecoutez la chanson bien douce,  
Qui ne pleure que pour vous plaire,  
Elle est discrète, elle est légère:  
Un frisson d'eau sur de la mousse!*

Y con el

*Le ciel est, par-dessus le toit,  
Si bleu, si calme!  
Un arbre par-dessus le toit  
Berce sa palme!*

También recitaba:

*Je fais souvent ce rêve étrange et pénétrant  
D'une femme inconnue, et que j'aime, et qui m'aime,  
Et qui n'est, chaque fois, ni tout à fait la même  
Ni tout à fait une autre, et m'aime et me comprend.*

Hablando de su tío, le oyó decir:

—Los franceses y los alemanes son los más creyentes en ilusiones. Siempre están hablando de un arte nuevo, de una política nueva, de una edad nueva.

El muchacho comentó:

—Es extraño que pueblos tan inteligentes puedan mantener tales ilusiones. ¿Dónde están los indicios de esas novedades?

—Yo, al menos —dijo el tío—, no veo ninguno. Se hace una revolución, se hace una reacción, y no se advierten más repeticiones. Se han muerto muchos hombres. Eso es evidente. Lo demás no ha cambiado, sigue igual.

—Evidentemente, no se puede confiar en que los rumbos futuros traigan nada nuevo.

—En el Eclesiastés, que está escrito, según los historiadores, en el siglo cuarto antes de Jesucristo —indicó don Javier—, se asegura que no hay nada nuevo bajo el sol, y que quien añade ciencia añade dolor.

—Y a ti eso, ¿qué te parece? —preguntó el sobrino.

—Pues, desde un punto de vista humano, es cierto. ¿Qué novedad va a haber para el hombre corriente? Ninguna. Después de las revoluciones y de las reacciones, todo vuelve a lo mismo. Lo único que avanza es la ciencia; pero la ciencia, hoy, es una



cosa misteriosa, incomprensible para la mayoría. ¿Cuántos hombres habrá actualmente en Europa, hoy todavía el continente más civilizado del mundo, que comprendan la teoría de Einstein?

—No deben de ser muchos.

—Habrá en Europa quinientos millones de habitantes. Entre estos quinientos millones, ¿habrá cincuenta personas que entiendan la teoría del profesor alemán? Puede que no. Si los hay, resultará que por cada diez millones uno tan sólo habrá entendido a ese profesor. Total, nada.

—Realmente, no puede ser la proporción más desconsoladora para la petulancia de los hombres modernos. Y tú, ¿en qué grupo estás, tío Javier?

—¿En qué grupo quieres que esté? En el de los que no la entienden. Lo mismo que tú, naturalmente. Yo he sido siempre un hombre que ha marchado a la deriva. Como un viejo tronco de árbol que va por el río, sin dirección ninguna, aquí se para, entre las ramas y las hierbas; allí se estanca, y en otra parte toma la corriente que lo lleva con rapidez. Así he marchado y marchado por la vida.

—Arte de vivir bastante cómodo, aunque no ofrezca mucho porvenir —dijo Eduardo.

—No he llevado nunca dirección clara —observó don Javier—, y he ido indiferente, al azar. La única norma de mi vida ha sido la abstención. No hay que hacer una maniobra sucia, ni una villanía; no hay que tomar parte en una denuncia. *Vade retro*, que decían los latinos. Esa ha sido toda mi técnica, toda mi moral. Así puedo mirar hacia atrás en mi vida y ver un panorama árido, pero sin vilezas y sin miserias. Esto me basta.

EL DOCTOR ARIAS, el médico, que diariamente acudía con su pequeño automóvil al Hospital, volvía siempre impresionado por sucedidos muy tristes, pero no los solía contar en su casa. ¿Para qué? Bastante desventuradas eran las circunstancias del tiempo que les había tocado vivir para que, encima de eso, su falta de discreción fuera a envenenar la imaginación de las personas de la familia con el relato de los casos en que había intervenido, o de aquellos que le habían contado.

Menos mal que en el chalet gris, durante la revolución, no pasó nada, aunque muchas noches no dejaran de oírse tiros sueltos en sus proximidades, y hasta oyeron que, por aquellos desmontes, algunos amaneceres solían aparecer hombres muertos, fusilados, probablemente, por venganza. Se hablaba también de fechorías cometidas por gentes oscuras, que liquidaban las cuentas de sus odios.

Las revoluciones se hacen sin saber cómo y se desacreditan fácilmente, porque no pueden cumplir nada de lo que prometen. Los únicos resultados que se obtienen son esas supresiones personales, con las que no se consigue tampoco mejora social alguna, pues las víctimas las designa el azar, no un plan determinado por una justiciera selección de los culpables, hecha, desde su punto de vista, por revolucionarios.

Un día, el doctor Arias, al quedar solo con su señora en su cuarto, antes de acostarse, le habló del caso de la Eusebia, una mujer conocida en la casa, que ya no era joven, que había acudido a su consulta, y la que, por su aspecto e indumentaria, debía de vivir menos que mal.

De primera intención le había dicho al doctor que no podría pagarle más que muy poco, o nada, porque estaba casi en la miseria.

«No se ocupe usted de eso —le dijo el médico—. ¿Qué es lo que le pasa?»

La mujer habló con una mezcla de veracidad y de insustancialidad de su vida, como si se tratara de otra persona.

Cuando terminó su charla, el doctor no le pudo dar un consejo que valiera la pena ni indicarle un plan.

—¿Qué le pasa, pues, a esa mujer? —preguntó la señora del doctor.

—No se trata de un caso patológico de libro, sino de una pobre víctima de su debilidad y de su falta de carácter. Al parecer, de chica no había tenido energía ni malicia. Un señor, ya viejo, amigo de su padre, le había dicho una vez que tenía que enseñarle unas flores, y la llevó a su cuarto y la forzó. Esta mujer, que es un poco insensible a todo, ni hizo una protesta.

—¡Qué desastre de vida!

—Es como una paloma o como una ternera. Pasó algún tiempo, y el señor la

abandonó, y le sustituyó por otro. Antes había muerto su padre. A ella no le chocaba nada, y así vivió años y años; hoy, con uno; mañana, con otro, no llegando a comprender que aquélla no era una manera corriente y respetable de vivir. Después se fue a refugiar al Hospital, porque estaba enferma y débil, y al volver a su casa encontró que le habían robado todos los muebles y se había quedado hasta sin cama donde morir.

—¡Pobre mujer!

—Ella dice que quiere engordar, a ver si puede vivir como antes y encontrar alguien que la sostenga. Todo esto lo dice con fórmulas de cortesía y de respeto y con un aire de no haberse enterado de nada de cuanto ocurre en Madrid.

—¡Qué inocencia y qué simplicidad! —comentó la mujer del médico, mientras preparaba su traje de noche para acostarse.

Don Javier, el viejo, se reunió ese día con su sobrino Eduardo en la azotea, y como no tenían nada que hacer, volvieron a hurgar en los recuerdos de los grandes criminales, que el primero conservaba de sus viejas lecturas en París, y al segundo le seguían interesando, por más de que había perdido ya aquellas preocupaciones psicológicas que le brotaron después de haber luchado como miliciano en las trincheras de la Sierra.

ESA MAÑANA, en el hotel Gris reinaba un silencio sedante y tranquilo. El doctor había salido temprano para el Hospital, y su mujer y su hija marcharon a visitar a una señora enferma que vivía en uno de los hoteles de la Ciudad Jardín.

La cocinera de la casa, que tenía a veces rasgos geniales, estaba haciendo como postre un *gâteau de madeleine* con un poco de harina, dos huevos, sacarina y medio limón. Con estos pocos recursos hacía un postre magnífico.

El tío Javier y Eduardo hablaban de la brutalidad nativa del hombre. El tío Javier, que leía siempre con atención, habló de los crímenes de París. Se refirió el tío, entonces, a Papavoine, quien, en el primer cuarto del siglo XIX, conmovió a París con un crimen estúpido, ilógico y absurdo.

—Los crímenes de París han sido en el siglo diecinueve y en el veinte los más destacados del mundo —dijo el tío Javier.

—Pero tienes que reconocer que ya van decayendo, y nadie se ocupa de ello —replicó el sobrino.

—Sí, lo reconozco. Las ciudades van perdiendo su brillo en lo bueno y en lo malo.

En el terreno de los delitos, de las intrigas y de las estafas tomaba el crimen en París, en sus tiempos de esplendor, un relieve extraordinario, y aunque algo en la ciudad hubiera perdido el brillo antiguo, la decadencia no era tan profunda como la advertida en las actividades nobles, científicas, literarias y artísticas.

—Antes que la barbarie hubiera invadido el planeta, las reseñas de los crímenes en París se leían con interés en el mundo entero. El folletín, que había tenido tanta resonancia en otros tiempos, había llegado a inficionar las plumas de los periodistas franceses, y cuando surgía un crimen famoso, durante semanas y semanas, los reporteros mantenían en carne viva, palpitante, el interés morboso de los lectores.

—Aquí, en España, ha habido también crímenes de categoría —dijo Eduardo.

—Sí, pero la mayoría no han sido ciudadanos. Los crímenes más característicos y bárbaros de España no han ocurrido en Madrid, sino en pueblos de provincias: el crimen de Don Benito, el de Gádor, el del Huerto del Francés...

—Pero en Madrid ha habido crímenes notables, como el de la calle de Fuencarral, el de la Guindalera, el del capitán Sánchez, el de don Nilo...

—Nada; todo eso no vale nada.

Eduardo se echó a reír.

—¿Y en las otras ciudades?

—París en eso, como en todo, era una especialidad, desde Papavoine a Petiot, pasando por Landrú.

—No sé quién era ese Papavoine —dijo el sobrino.

Papavoine era hijo de un fabricante de paños. Dedicado al comercio, como su padre, había viajado por mar y por tierra y residido algún tiempo en Brest. Como empleado, se había mostrado hombre celoso, ganando la estimación de sus jefes. Al establecerse en París se hospedó en el hotel de la Providencia, que abría sus puertas en la calle de San Pedro, en Montmartre.

Un día, después de desayunar, pensó Papavoine en dar un paseo por el bosque de Vincennes. Salió del hotel y se encaminó allá, encontrando a la entrada del bosque a una señora y una señorita que iban con dos niños. Habló con ellas y marchó luego al hotel donde vivía, tomando un cuchillo, que guardó. Volvió a salir, entró de nuevo en el bosque, se acercó a los niños, y, sin más ni más, los asesinó de una manera horrorosa.

El recuerdo de semejante crimen trajo a la imaginación de don Javier otros detalles históricos del paraje donde tal suceso había ocurrido, situado entre el barrio de Saint-Mandé, Charenton y Nogent, limitado en parte por dos brazos del río Marne, afluente del Sena.

El bosque de Vincennes tiene un lago, el lago Daumesnil, o de Charenton; en él, dos islas, y más allá, otro nuevo lago, el de los Mínimos, que debe su nombre al convento que estuvo en el bosque, y que fue de una Orden religiosa. En Vincennes fue donde ocurrió una algarada en tiempos de la Revolución francesa. En 1791 se dijo que las cárceles de París estaban llenas, y el Gobierno pensó en trasladar a algunos de los reclusos al torreón de Vincennes. Al saberse la noticia, quinientos hombres del barrio de San Antonio se congregaron para demoler la torre, acudiendo La Fayette con una columna de soldados para impedirlo. Iban ya a llegar a las manos unos y otros cuando apareció Santerre, el cervecero que llegó a general, quien se interpuso, tomó la palabra y arengó a los dos bandos, apaciguándolos.

El caso de Lacenaire, de quien el viejo Arias se ocupó a continuación, revelaba un tipo odioso de hombre duro, capaz de todo. Había nacido en una aldea próxima a Lyon, y dejó escritas sus Memorias, además de haber compuesto varias poesías. Primero quiso ser periodista, en colaboración con un camarada republicano llamado Altareche, también sainetero y director de teatro, al que había encontrado en la cárcel de la Fuerza. Lacenaire dio al periodista una poesía escrita por él, y Altareche la publicó como suya.

Después, Lacenaire se hizo amigo de otro perfecto canalla llamado Avril, y entre los dos prepararon varios crímenes, que, por fortuna para aquellos que pudieran haber resultado víctimas, no llegaron a realizar.

No tuvo esa suerte Chardon, joven inválido, ni su madre, una viuda que vivía con

su hijo en el pasaje del Dragón Rojo. Este joven había sido detenido por atentado a las costumbres, y se le conocía en el barrio donde vivía por el apodo de *La tía María*. El joven Chardon se dedicaba a la venta de objetos religiosos: escapularios, medallas, rosarios, etc.

Lacenaire había oído decir que el joven Chardon llevaba los bolsillos llenos de monedas de oro. Comunicó la noticia a su compinche Avril, y éste le propuso fabricar unas llaves falsas y entrar a robar en casa de la viuda; pero Lacenaire afirmó que era mucho más seguro y habría de dejar menor rastro el matar a la madre y al hijo.

Así lo hicieron, y después marcharon a la calle de Montorgueil, donde vivían, y se dedicaron a gastarse alegremente el dinero que habían robado.

Se ve que, en el fondo, eran un par de estúpidos, pues poco tiempo después quisieron atracar en la escalera de su casa al cobrador de un Banco, el cual pudo salir del atraco con vida.

La Pommerais fue un célebre envenenador, médico e hijo de médico, hombre ambicioso y mediocre, que pretendía llegar a ser rico sin reparar en los medios con que reunir la fortuna que ambicionaba.

Los crímenes del médico La Pommerais, que fueron envenenamientos vulgares, se hicieron famosos por una leyenda que inventó y recogió en la calle Villiers de l'Isle Adam. Esta leyenda afirmaba que el profesor Velpeau había propuesto a La Pommerais que, cuando le guillotinaran, el profesor cogería su cabeza y le llamaría, y si la cabeza separada del cuerpo le oía, cerraría un párpado dos o tres veces.

La Pommerais, según la leyenda, aceptó la proposición del cirujano Velpeau. Al día siguiente, al guillotinar al envenenador, Velpeau tomó la cabeza del muerto, recogéndola de la cesta próxima a la guillotina, la alzó en alto, y le llamó con fuerza. Uno de los ojos del muerto cerró tres veces el párpado, pero no pudo más.

EN CUANTO A TROPPMANN, del que también se ocupó ese día don Javier, debía de ser de origen alemán. Tenía cierta instrucción. Era, al parecer, de un carácter sombrío, hombre ambicioso, y estaba obsesionado por la idea de hacer una fortuna rápida, como el médico La Pommerais. Sabía algo de química y se ocupaba de obtener el ácido prúsico.

Juan Bautista Troppmann era un bestia perfecto. Había nacido en un pueblo del departamento del Alto Rin.

Troppmann mató con un pico a una madre y a sus hijos pequeños; fue después a buscar a los mayores, y también los asesinó, despedazándolos. Regresó al hotel de la estación del Norte, cambió de ropa y salió para El Havre, donde pensaba escapar a América.

Esta fiera, al parecer, de raza aria, no tenía más que veinte años cuando le guillotinaron. Al querer sujetarle en el tablado luchó con los verdugos y los ayudantes, mordió a unos y a otros, hasta que consiguieron cortarle la cabeza.

Después de todos estos recorridos amables sobre la criminalidad extranjera, Eduardo aún leyó algunos reportajes acerca de las vampiresas célebres, la Tarnhoska, de Venecia, y madame Steinheil, de París, que, al parecer, eran mujeres seductoras, capaces de envenenar a cualquiera.

Entre los libros de su padre, Eduardo halló un folleto que se ocupaba de la escuela de Nancy. Según las ideas de este grupo, un hombre podía estar sujeto a la influencia de otro y hacer cosas, buenas o malas, por la sugestión de cualquiera a quien no conocía. Puras estupideces. Leyó también las experiencias de un profesor que electrizaba el cuerpo de una persona, frotaba su piel con una cera especial, y luego con la cera hacía una bola. Pinchaba la bola de cera, y la persona que había sido electrizada sentía el pinchazo. El hombre está siempre dispuesto a creer tonterías.

Después de esas lecturas y de esas conversaciones con su tío sobre la crónica criminal extranjera, Eduardo acabó por reaccionar contra tanta estupidez, y harto ya de historias horripilantes y misteriosas, se dedicó a pasear por los alrededores del chalet gris y entablar diálogos sobre temas biológicos.

La vida es un misterio, y no hay manera de crearla de una manera artificial, al menos por ahora. La célula que es el origen de la vida viene de otra célula, y por ahora no se ha visto la posibilidad de crear una célula sin que proceda de otra célula también viva —decía el viejo Arias.

Yo no sé en qué estado se encontrará en el momento esa cuestión científica. En mi tiempo se hablaba del protoplasma; después, de los núcleos y de los cromosomas; pero, por ahora, nadie ha creído que la célula viva se pueda crear artificialmente.

—En mil novecientos cinco estuve yo haciendo un reportaje para un periódico americano sobre el Huerto del Francés —dijo el tío Javier.

—No sé lo que era eso.

—Esto acontecía hace unos cuarenta años y pasó en un pueblo que se llama Peñaflor, en la provincia de Sevilla.

En este pueblo, un francés apellidado Aldige y un andaluz, Muñoz Lopera, inventaron un procedimiento para explotar a los jugadores de ventaja y a los tahures. Citaban a los jugadores tramposos de los contornos con el pretexto de iniciarlos en una martingala de juego. Les indicaban que fueran de noche, con algún dinero, para hacer las pruebas.

Algunos han contado que los puntos eran conquistados en los trenes y llevados a la casa por los ganchos.

En el hotelito del francés había delante un jardín pequeño, con una verja. Para entrar en la casa, a los jugadores los pasaban por un corredor oscuro, y el que acompañaba al incauto visitante, al llegar a una puerta, le indicaba: «Baje usted la cabeza, porque hay una cañería aquí, donde se puede tropezar.» El jugador, entonces, bajaba la cabeza, y uno de los cómplices del francés, escondido, le daba un golpe con una barra de hierro en la nuca, y si no le había matado, seguía golpeando al caído hasta acabar con él.

Se contó que una pareja de novios que estaba hablando, de noche, cerca de una tapia del Huerto del Francés, oyeron en la casa unos quejidos lastimeros.

El joven, lleno de curiosidad, se subió a un árbol, y vio, a la luz de la luna, que en el jardín del francés, entre varios, partían en pedazos un cadáver, y después se repartían el dinero.

El muchacho, al día siguiente, dio parte a la Guardia Civil.

En los tacones de las botas de algunos de los asesinados se encontraron billetes de mil pesetas.

—Yo he tenido siempre curiosidad por esas cosas —indicó el tío Javier—. Hace ya bastantes años, encontrándome en Sevilla, me dijeron que en un cortijo del torero Fuentes, que creo se llamaba La Coronela, estuvo un bandolero bastante célebre, llamado el *Pernales*. Al día siguiente fuimos varios al cortijo y hablamos con el aperador. Por sus noticias, el *Pernales* era un mozo bravío, bastante bruto.



—YO HE OÍDO decir a un aldeano —dijo Arias Bertrand, reanudando un diálogo con su sobrino—: «Eso de las vacunas no vale nada.»

—¿Cómo que no? No diga usted disparates —le contesté yo.

—Pues yo creo que no vale nada. A un chico del pueblo se le vacunó, y a los cuatro o cinco días murió.

—Pero ¿de qué?

—De que se dio un golpe en la escalera.

—Es que las vacunas no evitan los golpes.

La gente ignorante puede llegar a querer que una vacuna no sólo sirva para evitar las enfermedades, sino también para que le toque la lotería.

—¿El hipnotismo tiene alguna realidad? —preguntó don Javier a su sobrino.

—Sí, pero muy poca. Hay debajo mucha literatura.

—Cierto, pero el hecho existe; no debe de ser el sueño hipnótico una realidad que se produce siempre que se quiere, pero se dan casos.

—En el fondo, se ve que se ha hecho mucho ruido alrededor de algo que es de poca importancia.

El suceso callejero lo contó Eduardo. Se trataba de un hipnotizador callejero, con un lagarto de madera, mugriento, tapado con un pañuelo de hierbas. También tenía drogas para las lombrices y las indigestiones. Le acompañaba una chica con una capa de hombre, que era adivinadora, muchacha simpática y de aire amable. En general, el público tenía odio por el hipnotizador y simpatía por la supuesta *médium*. A ésta le tapan los ojos con un trapo negro. Los municipales cobran al hipnotizador dos pesetas por pararse en la plaza pública. Las mujeres tienen una gran antipatía por el hipnotizador y mucha simpatía por la chica.

«¡Pobrecilla! ¡Cómo la explotan!», decían.

Plotino creía que era indigno de la seriedad de un viejo filósofo el tomar lavativas cuando tenía dolores de vientre. Podía haber escrito un libro menos aburrido del que escribió, titulado *Filosofía y entretenimiento*.

Pirrón era un hombre que no aceptaba categorías en los trabajos, lo que a mí me parece muy bien. Llevaba a vender gallinas y cerdos al mercado del pueblo, barría la casa, limpiaba los muebles. No creía que un trabajo fuera noble y el otro no; estaba en lo cierto.

El médico Cardan, cuando tenía una preocupación, se daba golpes a sí mismo o se mordía el brazo izquierdo.

Ahora, nadie tiene ese masoquismo. Si tiene que hacer daño a alguien, se lo hará a los demás.

—Y TÚ, ¿sabes algo del Túnel de la Muerte? —le preguntó Eduardo a don Javier.

—No, no sé nada. Y no se te ocurra a ti preguntárselo a nadie.

—¿Por qué?

—Porque te tomarán por un reaccionario, y te pueden dar un disgusto. Si tú oyes que hablan de eso, bien; escuchas y te callas, y hasta puedes decir que parece una invención fantástica; pero nada de preguntar ni de querer averiguar detalles. Parece que algunos cándidos, cansados y aburridos, creen ver ahí la libertad, y los saquean y los matan.

—Por lo que yo he oído, no hay túnel.

—Pues ¿qué hay?

—Al parecer, es una especie de puente cubierto de tejas, ladrillos y piedras. Tendrá unos ochenta o cien metros lo más, que está ahí, hacia el barrio de Usera, cerca ya de las trincheras de los nacionales. A algunos nacionales ricos les prometen llevarlos allí, si les dan una cantidad crecida, y a varios que han aceptado la proposición, al ir a salir fuera del túnel, los han liquidado con las ametralladoras. Dicen que a uno que le han matado así es al marqués de Fontalba.

RESULTABA más divertido el tío Javier cuando trataba con su sobrino de cosas literarias. Así, una tarde en que, paseando los dos por la carretera de Chamartín, le hablaba de la afición que los franceses habían mostrado, sobre todo entre las dos guerras, a la literatura truculenta, y de la boga que había obtenido allí la novela policíaca, compararon el éxito conseguido por los folletinistas franceses con los de Conan Doyle, y tuvieron que reconocer que el de éste había sido más universal. Conan Doyle, por boca de Sherlock Holmes, aseguraba: «Cuanto más oscuro es un crimen, es más fácil descubrirlo; cuanto más vulgar, más difícil.»

—¿Has pensado en lo que vas a hacer tú, Eduardo? —dijo don Javier.

—¿Pues?

—Si ganan la guerra los nacionales, como parece que la ganarán, tú tendrás que ser soldado y pasar en el Ejército dos o tres años o más.

—Es una lata —exclamó Eduardo.

—Pues si no, te vas a Valencia. Desde Valencia puedes marchar a Marsella, y de Marsella te largas a los Estados Unidos. Yo tengo un amigo de profesor en una Universidad. Allí sigues tu carrera y luego ya veremos.

—Me parece buena idea.

—Pues nada, ¡hala!

Hubo un momento de silencio. Don Javier, que andaba, sin duda, rumiando una idea, dijo:

—No hay genialidad en el hombre.

—¿Por qué? —preguntó Eduardo.

—Porque el hombre tiene que habituarse al medio social. Si no, no podría vivir.

—Y tú, ¿crees que esto le impide ser genial?

—Yo creo que sí, porque habrá hombres geniales en todo orden de materias; pero si encuentran obstáculos en su marcha, retrocederán, porque verán que no pueden avanzar en su camino.

—Pero yo creo que la gente es hoy más audaz, por ejemplo, en el crimen, porque el que le comete es un bestia estúpido; pero en la filosofía, en la literatura o en la política o en la ciencia, no es más audaz; al revés, es más mediocre.

—¿Tú crees?

—Me parece evidente. Hoy, las comedias de Aristófanes no se podrán representar en ningún país del mundo.

—¿Por qué?

—Porque llevarían al autor a la cárcel.

—¿Es tan atrevido?

—Dice en el teatro lo que los demás nos decimos unos a otros en voz baja.

—Y tú, ¿crees que el mundo decae?

—Yo creo que en casi todo, menos en la ciencia. No hay más que comparar lo que era Italia en el Renacimiento y lo que es hoy; lo que era Francia en el siglo dieciocho y en el diecinueve y lo que es hoy; lo que eran Alemania o Inglaterra.

—Y eso, ¿a qué lo achacas tú?

—No lo sé. Yo creo que a la fusión de las masas y al desencanto. El caso es que existe esa decadencia. Italia, en el Renacimiento, está llena de sabios, de artistas, y en los siglos dieciocho y diecinueve hay grandes músicos: Paesiello, Cimarosa, Cherubini, Rossini, Donizetti, Verdi, Mascagni, Puccini, Leoncavallo, y de repente se acabó todo. Italia produce algunos hombres de ciencia; pero en las artes, que eran su especialidad, nada. Es cosa difícil de explicar.

—Sí, es cierto.

—En Francia sucede algo parecido.

—Y en Rusia y en Alemania.

—Pero eso creo yo que es más explicable. Alemania y Rusia viven durante largo tiempo con tiranos que no son tiranos, el Gobierno del grande Federico de Prusia, que permite publicar las obras de Kant y llama a su corte a Voltaire, no es un tirano. Lo mismo pasa con Dostoyevski, con relación al Gobierno de Alejandro II y Alejandro III de Rusia, en cuyos reinados vivió el escritor. No eran estos zares tiranos, ni mucho menos, y en países considerados como liberales no se hubieran permitido las obras del escritor ruso.

—EL OTRO DÍA estuvo en casa —contó el tío Javier— un antiguo amigo, hombre comprensivo, de esos hombres que quieren ver en lo que es e invitan a las personas que tienen preocupaciones intelectuales y éticas a decir sus pensamientos sin reservas.

—¿Usted qué cotiza más? —me dijo—. ¿El talento o la conducta?

Yo me quedé un poco parado y contesté:

—Creo que la conducta.

—¿Y por qué?

—Quizá, en el fondo, es una opinión práctica. El hombre de conducta es más seguro que el hombre de talento.

—Sí, parece que sí.

—Por otra parte, hombres de gran conducta está uno seguro de haber visto y encontrado. Ahora, hombres de gran talento, ¿puede uno asegurar que ha conocido? No sé. Sobre todo el que los haya conocido, ¿puede afirmar que les ha notado sus caracteres geniales?

LOLA ARIAS solía estar hablando con su novio desde la azotea de la casa.

No subía él, para no dar que hablar, porque muchas veces no había nadie en la casa más que la Pura.

Su tío Javier le cantaba a su sobrina, en broma, una canción de la zarzuela de *Los hijos del capitán Grant*, del maestro Caballero:

*En Inglaterra, los amantes  
se escriben una vez al mes,  
para decirse solamente:  
«Si usted está buena, yo también.»  
En España, las españolas  
pasan la vida en el balcón,  
y el novio, quieto en una esquina,  
como si fuera un guardacantón.*

Lola Arias tenía una amiga de colegio, Fanny, que vivía en un hotelito de la Colonia del Viso, a la que veía muy de tarde en tarde, porque sospechaba había seguido por caminos poco recomendables. Solía frecuentar los *cabarets* donde se bailaba, y Lola, desde que lo supo, trató de apartarse de aquella amiga, a pesar de que le era muy simpática.

Una tarde, a eso de las seis, estando Lola en casa, sonó el teléfono en el despacho del chalet gris. Sus padres estaban fuera de casa, y el tío Javier y Eduardo, también. Lola acudió para ver quién llamaba. Era Fanny, su amiga, que la invitaba con gran insistencia a que fuese a cenar con ella, pues quería consultarle un asunto apremiante y le decía que enviaría el automóvil. Resultaba para Lola un poco duro negarse a ir a casa de su amiga. Se lo dijo a la muchacha, para que lo comunicaran a sus padres cuando volvieran, y marchó en el auto. Cenaron Fanny y Lola. Fanny le estuvo contando una infinidad de cosas, sin que en la conversación apareciese aquella cuestión apremiante de que por teléfono le había hablado.

Fanny estaba casada y separada del marido; era de tipo muy gallarda y fina, y le gustaba vestir de hombre. Parecía un muchachito elegante. Solía ir a casa del doctor Arias alguna que otra vez en auto, y tocaba el piano y se reía. Su marido era hombre de mal humor, al que habían conocido antes de la guerra, pero que a poco de comenzar ésta había marchado de Madrid. En la conversación no apareció aquella cosa apremiante de que por teléfono le había hablado Fanny. Cuando terminó la cena, Lola quiso volver a su casa, pero Fanny la retuvo, pidiéndole que se quedara un rato. Se trasladaron a un saloncito inmediato, donde había una mesita con licores. Fanny la

invitó a beber, pero Lola no quiso.

De pronto, Fanny se trastornó, comenzó a hablar sin sentido, y al último le hizo a su amiga una verdadera declaración de amor.

«Esta mujer está loca», pensó Lola, que era una muchacha muy equilibrada y muy normal; pero al ver que ella seguía con sus arrumacos y sus zalamerías, se puso seria y le dijo que se calmara. Fanny estaba en un momento de histerismo; quizá había bebido algo más que de costumbre. Se encontraba turbada, sin saber qué hacer.

Lola le indicó que se iba a casa.

—¡Perdóname! —le pidió Fanny, llorando.

—No te preocupes.

—Adiós, adiós.

En el chalet gris, al llegar la hora de la cena y ver que Lola no aparecía, comprendieron que se había quedado a cenar con su amiga. Pero después, como pasara el tiempo y no se presentara, comenzaron a preocuparse. Entonces, padre e hijo salieron para ir en su busca, tan a tiempo, que al salir encontraron el auto donde volvía Lola.

Al entrar en casa y ver a su hija preocupada, el doctor Arias le preguntó:

—¿Qué te ha pasado?

—Algo raro —contestó Lola—. He cenado con Fanny, que me llamó esta tarde porque quería hablarme de no sé qué de una manera apremiante. No me había dicho nada de lo que quería, y después...

—Después, ¿qué ha pasado?

—Que me ha hecho una declaración de amor con súplicas y lamentos histéricos. Creo que está loca.

—Y tú, ¿qué has hecho? —preguntó el doctor.

—¿Qué quieres que hiciera? Tomarlo a broma, y ella ha acabado por echarse a llorar y por decirme que la perdonara.

—El mundo está trastornado —dijo el tío Javier.

—Lo malo que tiene es que no se va a arreglar nunca —dijo Eduardo.

Con motivo de lo ocurrido a Lola con Fanny, el viejo Arias inició nuevas disertaciones para aclarar el asunto. Ver en lo que es. Ese era su ideal.



SAFO ERA una poetisa griega que había nacido en Eresus, o en Mitilene, en la isla de Lesbos, unos seiscientos cincuenta años antes de Jesucristo. Safo, al parecer, tenía espíritu masculino y cantó la belleza de las jóvenes de Lesbos con un gran entusiasmo. En estas viejas figuras de la literatura y de la historia, es muy difícil separar lo que viene de la realidad y de la leyenda. Naturalmente, yo no me he puesto a averiguar lo que hay de verdad y de falso en esta historia. Que se da esa aberración sexual en el hombre y en la mujer, es indudable. ¿Qué causas tiene? No creo que se sepan. Las dos grandes figuras históricas del homosexualismo son Safo y Sócrates. Safo debía de ser una sacerdotisa del amor lesbiano. Sócrates era entusiasta de los jóvenes guapos. Así, Safo dejó su nombre a sus discípulos, a las jóvenes sáficas, y a otras lesbianas, y a Sócrates se le llamó, en una disertación de una Universidad alemana, *Sócrates sanctus pederasta*.

Catulo celebró la belleza de Safo en unos versos muy sentidos.

El tío Javier los recordaba en latín, pero como no quería ser pedante, decía la traducción en castellano: «¡Pajarillo!, ¡delicias de mi joven amante! Tú, el compañero de mis juegos, tú a quien ella esconde en su seno y acaricia con la mano y que ella provoca a ardientes mordeduras». Luego Safo cayó en la vida de prostitución más miserable.

Yo no veo en todo lo que está sucediendo porvenir ninguno; hace diez o doce años todo era idilio: los obreros iban a vivir bien, la justicia iba a reinar en el mundo, se iba a acabar la guerra; ahora es todo lo contrario: la guerra europea va a empezar de un día a otro, y será tan dura y tan cruel, si no más, que las guerras pasadas. A esto no se puede decir más que «¡nos hemos lucido!» Víctor Hugo afirmaba, echándose las de profeta: «El siglo XIX es grande, el siglo XX será feliz.» ¡Ya se va viendo la felicidad que rebosa por todas partes! Dentro de un par de años tendremos la guerra europea.

—¿Tú crees que vendrá?

—Creo que sí.

DESPUÉS DE LAS SESIONES de espiritismo a las que habían asistido Eduardo y el tío Javier, en el chalet se discutió de este asunto. El doctor Arias y su hijo creían que era una farsa sin importancia.

Algunos tenían cierta curiosidad por las experiencias del hipnotismo, cosa que ya para entonces resultaba muy viejo, pues hacía años que había perdido la boga que gozó algún tiempo.

El doctor Arias había tenido también, a poco de acabar su carrera, alguna curiosidad por las pretensiones científicas del hipnotismo. Pero, después de haber asistido a no pocas experiencias en París y en Berlín, había podido comprobar que todo lo que con aquello se relacionaba no era apenas nada, aun en su época de mayor prestigio, por más que hubiera llegado a engañar a médicos como Lombroso, Charcot, y Richet, con experiencias teatrales completamente falsas.

Muchos de los que se habían dejado engañar por el hipnotismo, el fluido magnético y las mesas giratorias, habían seguido, una vez convencidos de su error, fingiendo una creencia que les procuraba amistades que explotaban de un modo o de otro, beneficios que hubiesen tenido que perder al declarar su decepción.

Era algo de lo que no quedaría nada, como tampoco había quedado nada de la antigua brujería, sobre la cual uno de los libros más curiosos había sido el de Pierre de Lancre, titulado *Tableau de l'inconstance des mauvais anges et démons*, en el que se incluía el proceso celebrado en Logroño a principios del siglo XVII contra los vascos, mujeres y hombres, que se consideraban brujos y celebraban sus sábados o aquelarres en la frontera de Francia y de España, en el país de Labourd. El doctor no sabía por qué los franceses habían hablado del autor del libro como de un magistrado de espíritu amplio y benévolo, lo que no era cierto, pues demostró ser un bruto cruel, capaz de aceptar las mayores estupideces y creer en que las viejas volaban por el aire, y en cosas por el estilo.

FRENTE A LA POLÍTICA de masas, que tiene grandes teorizantes y propagandistas, la moral del Superhombre se queda arruinada; viva, pero alejada de la práctica. No creo que nadie suponga que, como en floricultura se pueden producir flores especiales, en la vida se puede crear por métodos particulares un super-César, un super-Mozart, un super-Pasteur o un super-Goya.

A pesar de que Nietzsche quería dar a su Superhombre un aire de futuro, su mito tiene más color de pasado que de porvenir, y se puede pensar que ya no se producirán en la Humanidad tipos como Aníbal, como Pizarro o como Hernán Cortés.

Hay algunos eclécticos teñidos de nietzscheanismo que creen en una posibilidad de superhombría colectiva. Según éstos, la cantidad del cerebro humano aumenta de generación en generación un cierto número de miligramos. Esto hará, según los tales superhombristas, que el hombre, dentro de miles de años, tenga un cerebro más poderoso y más fuerte que el del hombre actual.

Pero ¿dónde está comprobado este aumento automático del cerebro del hombre, al menos en los tiempos históricos? ¿Quién sabe con exactitud si a mayor peso cerebral corresponde mayor talento? No se conocen las posibilidades biológicas del hombre, no se puede examinarlas por encima de él; lo mismo podemos encontrarnos al comienzo de una era magnífica de progreso que hallarnos en una época de degeneración y de salto atrás.

El Superhombre soñado por Nietzsche —superintelectual o superdinámico— como realidad posible no tiene ninguna; no es más que un mito, un tope de pensamiento.

Todo hace pensar también que la vida en nuestro planeta se agotará, dejando en el polvo cósmico las obras maestras, los crímenes y las tonterías de los hombres.

Mientras tanto, es muy posible que la moral de las masas y la moral del Superhombre sigan durante mucho tiempo como la roca y el mar, frente a frente, sin que venzan del todo ni la una ni el otro.

Una vez terminada la guerra, el doctor Arias no hubo necesidad de dar explicaciones sobre su conducta, y alquiló una casa céntrica en el barrio de Salamanca.

Eduardo, el hijo mayor, marchó a Venezuela, donde pensaba trabajar hasta hacerse rico. Por lo que decía en las cartas que desde América dirigía de cuando en cuando a sus padres, había caído allí bien; comenzaba a abrirse camino y había olvidado su neurastenia.

Lola se casó con un médico joven, que en pocos años alcanzó una clientela considerable.

Antes del final de la guerra se dio un banquete en una embajada, que, al parecer, tuvo carácter de orgía. Lola no quiso ir, porque se hablaba de que iba a ser tempestuosa. Fanny fue, porque estaba lanzada.

Fanny, después de terminada la guerra, había tenido un ataque de apendicitis, y había llamado al doctor Arias, el cual había celebrado una consulta con el médico de la familia. Los padres habían regresado de la zona nacional y encontrado a su hija muy transformada. Los dos facultativos convinieron en que el estado de la enferma era muy grave, que no se podía hacer otra cosa que mitigar sus dolores con morfina.

Ella notó pronto que las inyecciones que le ponían era con objeto de evitarle dolores, y dijo que quería sufrir para purgar sus pecados.

De la gente de la casa, la Puri se casó con un oficinista e hizo una buena boda.

La asistente, la *Listera*, estaba furiosa, porque tenía una vecina que decía a todo el que la quería oír que su hijo Felipe era un descuidero. Esto, que lo había dicho ella, le molestaba en boca de otra persona, y decía que a la vecina le iba a romper los morros.

También odiaba mucho a una viuda, la Martina, a cuya casa iba a lavar la ropa, y que vivía en los Cuatro Caminos, y se había liado con un viejo rico y le sacaba los cuartos, con lo que vivían ella y su criada por todo lo alto.

Además, de cuando en cuando le decían a ella: «¿Y qué hace tu chico? ¿Sigues apandando por ahí lo que puede?».

Esto ella no lo podía soportar, y, a pesar de que le pagaban bien y le daban una comida magnífica, el mejor día iba a armar un escándalo de marca mayor.

Para ella, la tal Martina era una sinvergüenza de primera, que se daba una vida de órdago a costa del viejo. Y aún había tenido la Martina otro querido, hacía poco, que, al aparecer el viejo, se había eclipsado, pero que no debía de andar muy lejos. Ella no se lo iba a decir al viejo, porque el hombre era tan estúpido que todavía creía que la tal Martina era una mujer decente.

Algunos le decían a la *Listera*:

—¿Y tú qué te metes en eso? Si te dan un buen jornal, una buena comida cuando vas a trabajar, no te metas en más.

—Pero eso que digan que mi hijo es un descuidero...

—¡Si eso lo habrás dicho tú, como se lo dices a todo el mundo!

—Pues es verdad. Creo que lo he dicho yo.

La *Listera* se quedó admirada de la penetración del que hablaba con ella y de su propia tontería.

La *Listera*, por lo que decían, sabía echar las cartas, y, al parecer, en su casa, de noche, ejercía su arte adivinatorio. Iban gentes humildes: criadas, soldados, horteras, pero a veces se presentaban damas bien vestidas, que creían que su porvenir estaba indicado por el caballo de copas o por la sota de bastos. ¡Qué credulidad más extraña!

El tío Javier se vio llamado dos o tres veces por suponerlo masón, y él demostró fácilmente que el hecho no era cierto, pero no le evitó alguna que otra vez acudir al tribunal de la Masonería.

—Yo no sé nada de eso —dijo Arias— ni he estado nunca en ninguna logia. Puede que haya estado alguno de mi apellido; pero yo, no.

—Bueno, bueno, retírese usted —le dijeron la última vez que se presentó.

**Madrid, noviembre de 1951.**



PÍO BAROJA (San Sebastián, 28 de diciembre de 1872 - Madrid, 30 de octubre de 1956). Novelista español, considerado por la crítica el novelista español más importante del siglo xx. Nació en San Sebastián (País Vasco) y estudió Medicina en Madrid, ciudad en la que vivió la mayor parte de su vida. Su primera novela fue *Vidas sombrías* (1900), a la que siguió el mismo año *La casa de Aizgorri*. Esta novela forma parte de la primera de las trilogías de Baroja, *Tierra vasca*, que también incluye *El mayorazgo de Labraz* (1903), una de sus novelas más admiradas, y *Zalacaín el aventurero* (1909). Con *Aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox* (1901), inició la trilogía *La vida fantástica*, expresión de su individualismo anarquista y su filosofía pesimista, integrada además por *Camino de perfección* (1902) y *Paradox Rey* (1906). La obra por la que se hizo más conocido fuera de España es la trilogía *La lucha por la vida*, una conmovedora descripción de los bajos fondos de Madrid, que forman *La busca* (1904), *La mala hierba* (1904) y *Aurora roja* (1905). Realizó viajes por España, Italia, Francia, Inglaterra, los Países Bajos y Suiza, y en 1911 publicó *El árbol de la ciencia*, posiblemente su novela más perfecta. Entre 1913 y 1935 aparecieron los 22 volúmenes de una novela histórica, *Memorias de un hombre de acción*, basada en el conspirador Eugenio de Aviraneta, uno de los antepasados del autor que vivió en el País Vasco en la época de las Guerras carlistas. Ingresó en la Real Academia Española en 1935, y pasó la Guerra Civil española en Francia, de donde regresó en 1940. A su regreso, se instaló en Madrid, donde llevó una vida alejada de cualquier actividad pública, hasta su muerte. Entre 1944 y 1948 aparecieron sus *Memorias*, subtituladas *Desde la última vuelta del camino*, de

máximo interés para el estudio de su vida y su obra. Baroja publicó en total más de cien libros.

Usando elementos de la tradición de la novela picaresca, Baroja eligió como protagonistas a marginados de la sociedad. Sus novelas están llenas de incidentes y personajes muy bien trazados, y destacan por la fluidez de sus diálogos y las descripciones impresionistas. Maestro del retrato realista, en especial cuando se centra en su País Vasco natal, tiene un estilo abrupto, vivido e impersonal, aunque se ha señalado que la aparente limitación de registros es una consecuencia de su deseo de exactitud y sobriedad. Ha influido mucho en los escritores españoles posteriores a él, como Camilo José Cela o Juan Benet, y en muchos extranjeros entre los que destaca Ernest Hemingway.